

Carlos Marx/F. Engels

**LA GUERRA CIVIL
EN LOS
ESTADOS UNIDOS**

... de la ...
A ...



México, D. F., 1973

Carlos Marx/F. Engels

LA GUERRA CIVIL EN LOS ESTADOS UNIDOS

traducción del francés.
Paulino García Moya

D. R. ©, 1973. Reservados todos los derechos sobre
la presente edición por Ediciones Roca, S. A.
Plan de Ayala, 4, México 17, D. F.

Primera edición



IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

913.3
M3927
111

INDICE

Nota editorial	7
I. ECONOMIA DE LAS FUERZAS EN PRE- SENCIA	9
La cuestión americana en Inglaterra	13
La guerra civil norteamericana	39
El comercio británico del algodón	59
La crisis en Inglaterra	65
El comercio británico	71
II. FASE MILITAR	75
Las lecciones de la guerra americana	79
La guerra civil en los Estados Unidos	87
La destitución de Frémont	103
Asuntos americanos	107
La guerra civil americana	113
La prensa inglesa y la caída de Nueva Or- leans	130

Donación Amparo Makol 30 Marzo 98

285766 (1)

La situación en el teatro de guerra Americano	134
La guerra civil americana y los buques acorazados blindados	140
Crítica de los asuntos americanos	144
Los acontecimientos de América del Norte	150
La situación en América del Norte	156

NOTA EDITORIAL

En este número de Colección "R", así como en el siguiente, se recogen una serie de artículos periódicos de la época y otros trabajos de Marx y Engels sobre la guerra civil en los Estados Unidos de Norteamérica. Todos ellos tienen la virtud de haber sido escritos sobre la marcha de los propios acontecimientos y expresar la más inmediata reacción de los autores en cuanto a las noticias recibidas del conflicto que cambió la fisonomía y la vida del hoy coloso imperialista del norte del continente americano. No puede decirse que estos dos volúmenes de Colección "R" constituyan una "historia completa" de la guerra civil norteamericana; sí puede afirmarse que resultaría muy difícil escribir esa historia e interpretar objetivamente las causas y el alcance de esa lucha, sin tener en cuenta los conceptos que acerca de la misma dieron en su hora Marx y Engels.

Estos trabajos de Marx y Engels constituyen un capítulo ilustrativo acerca de la evolución general de la sociedad y completan el estudio de las revoluciones burguesas europeas. Para ellos estaba claro que no se trataba exclusivamente de la lucha por o contra la abolición de la esclavitud, sino que bajo estas dos banderas se debatían caminos históricos de desarrollo a seguir ampliamente divergentes. No cabe duda de que el "Norte" pretendía conscientemente constituirse en una gran nación y terminar para siempre con el carácter colonial

incluso de su industria. Marx subrayó las afirmaciones de la "sudista" prensa londinense de que "los yanquis quieren ocupar un lugar enorme en la escena mundial", lo que no viene sino a subrayar a su vez la claridad de juicio con que Marx sabía analizar los hechos contemporáneos.

Marx y Engels analizaron sistemáticamente la guerra civil norteamericana en función de su evidente contenido revolucionario. El conjunto de sus trabajos evidencia este análisis sistemático si se agrupan según un orden lógico, y aún más: si este orden lógico sigue a su vez un orden cronológico. El agrupamiento de los trabajos de Marx y Engels sobre la guerra civil norteamericana que componen los números 31 y 32 de Colección "R" sigue este doble orden lógico y cronológico. Las notas que ilustran el texto, pocas de ellas debidas a los autores, constituyen una especie de marco histórico sobre el que discurrió la lucha, y se deben principalmente al traductor francés, a otros traductores de versiones europeas y al traductor español.

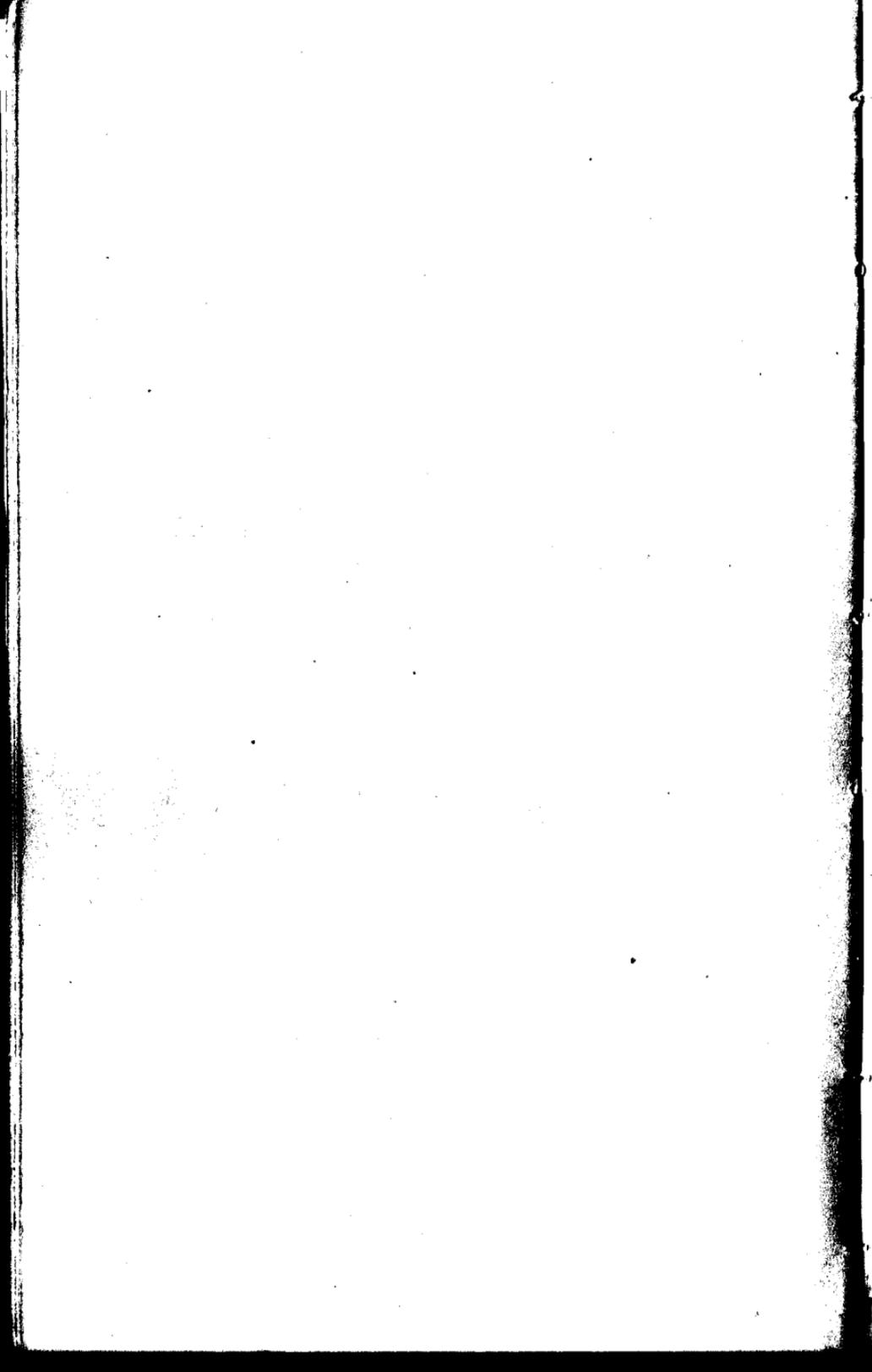
El orden lógico de que hacemos mención más arriba ha llevado a agrupar los trabajos que integran la obra completa en cuatro partes: "Economía de las fuerzas en presencia"; "Fase militar"; "Fase política", y "Victoria y compromiso". En este volumen se incluyen las dos partes primeras; en el siguiente número de Colección "R" se completa la publicación con la tercera y cuarta partes.

Si ocasionalmente algunos de estos trabajos de Marx y Engels han podido aparecer en lengua española, en algunas revistas o publicaciones especializadas, lo cierto es que integrados en una obra aparecen hoy como una primicia que EDICIONES ROCA ofrece con toda satisfacción a sus lectores.

**I. ECONOMIA DE LAS FUERZAS
EN PRESENCIA**

"Acabo de leer en el *New York Tribune* que se ha producido un levantamiento de esclavos en Misuri. Naturalmente, ha sido aplastado, pero la señal ha sido dada. Si las cosas se ponen serias paulatinamente, ¿qué pasará con Manchester?"

Marx a Engels. 11 de enero de 1860



Carlos Marx

**LA CUESTION AMERICANA
EN INGLATERRA**

New York Daily Tribune

11 de octubre de 1861

Londres, 18 de septiembre de 1861

Cualesquiera que puedan ser sus cualidades intrínsecas, la carta de Mrs. Beecher-Stowe a lord Shaftesbury¹ ha tenido el gran mérito de forzar a los órganos antinordistas de la prensa londinense a exponer al gran público las pretendidas razones de su hostilidad hacia el Norte y de sus simpatías mal disimuladas por el Sur. Señalemos de pasada que es ésta una actitud extraña en gentes que fingen el mayor horror por la esclavitud.

La actual guerra americana causa un buen tormento a esta prensa, ya que "éste no es un conflicto por la abolición de la esclavitud", de donde se sigue que no se puede pedir al ciudadano británico, alma noble avezada a librar sus propias guerras y a no interesarse por las de otros pueblos si no es desde el ángulo de los "grandes principios hu-

¹ La escritora norteamericana H. Beecher-Stowe (1811-1896) participó activamente en el movimiento por la emancipación de los esclavos. Escribió la novela *La cabaña del Tío Tom*, que logró una enorme difusión y resonancia: en el primer año de su edición se vendieron más de 300.000 ejemplares. En septiembre de 1861 dirigió una carta abierta a lord Shaftesbury para denunciar a los confederados y expresar su indignación ante la actitud de Inglaterra, a la que invitaba a tomar posición por la causa de la Unión.

manitarios", que sienta la menor simpatía por sus parientes del Norte.

Es así que el *Economist* afirma: "Por de pronto, es tan imprudente como falso pretender que el conflicto entre el Norte y el Sur sea una querrela por la libertad de los negros, de una parte, y por la esclavitud de los negros, de la otra". La *Saturday Review* declara que el Norte "no proclama la abolición ni ha pretendido jamás luchar contra la esclavitud. El Norte nunca ha inscrito en sus banderas el símbolo sagrado de la justicia para los negros. Su grito de guerra no es la abolición incondicional de la esclavitud". En fin, el *Examiner* escribe: "Si estuviésemos equivocados sobre la significación real de este sublime movimiento, ¿quiénes serían los responsables de ello, sino los propios federales?".

Hemos de reconocer en cuanto al primer extremo que el punto de partida es justo. Pues la guerra no empezó aboliendo la esclavitud, y el propio gobierno de los Estados Unidos ha hecho cuanto ha podido para rechazar cualquier idea de este género. Pero, entonces, habría que recordar que no fue el Norte, sino el Sur quien comenzó esta guerra, no haciendo el primero otra cosa que defenderse. En efecto, el Norte, después de largas vacilaciones y tras haber dado pruebas de una paciencia sin parangón en los anales de la historia europea, acabó desenvainando la espada no para romper la esclavitud, sino para preservar la Unión.² El Sur,

² Ciertamente, Lincoln, en la campaña para el Senado en 1859, se había manifestado como antiesclavista decidido y en los debates de controversia contra su contrincante Douglas se consagró como dirigente nacional de esa tendencia. No obstante, siempre dejó claro que sobreponía a éste el problema de la unidad nacional. De acuerdo con ello, en su discurso inaugural manifestó que no era necesaria la secesión, pues tanto él como su partido político no tenían "directa o indirectamente ningún propó-

en cambio, comenzó la guerra proclamando bien alto que la "institución particular" era el único y principal fin de la rebelión; mas con ello confesaba al mismo tiempo que estaba luchando por la libertad de reducir a otros hombres a la esclavitud, libertad que pese a las denegaciones del Norte pretendía ver amenazada por la victoria del Partido Republicano³ y por la elección de Lincoln

sito de intervenir en la institución de la esclavitud, en los Estados donde ya existía". A pesar de que en el sentir de la gente en general el problema de la permanencia o no del esclavismo se hallaba implicado en la guerra civil con carácter fundamental, Lincoln durante el primer año de la misma se manifestó como un celoso guardián de las leyes federales y la Constitución que protegían la esclavitud. Algunas medidas que subordinados suyos tomaron al encuentro de las leyes y en favor de los negros, fueron severamente sancionadas por el Presidente. Solamente en la segunda mitad del año 1862, cuando nadie duda de que la suerte de la guerra está ligada al problema del esclavismo, y ante la irresistible presión de abajo, el presidente Lincoln empezó a tomar iniciativas tendientes a la solución de ese problema.

³ La lucha entre la abolición y la extensión de la esclavitud, que se venía sosteniendo con diversa suerte desde la independencia de los Estados Unidos, adquiere su mayor agudeza a mediados del siglo XIX. Cada vez se hacía más evidente que la esclavitud suponía un estorbo al pleno desarrollo económico y social del país, al tiempo que repugnaba cada vez más a la población. La cuestión empezó a ponerse a la orden del día y en primer plano con motivo de las elecciones de 1852, la anulación del Compromiso de Misuri (1854) y el problema de Kansas-Nebraska (1854-56). El partido whig o nacional-republicano, con su ambigüedad y vacilaciones ante esta cuestión, ya no respondía a las necesidades de la situación y por ello entra en crisis. Era necesario adoptar una posición más clara y decidida. Aprovechando la enorme agitación que se produjo en el país con motivo de esos problemas, así como la de la indignación levantada ante el "Manifiesto de Ostende" (ver más adelante), dos políticos radicales, Summer y Stevens, tomaron la iniciativa de organizar el Partido Republicano, que inicialmente agrupó a antiguos whigs y algunos demócratas del Norte. Se produce, pues,

a la Presidencia. El Congreso de los confederados se ha jactado de que la nueva Constitución⁴ —

al mismo tiempo que la radicalización de las fuerzas republicanas, la escisión del Partido Demócrata. El Partido Republicano representaba los intereses de la burguesía industrial del Norte y gozaba del apoyo de las masas trabajadoras. Tomando posición claramente antiesclavista, se enfrentó a posiciones también, evidentemente, más decididamente esclavistas: se perfilan, por tanto, dos movimientos cada vez más definidos y resueltos a dar solución a la contradicción: uno proesclavista, del que era exponente el Partido Demócrata en su fracción sudista y otro antiesclavista en torno del Partido Republicano. En cuanto al problema de la extensión hacia el Oeste, complementario al de la esclavitud, el Partido Republicano sostenía también una posición más radical y popular: la atribución gratuita de las tierras a granjeros libres. En torno a estos dos capitales problemas, el Partido Republicano desarrolló una intensa campaña de propaganda en todo el país, consolidándose como partido nacional. En 1854 tiene su primera reunión en Jackson (Michigan) y dos años después en Pittsburgo, ésta de cara a las elecciones presidenciales en las que apoyó como candidato a Frémont, que consiguió ya una lucida votación. Cuatro años más tarde, tuvo como candidato a Lincoln, bajo la consigna "libertad de expresión, libertad de acceso a la tierra, libertad de trabajo, libertad humana", éste había dicho: "No podemos mantener la casa dividida en esclava y libre; tiene que definirse y ser lo uno o lo otro".

⁴ El 10 de diciembre de 1860, Carolina del Sur se separa de la Unión, convocando a una Convención de Estado el 17 de diciembre. En ésta, celebrada en Charleston, se acuerda por unanimidad la ordenanza de Secesión que derogaba la del 23 de mayo de 1788, por virtud de la cual se había ratificado la Constitución federal, y añadía: "La unión que hoy existe entre Carolina del Sur y los demás Estados bajo el nombre de Estados Unidos de América queda por la presente disuelta". Dos meses después se le unen cinco Estados: Alabama, Florida, Georgia, Luisiana y Mississippi, que tienen un Congreso el 4 de febrero de 1861 en Montgomery (Alabama), creando entre ellos, como nuevo Estado, la Confederación del Sur y dándose una Constitución provisional. Es curiosa la contradicción entre el derecho a la separación que se pregona por los secesionistas y la cláusula de la Constitución de Montgo-

diferencia de la de Washington, Jefferson y Adams⁵— ha reconocido por primera vez el esclavismo como una cosa buena en sí y para sí, amparo de la civilización e institución divina. En tanto el Norte proclama que combate simplemente para preservar la Unión, el Sur se gloria de hallarse en rebelión a fin de hacer que triunfe la esclavitud. Aun cuando la Inglaterra antiesclavista e idealista no se sienta atraída por la declaración del Norte, ¿cómo es posible que no haya sentido la más viva repulsa ante las cínicas confesiones del Sur?

La *Saturday Review* se zafa de este cruel dilema negándose pura y simplemente a creer en las declaraciones de los Estados sudistas. La revista mira más lejos y descubre “que el esclavismo no tiene gran cosa que ver con la secesión”; en cuanto a las declaraciones en contrario de Jefferson Davis y compañía, no serían más que “lugares comunes”, tan desprovistos de sentido, sobre poco más o me-

mery por la cual se declara permanente la Confederación, es decir que rechaza expresamente la vigencia de aquel principio. La Confederación eligió como Presidente provisional de la misma a Jefferson Davis. Texas se unió a la Confederación al mes siguiente y a principios de mayo los Estados fronterizos de Virginia, Arkansas, Carolina del Norte y Tennessee.

⁵ La Constitución federal de los Estados Unidos se promulga en la convención nacional de Filadelfia el 17 de septiembre de 1787. Esta, así como las diez primeras enmiendas aprobadas en el Congreso de Nueva York en 1789, proclaman por primera vez en la historia la vigencia de los derechos humanos, pero ello fue el resultado de un compromiso en virtud del cual no se hace mención de la existencia de la esclavitud que afectaba ya a buena parte de la población del país que nacía y lo hacía con esta contradicción: libertad civil para el blanco, esclavitud para el negro. Actualmente, la Constitución dedica algunas de sus 23 enmiendas —entre ellas la 13, 14 y 15 como importantes— al problema de la equiparación legal del negro con el blanco.

nos, como los de rigor en las proclamas, "cuando llega el momento de los altares profanados y los hogares mancillados".

El arsenal de argumentos de los periódicos antinordistas es extremadamente reducido, y se advierte que todos ellos toman una y otra vez, con pocas diferencias, casi las mismas frases, como ocurre con las fórmulas de una serie matemática, que reaparecen a intervalos regulares con leves variaciones o combinaciones.

El *Economist* exclama: "Ayer todavía, en el instante en que el movimiento de secesión comenzaba a adquirir una forma seria ante el anuncio de la elección de M. Lincoln, el Norte ofreció al Sur, si aceptaba permanecer en la Unión, todas las seguridades posibles para que sus odiosas instituciones continuasen funcionando inviolables. ¿No proclamó solemnemente el Norte que renunciaba a inmiscuirse en sus asuntos, mientras los dirigentes nordistas proponían al Congreso compromiso sobre compromiso, basados todos ellos en la concesión de que no se mezclarían en la cuestión de la esclavitud?"

"¿Cómo interpretar —dice el *Examiner*— que el Norte estuviese dispuesto a realizar un compromiso haciendo al Sur las más amplias concesiones en materia de esclavismo? ¿Cómo entender que algunos hayan propuesto en el Congreso una zona geográfica, en cuyo seno el esclavismo habría de reconocerse como una institución necesaria? Los Estados del Sur no por ello se sintieron satisfechos".

Lo que el *Economist* y el *Examiner* hubieran debido preguntarse no es tanto por qué habían sido *propuestos* al Congreso el compromiso Crittenden⁶ y otros, sino por qué no fueron aproba-

⁶ Al mismo tiempo que se fueron polarizando las fuerzas tomando como problema esencial el del esclavismo,

dos. En realidad, fingen creer que el Norte haya aceptado esas proposiciones de compromiso y que el Sur las haya rechazado, cuando la verdad es que fueron condenadas al fracaso por el partido del Norte, que había asegurado la elección de Lincoln.¹ No habiéndose convertido jamás en resoluciones, ya que esas propuestas permanecieron en estado de deseo piadoso, el Sur nunca tuvo ocasión, por lo tanto, de rechazarlas o aceptarlas. La siguiente observación del *Examiner* nos lleva al corazón del problema:

“Mrs. Stowe pretende que el partido esclavista decidió terminar con la Unión cuando comprobó que no podría utilizarla más para sus fines. Admite, pues, que hasta entonces el partido esclavista había utilizado a la Unión para sus fines; pero sería bueno que Mrs. Stowe indicase claramente cuándo el Norte comenzó a levantarse contra el esclavismo”.

Cabría creer que el *Examiner* y demás oráculos

surgía una tendencia o partido del compromiso, que incessantemente proponía soluciones conciliadoras. En los momentos álgidos de la crisis antes de la secesión, se desarrollaron maniobras parlamentarias en el Congreso, tratando de prevenir el conflicto. Uno de los campeones de esta “tercera fuerza” era el miembro del Congreso Crittenden, representante por Kentucky, quien en diciembre de 1860 propuso: 1) el voto de una enmienda constitucional que restablecería “la línea del Compromiso de Misuri”, y 2) la promulgación de una ley que garantizaría la protección del esclavismo en la región de Columbia. Abriendo ampliamente el amplio Sudoeste a la extensión del esclavismo y protegiéndolo en el seno de la capital federal, este plan daba satisfacción —al menos en gran parte— a los esclavistas. Pero los partidarios de la distribución general de la tierra libre a los colonos, sobre todo, se opusieron a esta propuesta de Crittenden. Finalmente, privado del sostén necesario de este grupo decisivo del Norte, el proyecto fracasó. Las propuestas de compromiso hechas por Corwin, Weed y McKean, conocieron la misma suerte.

de la opinión pública en Inglaterra estuviesen lo bastante familiarizados con la historia más reciente como para no recurrir a las informaciones de la señora Stowe en extremos de tan grande importancia. La usurpación creciente de la Unión por las potencias esclavistas, a raíz de su alianza con el Partido Demócrata del Norte⁷ es, por así decirlo, la fórmula general de la historia de los Estados Unidos desde comienzos de este siglo. A las sucesivas medidas de compromiso, ha correspondido una enajenación progresiva de la Unión, transformada de esta suerte en esclava de los propietarios del Sur. Cada uno de estos compromisos marca una nueva pretensión del Sur y una nueva concesión del Norte.

De la misma forma, ninguna de las victorias sucesivas del Sur fue alcanzada sin una empeñada batalla previa contra alguna de las fuerzas adversarias del Norte, que aparecen bajo el nombre de diversos partidos, con múltiples divisas y bajo toda suerte de colores. Si el resultado efectivo y final de cada uno de estos combates singulares favoreció al Sur, un observador atento de la historia

⁷ El Partido Demócrata era, al fundarse hacia el año 1828, el exponente de ciertos grupos de la burguesía, así como de buena parte de los granjeros y pequeños burgueses de las ciudades. Con el tiempo la esfera de intereses que representa fue desplazándose, de modo que en la década de los años 1840 puede considerarse como el portavoz de los dueños de grandes plantaciones del Sur y de la gran burguesía financiera nortea, ámbos intereses vinculados al mantenimiento y extensión del esclavismo. Al ponerse al rojo vivo esta cuestión en la década de los años 1850, con motivo del problema de Kansas-Nebraska en 1854, el Partido Demócrata atravesó una grave crisis: parte de sus miembros del Norte desplazaron su apoyo hacia el Partido Republicano y ante las elecciones de 1860 presentó dos candidatos frente a Lincoln, lo que favoreció la victoria de éste: uno, moderado, Douglas, del Norte, y otro, rabiosamente pro-esclavista, Breckinridge, por el Sur.

no podía dejar de percibir que cada nuevo avance de la potencia esclavista era un paso más hacia su derrota final. Incluso en los tiempos del compromiso del Misuri,⁸ las fuerzas en liza se contra-

⁸ Entre los diversos episodios que se dieron en la lucha entre esclavistas y antiesclavistas desde la independencia americana hasta la guerra de Secesión, se halla el llamado "Compromiso de Misuri". En 1820, el Sur esclavista se encuentra en una situación delicada. En la Cámara de Representantes, los nortehños superaban a los sudistas, puesto que, designándose los representantes por el número de habitantes, el crecimiento del Norte superaba con mucho al del Sur y fue aventajándole en cuanto a representantes a los del Sur, a pesar de que éstos contabilizaban en parte algunos votos por la población negra, aunque ésta carecía de derechos ciudadanos. En aquel momento, los antiesclavistas tenían 105 representantes, frente a 85 los proesclavistas. Esta situación les parecía intolerable a los del Sur, que centraron sus esfuerzos en el Senado, donde cada Estado tenía dos miembros, tratando de sacar ventaja a los del Norte o, al menos, mantener la paridad. Solamente dominando en el Senado podían evitar en el futuro que se legislase contra la esclavitud. En ese momento había 22 Estados, por mitad esclavistas. Al plantearse la entrada de Misuri en la Unión exigieron que lo hiciera como Estado esclavista. El Norte cedió en este punto, pero forzando al mismo tiempo la admisión de Maine como Estado no esclavista. Después de mucho forcejeo, los dos Estados fueron admitidos, adoptándose el acuerdo de que el límite del esclavismo se fijaba en los 30°30' de latitud norte. Este acuerdo se mantuvo hasta la aprobación de la ley de Kansas-Nebraska de 1854, por virtud de la cual se adoptaba el criterio de la soberanía popular de cada Estado para decidir sobre el problema de la esclavitud. La gravedad de esta lucha a nivel parlamentario fue plenamente comprendida en la época. El 7 de febrero de 1820, Jefferson escribía a Hugh Nelson a propósito de la cuestión de Misuri: "Es lo más importante que haya nunca amenazado a nuestra Unión. Incluso en los más negros momentos de la guerra revolucionaria, jamás he abrigado temores semejantes a los que me produce este incidente".

El aspecto contradictorio de esta lucha de tendencias se revela por el hecho de que en esta transacción misma, los sudistas tuvieron que aceptar, en cambio, el proyecto

pesaban tan estrechamente, que Jefferson temía —como se deduce de sus Memorias— que la Unión se hallase bajo amenaza de desintegración después de este fatal antagonismo.

Las pretensiones de las potencias esclavistas no cesaron de ir en aumento cuando el *Kansas-Nebraska bill*^o destruyó por primera vez en la his-

de ley según el cual el tráfico de esclavos se definía como acto de piratería, que debía ser castigado con la pena de muerte. Esta medida venía a complementar la prohibición legal de la trata que se había adoptado en 1808 y que se había mantenido en el terreno puramente teórico, y se aceptó por la razón de que, entre los Estados esclavistas, había algunos que se dedicaban especialmente a la lucrativa industria de la "cría de negros", quienes se sentían dañados en sus intereses por el intenso tráfico de contrabando que introducía cada año muchos millares de esclavos. De todos modos, aunque siempre fuera una amenaza que pesaba sobre los traficantes y en alguna medida los frenaba en sus ansias, lo cierto es que los tribunales no mostraron gran celo en su aplicación y despachaban con lenuidad los asuntos que llegaban a su conocimiento. Solamente hubo un caso en el que tuvo aplicación real esa ley, el del capitán Gordon, quien apresado poco antes de la guerra civil fue juzgado en Nueva York poco tiempo después de iniciarse ésta y hallándole culpable lo condenaron y ejecutaron.

* El *Kansas-Nebraska bill* adoptado por el Congreso norteamericano en 1854 establecía la creación de dos territorios, previando que Nebraska entraría como Estado libre en la Unión, contrariamente a Kansas. De este modo, las fuerzas en el Senado seguirían estando equilibradas. Esta ley sin embargo, entrañaba la derogación del Compromiso de Misuri, con lo que en lo sucesivo no habría separación fija entre Estados esclavistas o no; quedaba, pues, admitida la posibilidad de la extensión de la esclavitud a cualquier Estado de la Unión, reemplazando a la limitación que se suprimía y para reducir la oposición intransigente de los demócratas del Oeste. Se adoptaba la doctrina de la soberanía popular en cada Estado para decidir acerca de la introducción o no de la esclavitud en el mismo. Esta ley determinó, por lo pronto, una encarnizada lucha y hasta guerra en Kansas —conflicto que es prólogo de la guerra civil general— y seguidamente una polarización definida y radical de las tendencias

toria de los Estados Unidos —como el propio M. Douglas ha reconocido— cualquier barrera legal a la extensión del esclavismo en los territorios de los Estados Unidos; cuando un candidato del Norte¹⁰ logró su nombramiento presidencial prometiendo que la Unión se sometería, o que compraría Cuba, para hacer de ella un nuevo campo de dominación de los esclavistas; cuando, tras la decisión de Dred Scott,¹¹ proclamó que la extensión del

opuestas que inevitablemente desembocó en la lucha civil general de la Secesión.

¹⁰ El episodio del llamado “manifiesto de Ostende” hay que encuadrarlo en la encarnizada e incoercible ansia de los esclavistas por extender su hegemonía a territorios cada vez más vastos. A la misma necesidad responden tanto la guerra de expoliación contra México, como las tentativas de filibusteros y bandidos de penetrar por la fuerza en países centroamericanos o insurreccionar la población cubana. En cuanto a la conquista de Cuba, era una obsesión de los esclavistas, que lo intentaron por diversos medios. El gobierno norteamericano, proclive generalmente a favorecer los intereses esclavistas, encargó a su embajador en España, Soulé, que gestionase con el gobierno español la adquisición de Cuba, llegando a ofrecer más de cien millones de dólares. Como la oferta fuera rechazada, los embajadores norteamericanos acreditados en Madrid, Londres (el que había de ser poco después presidente de los Estados Unidos, Buchanan) y el de Bélgica, en la ciudad de Ostende hicieron pública una declaración en la que, entre otras cosas, decían: “Si España, movida por un terco orgullo y un falso sentido del honor rechaza la oferta (de 120 millones de dólares), entonces todas las leyes divinas y humanas justifican que nosotros se la arrebatemos a España, si poseemos la fuerza”. Esta manifestación, que coincidía con la efervescencia producida con motivo de la lucha en Kansas citada en la nota anterior, contribuyó a caldear los ánimos y el gobierno se vio forzado a desautorizarla, también porque como nota “diplomática” dejaba bastante que desear.

¹¹ El esclavo Dred Scott fue llevado por su dueño, el Dr. Emerson en un traslado de domicilio al territorio de Luisiana libre de la esclavitud, pues se hallaba por encima de la línea de los 30°30'. Allí vivieron amo y esclavo varios años, volviendo al cabo de ellos al territorio esclavista

esclavismo por el poder federal era la ley de la Constitución americana¹² y que, en fin, el comer-

de Misuri. A la muerte del dueño, Scott fue vendido a un neoyorkino, a quien le entabló proceso por creerse con derecho a la libertad ya que había residido varios años en territorio libre. El asunto llegó hasta la Corte Suprema, donde de sus nueve miembros, cinco eran proesclavistas y el más decidido, su presidente, Taney. Este aprovechó la oportunidad para hacer que la Corte Suprema sentara para siempre una doctrina que anulaba todas las medidas constitucionales limitativas de la esclavitud. Se sentó como principio que el esclavo no era un ciudadano con derecho a justicia, sino era una forma de propiedad como la de cualquier animal cuyo dueño puede llevarla consigo o transportarla a cualquier punto del país, debiendo el gobierno proteger su uso y disfrute como el de toda propiedad y, por último, que el gobierno no se hallaba facultado para excluir la esclavitud de las tierras de dominio público. Quedaba, pues, legalmente reconocida y protegida la esclavitud en todo el territorio de la Unión, incluso en los territorios todavía no incorporados como Estados y que lo fueran en el futuro. Este fue, quizás, el golpe legal más duro favorable a los esclavistas y que iba al encuentro del sentimiento general de la población —y país— que se extendía a ojos vistas y se templaba en la lucha por la abolición de la esclavitud.

¹² En el primer Congreso continental de las 13 colonias insurgentes contra Inglaterra celebrado en octubre de 1774, se tomó la decisión de no comprar ningún esclavo "que haya sido importado después del día primero del próximo mes de diciembre, a partir de cuya fecha deseamos interrumpir totalmente el tráfico de esclavos; nos comprometemos a no participar en este tráfico de esclavos, ni alquilar nuestros barcos ni vender nuestros productos a los que se dediquen a ello". Este acuerdo se denominó "Asociación de Supresión del Tráfico", pero, sin embargo, no fue posible incorporarlo a la nueva Constitución que fue promulgada en la Convención Nacional de Filadelfia del 17 de septiembre de 1787 debido a la intransigente oposición de Carolina del Sur y Georgia. Únicamente pudo llegarse al compromiso de que el tráfico no se prohibiría por el Congreso antes de 1808. Basado en esto, el Presidente Jefferson dispuso que la trata quedaría abolida a partir del primero de enero de 1808, coincidiendo con otra medida similar adoptada por el gobierno inglés. Sin embargo, se hizo un contrabando in-

cio de esclavos africanos se había reanudado *de facto* a escala más vasta que en la época de su existencia legal.¹³

Pero, juntamente con estas condenables flaquezas del Partido Demócrata del Norte frente a las peores usurpaciones del Sur, se comprueba, a través de signos innegables, que el combate de las fuerzas opuestas se hacía tan intenso, que la correlación de fuerzas bien pronto habría de modificarse. La guerra de Kansas,¹⁴ la formación del

tenso de esclavos después de esa fecha, sin que los jueces se mostraron nunca muy severos.

¹³ A pesar de que el gobierno federal había prohibido el tráfico de negros a partir del 1 de enero de 1808; de que Inglaterra desde ese mismo año empieza a tomar medidas reales para perseguirlo —creación de una flota antitráfico—, el contrabando de esclavos se desarrolla grandemente. La enorme extensión que adquieren las plantaciones algodoneras en Estados Unidos, la de caña de azúcar en Cuba y la de caña y café en el Brasil exigen apremiantemente más y más mano de obra barata. A pesar de que las medidas legales de persecución de la trata hacen encarecer el precio del esclavo, su tráfico sigue siendo un enorme negocio. Por eso, el ansia de ganancia hace que se salten todas las barreras o se corran riesgos, por lo demás no demasiado graves, y el tráfico continúa. Muchos de los años del contrabando son al mismo tiempo de record de transporte, registrándose a veces cifras de 125.000 negros transportados en un año en la década de 1830.

¹⁴ Cuando la ley Kansas-Nebraska se votó, una agrupación antiesclavista del Norte, dirigida por Thayer, de Massachusetts, funda una sociedad de ayuda a los emigrados. Esta programó el envío de partidarios de la tierra libre para velar porque ese territorio entrara en la Unión en calidad de Estado libre. Mientras tanto, los esclavistas organizaron bandas de maleantes reclutados en el hampa de Misuri occidental. Estas bandas invadieron Kansas en octubre de 1854, pero fueron rechazadas por la población de colonos. No obstante, volvieron reforzados e impusieron mediante el "terror" organizado la "elección" de un delegado proesclavista al Congreso. En iguales condiciones fueron "elegidos" magistrados favorables a los esclavistas, pero los partidarios de la tierra libre se negaron a reco-

Partido Republicano y los cuantiosos votos a favor de M. Frémont en las elecciones presidenciales de 1856 ¹⁵ eran otras tantas pruebas tangibles de que el Norte había acumulado energía suficiente para corregir las aberraciones que la historia de los Estados Unidos ha conocido de medio siglo a esta parte por culpa de los esclavistas, y para encauzarla de nuevo hacia los auténticos principios de su desenvolvimiento.

Fuera de estos fenómenos políticos hay un hecho manifiesto, de orden estadístico y económico, el cual indica que la usurpación de la Unión federal en provecho de los esclavistas había alcanzado el punto a partir del cual tendrían que retroceder

nocerlos. Entonces crearon su propia asamblea, redactaron una constitución y pidieron ser admitidos en la Unión. Entretanto, Shanon, sirviente de los intereses esclavistas fue nombrado gobernador del territorio. La guerra civil estalla en 1856: los partidarios de la tierra libre (*free soilers*), conducidos por el abolicionista John Brown, organizaron secciones militares y se propusieron desarticular las fuerzas esclavistas. El gobernador Shanon fue reemplazado por un cierto Woodson, aún más furioso partidario de la esclavitud, quien llamó a todos los "buenos ciudadanos" para aplastar la "insurrección". Todo el campo se sintió aludido en este llamamiento y, aprovechando la oportunidad, invadieron el territorio de nuevo y sometieron al pillaje y el saqueo todo el país hasta Ossawattomie. Los partidarios de la tierra libre se dirigieron entonces sobre Lecompton, cuya ocupación no consumaron gracias a la intervención de las tropas federales. Entre tanto, fue designado nuevo gobernador en la personalidad de Geary de Pennsylvania, quien se decidió a hostigar y expulsar del territorio a los hampones y a los bandidos.

¹⁵ El candidato republicano Frémont logró en las elecciones de 1856 la lucida votación de 1.341.264, frente al candidato demócrata Buchanan —el del "manifiesto de Ostende"— que logró 1.838.169. Que en estas elecciones al poco de organizarse el Partido Republicano éste alcanzara tanta audiencia, revelaba la amplitud que estaba adquiriendo la tendencia antiesclavista de la que se hacía portaestandarte.

de grado o por fuerza. Este hecho es el desarrollo del Noroeste, los inmensos esfuerzos realizados por su población desde 1850 hasta 1860,¹⁶ y la influencia nueva y revitalizadora que de ello resulta para los Estados Unidos.

¿Representa todo esto un capítulo secreto de la historia? ¿Hacia falta la "confesión" de Mrs. Beecher-Stowe para que el *Examiner* y otras lumberras políticas de la prensa londinense descubriesen la verdad oculta, a saber: que hasta aquí "el partido esclavista había utilizado a la Unión para sus fines? ¿Tiene la culpa el Norte americano de que los periodistas ingleses se hayan visto sorprendidos por el choque violento de unas fuerzas antagónicas cuya lucha había sido la fuerza motriz de la historia de medio siglo a esta parte?¹⁷ ¿Son culpables los americanos de que la prensa inglesa tome por un capricho lucubrado en un día lo que es el resultado llegado a su sazón luego de largos años de lucha? El simple hecho de que la formación y el desarrollo en América del Partido Republicano apenas hayan sido advertidos por la prensa londinense muestra con toda evidencia que sus

¹⁶ En 1850, Illinois, Indiana, Iowa, Ohio, Michigan y el territorio de Minnesota agrupaban a una población de 4.721.551 almas. Diez años más tarde en esa región había ya 7.773.820 habitantes.

¹⁷ En *Miseria de la Filosofía*, Marx criticaba a Proudhon que en toda categoría histórica tratase de separar el lado bueno del malo a fin de retener solamente el lado bueno, cuando "lo que constituye el movimiento dialéctico es precisamente la coexistencia de los dos lados contradictorios, su lucha y su fusión en una categoría nueva: sólo con proponernos, el problema de eliminar el lado malo, se corta el movimiento dialéctico". Así, en el presente caso, se muestra que la lucha fecunda entre el esclavismo y el trabajo libre da nacimiento a una categoría nueva: el trabajo asalariado (libre y forzado), que permite la industrialización en una escala inmensa y la lucha por el socialismo.

andanadas contra el esclavismo no son más que humo.

Tomemos, por ejemplo, los dos antípodas de la prensa londinense, el *Times* de Londres y el *Reynolds's Weekly Newspaper*, el más grande órgano de las clases respetables y el único órgano que actualmente subsiste de la clase obrera. Poco antes de que M. Buchanan terminase su carrera, el primero publicó una apología pormenorizada de su administración, acompañada de una polémica difamatoria, contra el movimiento republicano. Por su parte, el *Reynolds's* durante la estancia en Londres de Buchanan hizo de él su blanco favorito y desde entonces no ha dejado pasar una sola ocasión de sentarlo en el banquillo y denunciar en él a un adversario.¹⁸

¿Cómo explicar la victoria en el Norte del Partido Republicano, cuyo programa se basa en la oposición abierta a las usurpaciones del sistema esclavista y a la utilización abusiva que hacen de la Unión los defensores del esclavismo? Por otra parte, ¿cómo es que la gran mayoría del Partido Demócrata del Norte vuelve la espalda a sus vínculos tradicionales con los jefes del esclavismo, abandona tradiciones que datan de medio siglo y sacrifica grandes intereses comerciales y prejuicios políticos aún mayores para acudir en ayuda

¹⁸ En el texto publicado por el *New York Daily Tribune* leemos esta frase que contradice directamente la oposición que establece Marx entre la actitud del *Times* y del *Reynolds's* en lo que a Buchanan concierne: "Por su parte, *Reynolds's* durante la estancia de Buchanan en Londres, era uno de sus favoritos, y desde entonces no ha perdido una sola ocasión para ponerlo en el pedestal y denunciar a sus adversarios".

Es sabido que el *New York Daily Tribune* no reparaba en modificar párrafos enteros o en suprimirlos, tanto que Marx hubo de interrumpir su colaboración en este diario progresista en marzo de 1862. (N. del T.)

de la actual administración republicana y ofrecerle con generosidad hombres y dinero?

En vez de responder a estas preguntas, el *Economist* exclama:

“¿Podemos olvidar que los abolicionistas sean de ordinario perseguidos y maltratados tan ferozmente en el Norte y en el Oeste como en el Sur? ¿Se puede negar que la obstinación y la indiferencia —por no decir la mala fe— del gobierno de Washington hayan sido durante años el principal obstáculo a nuestros esfuerzos para suprimir de manera efectiva el comercio de esclavos en la costa africana; que una parte considerable de los *clippers* actualmente dedicados a este comercio se construya con los capitales del Norte y se explote por los mercaderes del Norte con tripulaciones del Norte?”¹⁹

He aquí en verdad una obra maestra de lógica. La Inglaterra antiesclavista no puede simpatizar

¹⁹ Los Estados Unidos intervinieron tardíamente en el tráfico negrero, recibiendo antes esta mercancía de transportes europeos. Constituidos como país independiente en 1783 empiezan modestamente a intervenir en ese comercio, pero es solamente después de su prohibición cuando la flota negrera norteamericana se incrementa. Y además alcanza su mayor perfección, pues, teniendo que burlar la vigilancia, se construyen los famosos *clippers*, que son los barcos más veloces dedicados a este negocio. Aunque el gobierno había prohibido el tráfico en 1808 y en dos ocasiones (1831 y 1842) se había unido por acuerdos a Inglaterra para perseguir prácticamente ese comercio, lo cierto es que, salvo algunas capturas inevitables, los Estados Unidos no se emplearon a fondo en la persecución de la trata. Destinando pocos barcos, viejos y lentos a esta tarea, siendo por ello fácilmente burlados. De otro lado, mostrándose siempre celoso de su soberanía el gobierno norteamericano nunca aceptó llanamente que barcos extraños —en este caso ingleses— tuvieran derecho de visita sobre los suyos en la averiguación de que se dedicaban al tráfico de negros. Por este medio, incluso muchos barcos de otras nacionalidades se libraban de ser perseguidos, haciendo simplemente enarbolar la bandera americana.

con el Norte, que la emprende con la influencia nefasta de los esclavistas, porque no puede olvidar que el Norte —mientras se hallaba sometido a la influencia esclavista y sus instituciones democráticas se veían bastardeadas por los prejuicios de los verdugos de esclavos— mantenía el comercio de esclavos y denigraba a los abolicionistas. ¡Inglaterra no puede simpatizar con la administración de M. Lincoln, porque éste ha desaprobado la administración de M. Buchanan! En buena “lógica”, debe fustigar el actual movimiento de renovación del Norte y alentar a aquellos que en el Norte simpatizan con el comercio de esclavos estigmatizado por la plataforma republicana, debe flirtear con la camarilla esclavista del Sur, que edifica un imperio separatista, ¡porque Inglaterra no puede olvidar que el Norte de ayer no es el Norte de hoy! Si se ve en la necesidad de justificar su actitud mediante efugios a lo *Old Bailey*,²⁰ ello demuestra, ante todo, que la fracción antinordista de la prensa inglesa está impulsada por motivos ocultos, es decir, demasiado bajos y demasiado infames para ser expresados abiertamente.

Puesto que una de las maniobras favoritas de la prensa inglesa es reprochar a la actual administración republicana los actos de las precedentes, que eran proesclavistas, se esfuerza, en la medida de lo posible, en persuadir al pueblo inglés de que el *New York Herald* es el único órgano que expone la auténtica opinión del Norte. Después de que el *Times* de Londres hubiese abierto la vía en esa dirección, el núcleo esclavista de los demás órganos antinordistas, sean éstos grandes o pequeños, le pisa los talones. Así, el *Economist* pretende: “En lo más acalorado de la guerra civil, no

²⁰ “*Old Bailey*”, nombre dado a la ciudadela de la prisión de Newgate en Londres, donde residía el tribunal criminal central.

faltan en Nueva York periódicos y políticos que exhortan a los combatientes a luchar, ahora que hay grandes ejércitos en campaña, no los unos contra los otros, sino contra la Gran Bretaña; a deponer toda querrela interior —incluida la cuestión esclavista— para invadir sin previo aviso el territorio británico con fuerzas de una superioridad aplastante”.

El *Economist* sabe perfectamente que los esfuerzos del *New York Herald*, que se ven vivamente alentados por el *Times* de Londres y se orientan a arrastrar a los Estados Unidos a una guerra con Inglaterra, tienen por única finalidad asegurar la victoria de la secesión y arruinar el movimiento renovador del Norte.

Sin embargo, la prensa antinordista de Inglaterra hace una concesión. Y la snob *Saturday Review* anuncia: “Lo que es objetable en la elección de Lincoln y ha precipitado la crisis es, pura y simplemente, la limitación del esclavismo a los Estados donde ya existía”. Y el *Economist* remacha: “En efecto, es verdad que el objetivo del Partido Republicano, que ha elegido a Lincoln, es impedir la extensión del esclavismo a los territorios aun no colonizados... Acaso sea cierto que un éxito completo e incondicional del Norte le permitiría limitar el esclavismo a los quince Estados en los cuales ya existe, cosa que podría eventualmente conducir a su desaparición, pero esto es más probable que cierto”.

En 1859 —con motivo de la expedición de John Brown a Harper's Ferry²¹ el propio *Economist*

²¹ El 16 de octubre de 1859, John Brown, un antiesclavista resuelto, a la cabeza de un grupo de veintidós hombres, entre ellos cinco negros, organizó un comando contra el arsenal federal Harper's Ferry, en Virginia, reteniendo 60 personas como rehenes. Su plan consistía en armar a los negros y promover una insurrección ge-

publicó una serie de artículos detallados a fin de probar que, en virtud de una *ley económica*, el esclavismo americano estaba destinado a extenderse gradualmente hasta el momento en que ya no se encontrase en condiciones de crecer más. Esta *ley económica* fue perfectamente comprendida por los esclavistas: "Si de aquí a quince años no nos beneficiamos de un inmenso acrecentamiento de tierras de esclavos —dice Toombs— habremos de permitir a los esclavos huir de los blancos, a menos que los blancos no huyan antes de los esclavos".

La limitación del esclavismo a su territorio legal, tal como fue proclamada por los republicanos, constituye el punto de partida evidente de la amenaza de secesión formulada por vez primera en la Cámara de Representantes el 19 de diciembre de 1859. M. Singelton (Mississippi) preguntó entonces a M. Curtis (Iowa) "si el Partido Republicano no admitiría que el Sur obtuviese una pulgada más de territorio esclavista nuevo mientras la Unión subsistiese". Habiendo respondido M. Curtis que no, M. Singelton le replicó que *en esas condiciones la Unión se disolvería*. M. Singelton aconsejó a la administración de Mississippi abandonar lo antes posible la Unión: "Estos señores deberían recordar que Jefferson Davis ha condu-

neral de esclavos, que era una de las cosas que más temía el Sur, especialmente después del levantamiento dirigido por Nat Turner en 1831. Fue reducido por fuerzas de infantería de marina al mando del coronel Roberto Lee —futuro jefe militar de las fuerzas sudistas—, siendo John Brown y algunos de sus hombres hechos prisioneros. En medio de una gran agitación popular, fueron juzgados por traición y declarados culpables. En diciembre de 1859, John Brown fue ahorcado. El Norte protestó con vehemencia contra esta ejecución. Brown alentó a los negros en su lucha contra el esclavismo y favoreció el reagrupamiento de las fuerzas abolicionistas del Norte.

cido nuestras fuerzas armadas en México; ahora bien, Jefferson aún vive y muy bien podría mandar los ejércitos del Sur”.

Abstracción hecha de la *ley económica* según la cual la extensión del esclavismo es condición vital para que se mantenga en su territorio legal, los líderes del Sur jamás se han hecho ilusiones en cuanto a la necesidad absoluta de mantener su hegemonía política en los Estados Unidos. Para justificar sus proposiciones en el Senado, John Calhoun declaró sin ambages el 19 de febrero de 1847 que “el Senado era el único medio para asegurar el equilibrio de poder que se había acordado al Sur en el gobierno”, y que la formación de nuevos Estados esclavistas se había hecho necesaria “para conservar el equilibrio de fuerzas en el Senado”. Por lo demás, la oligarquía de los trescientos mil propietarios de esclavos no podría conservar su poder sobre la plebe blanca sin el incentivo de futuras conquistas y de la ampliación de sus territorios tanto en el interior como en el exterior de los Estados Unidos. Si el Norte tiene —según el oráculo de la prensa inglesa— la firme decisión de confinar el esclavismo de ahora en adelante en sus límites actuales, y de liquidarlo así por vía legal, ¿no debería bastar esto para asegurarle las simpatías de la Inglaterra “antiesclavista”?

Parece como si los puritanos ingleses no pudieran contentarse con menos que una guerra abolicionista expresa. El *Economist* afirma: “Como quiera que no se trata realmente de una guerra por la emancipación de la raza negra, ¿sobre qué bases se quiere que simpaticemos tan calurosamente con la causa de los federados?”.

“Hubo un tiempo —dice el *Examiner*— en que nuestras simpatías estaban con el Norte, porque pensábamos que se oponía seriamente a las usur-

paciones de los Estados esclavistas y defendía la emancipación como una medida de justicia en pro de la raza negra”.

/ Pero, en los mismos números en que estos periódicos charlan acerca de que no pueden simpatizar con el Norte porque su guerra no tiende a una verdadera abolición, leemos: “El medio radical para proclamar la emancipación de los negros consiste en llamar a los esclavos a una insurrección general”. Ahora bien, es ésta una cosa, “cuya simple idea resulta repugnante y horrorosa”; por lo cual, “es preferible un compromiso a un éxito conquistado a tal precio y manchado por tal crimen”.

Como se ve, los ardores ingleses por una guerra abolicionista son puramente hipócritas. Pero se advierte la pata hendida del diablo en las frases siguientes: “Finalmente —dice el *Economist*— la *tarifa Morrill* merece nuestra gratitud y nuestra simpatía; pero la certidumbre de que en caso de un triunfo del Norte la *tarifa* se extenderá a toda la república, ¿es una razón para que ayudemos ruidosamente a su éxito?”.

“Los americanos del Norte —dice el *Examiner*— le único que toman en serio es su tarifa aduanera, que les protege egoístamente [...]. Los Estados del Sur están hartos de verse despojados de los frutos del trabajo de sus esclavos por las tarifas proteccionistas del Norte”.

El *Examiner* y el *Economist* se complementan el uno al otro. Este último es lo bastante honesto para reconocer finalmente que, para él y los suyos, la simpatía sólo está determinada por una simple cuestión de tarifa aduanera, en tanto que el primero reduce la guerra entre el Sur y el Norte a un simple conflicto de tarifas, a una guerra entre sistema proteccionista y sistema librecambista. Tal

vez el *Examiner* no sepa que incluso aquellos que intentaron abrogar el acta de Carolina del Sur en 1832 —como testimonia el general Jackson— sólo se valieron del proteccionismo como pretexto.²² Como quiera que sea, hasta el *Examiner* de-

²² La cuestión del proteccionismo o libre cambio era otra contradicción existente entre el Norte y el Sur, en cierto modo ligada a la más general y fundamental del trabajo libre y esclavismo. En el Norte predominan las tendencias proteccionistas que tienden a favorecer el desarrollo industrial (aunque también los azucareros del Sur se benefician de ello, dividiendo a las fuerzas esclavistas). Pero en el Sur predominan las tendencias libre-cambistas, que favorecen los intereses de los grandes plantadores esclavistas, especialmente dedicados al algodón. Con el primer gobierno de la independencia, Hamilton en la Secretaría de Hacienda, establece una tasa del 10% *ad valorem* sobre los artículos manufacturados, que poco después se eleva a 15%. En 1816, se eleva de 15% a 20%; en 1824, de 20 a 36%. En 1828, bajo la presidencia de Quincey Adams, una maniobra política de los sudistas elevaron mucho más y generalizaron estos derechos, queriendo llevar al absurdo el sistema y tratando de hacerlo inviable. No obstante, y en medio de diversas protestas, el sistema funcionó y favoreció grandemente el desarrollo industrial del Norte. Carolina del Sur organizó una primera ofensiva para su anulación: sus asambleas nombraron un comité de siete miembros para impugnar la constitucionalidad de la tarifa proteccionista de 1828. Este comité presentó un informe redactado por John C. Calhoun, entonces vicepresidente de los Estados Unidos. Este documento, conocido con el nombre de Declaración de Carolina del Sur, proclamaba que la ley sobre las tarifas de 1828 era anticonstitucional y pedía al Congreso que la anulase. Ante esta situación, en 1832 el Presidente Jackson se propuso aligerar las tasas y, sobre todo, racionalizarlas. Sin embargo, Carolina del Sur cogió el asunto por los pelos para plantear el problema de la secesión. Una sesión especial de los magistrados de Carolina del Sur se reunió y convocó a una convención en Columbia, decretando en ella el 24 de noviembre de 1832 la anulación de la ley arancelaria en el Estado. Se prohibió pagar derechos sobre las mercancías que se importasen por la aduana de Charleston. Se declaró que, si el gobierno federal hacía uso de la fuerza, Carolina del Sur consideraría roto su

bería saber que la actual rebelión no esperó la adopción de la tarifa Morrill²³ para estallar. En realidad, los sudistas no podían quejarse de que les despojasen de los frutos del trabajo de sus esclavos por el sistema proteccionista del Norte, ya que el sistema librecambista estuvo en vigor desde 1846 hasta 1861.

En su último número, el *Spectator* caracteriza de una manera sorprendente el pensamiento secreto de cierto número de órganos antinordistas:

“¿Qué desean verdaderamente estos órganos antinordistas para justificar la pretensión de que ellos sólo han de apoyarse sobre la inexorable lógica? Afirman que la secesión es deseable porque es la única forma posible de poner fin a este «conflicto fratricida que no tiene razón alguna de ser». Mas he aquí que muy pronto descubren otras razones adecuadas a las exigencias morales del país, ahora que el desenlace de los acontecimientos es

vínculo con la Unión y opondría resistencia armada. El presidente Jackson anunció su intención de hacer aplicar por la fuerza todas las leyes federales en Carolina del Sur y tomó medidas para ello enviando tropas y navíos a Charleston. Mientras tanto, en el Congreso, movido por la política conciliadora, se aprobó a toda prisa un nuevo arancel disponiendo que los derechos se bajarían gradualmente en el transcurso de los nueve años hasta que en 1842 volvieran al nivel de 1816. Carolina del Sur, que había cogido como pretexto a su política secesionista esta cuestión de los derechos de aduanas, se apresuró a acoger esta actitud conciliadora y depuso su actitud, porque además, entre tanto, había comprobado que su gesto quedaba aislado y ningún otro Estado se había solidarizado con ella.

²³ La “tarifa Morrill” es un derecho aduanero de carácter proteccionista, presentado al Congreso por el republicano Morrill (1810-1898) y adoptado en mayo de 1861. Las tasas aduaneras aumentaron sensiblemente después de esta tarifa. Pero no tuvo que ver nada con el estallido de la secesión, pues los delegados de los seis Estados sudistas se concertaron el 4 de febrero de 1861 para formar la Confederación del Sur.

claro. Naturalmente, estas razones no se mencionan, pensándolo bien, sino como humilde apología de la Providencia y «justificación de los designos del Señor hacia el hombre», una vez que la necesidad ineluctable se ha hecho manifiesta a los ojos de todos. Se descubre así que sería una gran ventaja para los Estados Unidos escindirse en dos grupos rivales. Cada uno tendría en jaque las ambiciones del otro y neutralizaría su fuerza. Si Inglaterra entrase en conflicto con uno de ellos, la simple desconfianza de cada grupo adverso le supondría una gran ayuda. Y es de señalar que de ello se seguiría una situación muy favorable, que nos liberaría del miedo y alentaría la «concurrentia» política, esta gran salvaguardia de la honestidad y la franqueza entre Estados.

”Tal es la situación que pone de relieve de manera expresa la teoría de aquellos que entre nosotros comienzan a simpatizar con el Sur. Traducido a buen inglés —y deploramos que un argumento inglés haya menester de traducción en asunto como éste—, ello significa que si lamentamos que «esta guerra fratricida» haya adquirido tal extensión, es para esperar que en el futuro continúe suscitando terribles convulsiones y una serie de pequeñas guerras crónicas, de pasiones y rivalidades entre los grupos de Estados adversarios. La verdad verdadera —y precisamente este modo no inglés de percibir oculta esta verdad, si bien la cubre con fórmulas decentes— es, sin embargo, muy neta: los grupos rivales de Estados americanos no podrían vivir juntos, en paz y buena armonía. La situación de enemistad, debida a las propias causas que han suscitado el conflicto actual, se haría crónica. Se ha afirmado que los diferentes grupos de Estados tenían intereses aduaneros diferentes. No sólo serían estos diferentes intereses adua-

neros la fuente de pequeñas guerras permanentes, una vez que los Estados estuviesen separados unos de otros, sino que la esclavitud —raíz de todo el conflicto— aun agravaría las incontables rencillas, discordias y maniobras. En resumen, no sería ya posible restablecer un equilibrio estable entre los Estados rivales. Y, no obstante, se afirma que la perspectiva de un conflicto largo e ininterrumpido sería la salida más favorable al gran problema que está en trance de decidirse actualmente. En el fondo, lo que se juzga más favorable en el vasto conflicto actual, conflicto que podría establecer una unidad política nueva y más pujante, es la alternativa de un gran número de pequeños conflictos y de un continente dividido y debilitado, al que Inglaterra ya no tendría que temer.

"No negamos que los mismos americanos hayan sembrado los gérmenes de esta situación lamentosa y deplorable con la actitud hostil y fanfarrona que tan a menudo adoptan frente a Inglaterra; como quiera que fuere, hemos de reconocer que **nuestros** propios sentimientos son viles y despreciables. Bien vemos que no existe para América **esperanza** alguna de paz profunda y duradera dentro de una solución manca, pues ésta significaría involución y disgregación de la nación americana en pueblos y países hostiles, y, no obstante, elevamos los brazos al cielo como si estuviésemos horrorizados ante la actual «guerra fratricida», cuando la verdad es que encierra la perspectiva de una solución estable. Deseamos a los americanos un porvenir cuajado de innumerables e incessantes conflictos que serían asimismo fratricidas, pero, ciertamente, mucho más desmoralizadores: se lo deseamos tan sólo para vernos libres del aguijón de la competencia americana".

Carlos Marx

LA GUERRA CIVIL NORTEAMERICANA

Die Presse

25 de octubre de 1861

Londres, 20 de octubre de 1861

Hace meses que los cotidianos y semanarios que dan el tono al resto de la prensa londinense repiten la misma letanía sobre la guerra civil americana. Aunque insultan a los libres Estados del Norte, se defienden inquietamente de ser sospechosos de simpatizar con los Estados esclavistas del Sur. En realidad, todo el tiempo escriben dos tipos de artículos: el uno para atacar al Norte, el otro para excusarse de sus ataques al Norte. *Qui s'excuse s'accuse.*

Sus argumentos son por esencia letitivos: la guerra entre el Norte y el Sur es un simple conflicto de tarifas. Nada tiene que ver con los principios ni con la cuestión del esclavismo; en realidad se trata de la sed de poder que experimenta el Norte. Además, incluso si la razón estuviese del lado de los nordistas, sería inútil que se intentara por la violencia poner el yugo a ocho millones de anglosajones. Finalmente, su separación del Sur ¿no liberaría al Norte de toda relación con la esclavitud de los negros y le aseguraría —cuenta habida de sus veinte millones de habitantes y de su inmenso territorio— un desarrollo superior, cuya amplitud él mismo no imagina? En consecuencia, el Norte debería saludar la secesión como un acon-

tecimiento venturoso, en lugar de intentar domararla mediante una guerra civil sangrienta e ineficaz.

Vamos a considerar punto por punto el contencioso de la prensa inglesa.

El conflicto entre el Norte y el Sur —tal es la primera excusa— no es más que una simple guerra de tarifas, una guerra entre los sistemas proteccionista y librecambista, en la que Inglaterra se pone, evidentemente, del lado de la libertad comercial. ¿Puede el propietario de esclavos gozar plenamente de los frutos del trabajo de sus esclavos o debe ser parcialmente despojado de ellos por los proteccionistas del Norte? Tal es la cuestión que se plantea en esta guerra.

Le estaba reservado al *Times* hacer este brillante descubrimiento, aplicándose el *Economist*, el *Examiner*, la *Saturday Review* y *tutti quanti* a exponer el tema en su detalle. Merece la pena señalar que este descubrimiento no ha sido hecho en Charleston, sino en Londres. Naturalmente, en América todos saben que el sistema de libre cambio prevaleció desde 1846 hasta 1861, y que fue preciso esperar hasta 1861 para que el representante Morrill lograra la aprobación por el Congreso de su sistema de protección aduanera, después de que la rebelión había estallado. No ha habido, pues, secesión porque el Congreso hubiera votado el sistema de tarifas de Morrill, sino que, en el mejor de los casos, este sistema fue adoptado en el Congreso porque la secesión había estallado.

Cuando Carolina del Sur experimentó en 1831 su primera crisis de secesión, las leyes proteccionistas de 1828 le sirvieron ciertamente de pretexto, pero sólo de pretexto, como se ha sabido por la declaración del general Jackson. En realidad, esta vez no se ha vuelto a hacer uso del viejo pretexto. En el Congreso de la secesión de Mont-

gomery, se evitó cualquier alusión al problema de las tarifas, ya que el cultivo azucarero de Luisiana—uno de los Estados más influyentes del Sur—depende enteramente de la protección aduanera.

Por otra parte, la prensa londinense sostiene en su pliego de defensa que la guerra de los Estados Unidos apunta exclusivamente al mantenimiento de la Unión por la fuerza. Los nordistas no pueden avenirse a borrar quince estrellas de su bandera. Los yanquis tratan de acotarse una plaza enorme en la escena mundial. ¡Ciertamente, todo sería muy distinto si esta guerra se librara por la abolición del esclavismo!, pero, como declara categóricamente la *Saturday Review*, esta guerra nada tiene que ver con la cuestión del esclavismo.

Ante todo, hace falta recordar que la guerra no ha sido provocada por el Norte, sino por el Sur. El Norte se encuentra a la defensiva. Durante meses, ha visto sin rechistar cómo los secesionistas se apoderaban de fuertes, arsenales militares, instalaciones portuarias, edificios aduaneros, oficinas de tesorería, buques y depósitos de armas de la Unión; ha visto cómo se ofendía a su bandera y se hacía prisioneros a cuerpos enteros de tropas. Finalmente, los secesionistas decidieron forzar al gobierno de la Unión a salir de su pasividad mediante un acto de guerra resonante, y fue *por esta sola razón* por lo que bombardearon Fort Sumter, cerca de Charleston. El 11 de abril (1861), su general Beauregard se enteró en el curso de una entrevista con el comandante de Fort Sumter, mayor Anderson, de que la plaza sólo disponía de víveres para tres días y que, pasado este plazo, tendría que rendir las armas. A fin de acelerar la rendición, a primeras horas del día siguiente (12 de abril) los secesionistas iniciaron un bombardeo que debía conducir a la caída de la plaza en unas horas. Apenas llegó la noticia por telégrafo a Mont-

gomery, sede del Congreso de la secesión, el ministro de la Guerra, Walter, declaró públicamente en nombre de la nueva Confederación: "Nadie puede decir donde terminará *la guerra comenzada hoy*".¹ Al mismo tiempo, profetizó "que antes del 1o. de Mayo la enseña de la Confederación del Sur flotará sobre la cúpula del viejo Capitolio de Washington y, dentro de poco, sin duda, también sobre el Faneuil Hall de Boston".² Solamente después

¹ Aunque en general los políticos americanos aludían al conflicto que les amenazaba con cierta aprensión, al principio de la guerra civil se inclinaban a creer en un final rápido. El gobierno federal deja pasar muchos meses después de la proclamación de la secesión en Carolina del Sur para tomar medidas efectivas, y cuando lo hace, es tímidamente: llama a filas a 75,000 voluntarios y adopta provisiones para tres meses de guerra. Los sudistas estaban poseídos de un gran triunfalismo y habían adoptado provisiones para una guerra relámpago, con unos cuantos golpes de efecto y decisivos. Lo cierto, sin embargo, es que la guerra que se da por iniciada con la captura del Fuerte Sumter por los sudistas en abril de 1861, acaba por la rendición del general sudista Lee en Appomatox, en abril de 1865, tras cuatro años largos de combates, algunos sumamente sangrientos. Mientras tanto, se habían movilizad o más de dos millones de soldados entre ambos bandos y en conjunto tuvieron más de medio millón de bajas. En la primavera de 1861, el país se hallaba desgarrado en dos bandos: 21 Estados con la Unión y 21 millones de habitantes y 11 Estados por la Confederación y 9 millones de habitantes; la desigualdad era mayor, pues el Norte con relación al Sur tenía un desarrollo industrial de 12 a 1. Aunque inicialmente la mayor parte del ejército profesional se mantuvo junto a la Confederación, a la larga su suerte estaba echada. Solamente una guerra-relámpago decisiva podía permitirles ganar. Al final de los cuatro años de guerra, la unidad se restablece bajo la hegemonía del Norte industrial, dándose al mismo tiempo los pasos más decisivos para la solución del gran problema del esclavismo que dividía al país.

² Faneuil Hall, conocido con el nombre de "cuna de la libertad", era el lugar de cita y encuentro de los revolucionarios de Boston en el curso de la guerra de la In-

de esto tuvo lugar la proclama en la que Lincoln llamaba a quince mil hombres para proteger a la Unión. El bombardeo de Fort Sumter cortó la única vía constitucional posible, a saber: la convocatoria de una asamblea general del pueblo americano, como Lincoln había propuesto en su mensaje inaugural.³ A Lincoln no le quedaba otra alternativa que huir de Washington, evacuar Maryland y Delaware, abandonar Misuri y Virginia, o responder a la guerra con la guerra.

A la pregunta de cuál es el principio de la guerra civil americana, responde el propio Sur con el grito de guerra lanzado en el momento de la ruptura de la paz. Stephene, vicepresidente de la Confederación del Sur, declaró en el Congreso de la secesión que lo que distinguía esencialmente la Constitución nuevamente tramada en Montgomery de la de Washington y Jefferson era que, en lo sucesivo y por primera vez, la esclavitud quedaba reconocida como una institución buena en sí y como fundamento de todo el edificio del Estado, en tanto que los padres de la revolución, trabados como estaban por los prejuicios del siglo XVIII, habían tratado el esclavismo como un *mal importado de Inglaterra* y al que había que eliminar progresivamente. Otro matamoros del Sur, M. Speed, gritó: "Para nosotros se trata de defender una gran república esclavista (*a great slave re-*

dependencia. Lo había regalado a la villa el rico comerciante Peter Faneuil.

³ En su discurso inaugural, Lincoln declaró precisamente que tenía la opinión de que el pueblo podía enmendar la Constitución si lo deseaba: "Sin recomendar que se hagan enmiendas —dijo—, yo reconozco sin ninguna reserva que el pueblo ejerza plenamente el control sobre toda esta cuestión [...] Me arriesgaría incluso a añadir que a mis ojos el sistema convencional es preferible, justamente por la razón de que permite al pueblo hacer enmiendas".

public)". Como se ve, el Norte ha sacado la espada simplemente para defender la Unión, y el Sur, ¿no ha declarado acaso que el mantenimiento de la esclavitud ya no era compatible por mucho tiempo con la existencia de la Unión?

Así como el bombardeo de Fort Sumter fue la señal de apertura de las hostilidades la victoria electoral del Partido *Republicano* del Norte— la elección de Lincoln para la Presidencia— fue la señal para la secesión. Lincoln fue elegido el 6 de noviembre de 1860. El 8 de noviembre de 1860, llegó este telegrama de Carolina del Sur: "La secesión se considera aquí como un hecho consumado". El 10 de noviembre, la Asamblea legislativa de Georgia puso en marcha sus planes de secesión, y el 15 de noviembre se convocaba una sesión especial de la Asamblea legislativa de Mississippi para debatir la secesión. A decir verdad, la propia victoria de Lincoln no era sino el resultado de una escisión en el campo *demócrata*. Durante la batalla electoral, los demócratas del Norte habían concentrado sus votos en *Douglas* y los del Sur en *Breckinridge*, y esta dispersión de los votos demócratas permitió la victoria del Partido *Republicano*. ¿De dónde proviene la superioridad, por un lado, del Partido *Republicano* en el Norte⁴ y, por otro lado, la división en el seno del Partido *Demócrata*, cuyos miem-

⁴ Los sufragios expresados en la elección de 1860 se repartieron como sigue:

	No. total de votos	Votos en el colegio electoral
Lincoln	1.866.452	180
Douglas	1.376.957	112
Breckinridge	849.781	72
Bell	588.879	39

Por lo tanto, si se añaden los votos de Douglas a los de Breckinridge se obtienen 360,286 más que los de Lincoln.

bros, en el Norte y en el Sur, operaban concertadamente hacía más de medio siglo?

La presidencia de Buchanan representó el punto culminante del dominio sobre la Unión, que el Sur había acabado por usurpar gracias a su alianza con los demócratas del Norte. El último Congreso continental de 1787, y el primer Congreso constitucional de 1789-1790, habían proscrito legalmente la esclavitud de todos los territorios de la República al noroeste de Ohio. (Como se sabe, territorio es la denominación que reciben las colonias situadas en el interior de los propios Estados Unidos, en tanto que no alcancen el nivel de población constitucionalmente prescrito para la formación de Estados autónomos.)

El compromiso llamado de Misuri (1820), a raíz del cual Misuri entró en las filas de los Estados Unidos como tal Estado esclavista, excluyó la esclavitud de todos los territorios más allá de los 36° 30' de latitud norte y al oeste del Misuri. Este compromiso hizo que la zona de la esclavitud avanzase en muchos grados de longitud, mientras, de otro lado, se asignaban límites geográficos muy precisos a su propagación futura. Esta barrera geográfica fue a su vez derribada en 1854 por lo que se llama el Kansas-Nebraska bill, cuyo promotor fue Stephen A. Douglas, a la sazón líder de la democracia del Norte. El *bill* adoptado por las dos cámaras del Congreso abolió el compromiso de Misuri, puso en pie de igualdad esclavismo y libertad, ordenó al gobierno de la Unión tratarlos con la misma indiferencia y dejó a la soberanía popular el cuidado de decidir si era menester o no introducir el esclavismo en un territorio. Se abolía así, por vez primera en la historia de los Estados Unidos, toda limitación geográfica y legal a la extensión de la esclavitud en los territorios. Por esta nueva legislación, todo el territorio hasta entonces libre de

Nuevo México, cinco veces mayor que el Estado de Nueva York, fue transformado en país de esclavitud, y la zona esclavista se extendió de la frontera de la República Mexicana a los 38° de latitud norte. En 1859, se dio a Nuevo México un Código esclavista que rivalizaba en barbarie con las legislaciones de Texas y Alabama. Sin embargo, como indica el censo de 1860, Nuevo México cuenta apenas con una cincuentena de esclavos sobre una población de cien mil habitantes. Bastó, pues, al Sur enviar al otro lado de la frontera a un puñado de aventureros con unos cuantos esclavos, para obtener con la ayuda del gobierno central de Washington, de sus funcionarios y de sus proveedores de Nuevo México, una apariencia de representación popular, a fin de que se otorgara a este territorio la esclavitud y de imponer por doquier la dominación de los esclavistas.

No obstante, este método cómodo no acreditó su eficacia en los demás territorios. Es por esto por lo que el Sur dio un paso más y el Congreso apeló al Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Este Tribunal, compuesto por nueve magistrados de los que cinco pertenecían al Sur, era de antiguo el instrumento más dócil de los esclavistas. Fue él quien sentenció en 1857, en ocasión del memorable caso de Dred Scott, que cada ciudadano americano tenía derecho a llevar con él, a no importa qué territorio, toda propiedad reconocida por la Constitución. Ahora bien, la Constitución reconocía la propiedad de esclavos; se obligó así al gobierno de la Unión a proteger dicha propiedad. En consecuencia, sobre una base constitucional, los esclavos podían ser forzados por sus dueños a trabajar en todos los territorios, y a cualquier esclavista en particular se le permitía introducir la esclavitud —incluso contra la voluntad de los colonos— en todos los territorios hasta entonces libres. Se denegaba así a las

asambleas legislativas locales el derecho a prohibir la esclavitud y se imponía al Congreso y al gobierno de la Unión el deber de favorecer a los promotores del esclavismo.

Al mismo tiempo, en 1850, bajo el gobierno de Buchanan, se endurecieron las leyes de extradición de los esclavos fugitivos y se aplicaron despiadadamente en los Estados del Norte.⁵ Parecía como si la vocación constitucional del Norte consistiese en atrapar a los esclavos para los dueños del Sur. De otra parte, a fin de frenar cuanto fuese posible la colonización de los territorios por colonos libres, el partido esclavista puso en jaque toda la legislación sobre la libertad del suelo, es decir, las disposiciones que aseguraban a los colonos una cantidad determinada de tierras del Estado, libres de cargas.⁶

⁵ La ley sobre los esclavos fugitivos adoptada por el Congreso en 1850 completaba la de 1793 sobre la extradición de los esclavos fugados. La ley de 1850 preveía efectivamente que todos los Estados dispusieran de funcionarios encargados de capturar y entregar los esclavos huidos. El gobierno federal debía emplear todos los medios de que disponía para recapturar los esclavos en fuga y negaba a los esclavos el derecho a ser juzgados por un jurado o de testimoniar en su defensa. Por cada negro capturado y devuelto a la esclavitud, se daba una recompensa de diez dólares. Se citan ejemplos de que la operación de captura de un esclavo llegó a costar cien dólares. La ley preveía una pena de mil dólares a seis meses de prisión a quienquiera que se opusiera a la aplicación de la ley. Las masas populares fueron exasperadas por esta ley y el movimiento abolicionista se vio reforzado. La ley se volvió prácticamente inaplicable desde el principio de la guerra civil y fue abolida definitivamente en 1864.

⁶ Los Apalaches constituyen la barrera montañosa a 250-350 kilómetros de la costa atlántica hasta la que habían llegado las colonias inglesas en el momento de su independencia. En menos de un siglo después, la avalancha hacia el Oeste recorrería los 5.000 kilómetros que distaba el Pacífico. La política agraria de los Estados Unidos se inicia

La política interior, al igual que la exterior, de los Estados Unidos se puso al servicio de los esclavistas. De hecho, Buchanan había accedido a la dignidad presidencial gracias al manifiesto de Ostende, en el que proclamaba que la adquisición de Cuba, bien a título oneroso o bien por la fuerza de las armas, era la gran tarea de la política nacional.⁷ Bajo su gobierno, el norte de México ya fue distribuido entre los especuladores americanos de tierras, que esperaban con impaciencia la señal para invadir Chihuahua, Coahuila y Sonora.⁸ Las

con la ley de 1785 que impone la venta de tierras públicas en forma de granjas de tipo y extensión familiar. La atribución gratuita de parcelas de tierra libre en el Oeste considerado como dominio del Estado era la reivindicación esencial de los *free soilers*, miembros de un partido abolicionista fundado en 1848 que exigía la libertad de tierras. Estos *free soilers*, que se hallaban naturalmente en competencia con los esclavistas en la colonización de los territorios nuevos, debían exigir la prohibición del esclavismo en las regiones a colonizar y la anulación de la venta de tierras a los grandes propietarios y especuladores. El Congreso y el gobierno de Washington opusieron una viva resistencia a estas reivindicaciones. En 1854 se presentó a discusión en el Senado una ley sobre la libertad del suelo; los demócratas del Sur se opusieron inmediatamente porque estaba "impregnada" de abolicionismo. Aun habiendo sido aprobada por la Cámara de Representantes, el Senado se negó a ratificar esta ley. No fue votada hasta 1860 y ello con esta importante restricción: la tierra no se atribuía gratuitamente, sino contra el pago de 25 dólares por acre. Con todo, el presidente Buchanan le puso el veto. Ya hasta después de la victoria de los republicanos y en plena guerra civil no pudo adoptarse definitivamente esta ley.

⁷ Para asegurarse nuevos territorios para esclavos, el Sur busca expandirse no solamente en dirección Oeste, sino también hacia el Sur después de haber expoliado a México de ciertas regiones, los esclavistas se dirigieron hacia España, con vistas a comprar Cuba o a apoderarse de ella por las armas.

⁸ Entre 1857 y 1859 capitalistas americanos, bajo la dirección de Charles P. Stone, manifestaron gran interés por las minas y las muy fértiles tierras de Sonora. Co-

continuas expediciones de piratas y filibusteros contra los Estados de América Central⁹ estaban dirigidas, si bien les parece, desde la Casa Blanca de Washington. En íntima ligazón con esta política exterior, que se proponía abiertamente conquistar territorios nuevos a fin de introducir allí la esclavitud y la dominación de los esclavistas, se sitúa la *reapertura del comercio de esclavos*, secretamente apoyada por el gobierno de la Unión.¹⁰ El propio

menzaron por instalar sociedades de ayuda a los emigrantes: era el primer paso para la anexión. La política mexicana del presidente Buchanan servía perfectamente estos intereses económicos particulares. En cuanto entró en funciones, Buchanan autorizó el pago a México de una suma de doce a quince millones de dólares por la Baja California y una amplia porción de Sonora y Chihuahua y estableció puestos militares. En su artículo sobre la *Intervención en México*, Marx evoca el hecho de que Palmerston expropia a los acreedores ingleses el Estado mexicano e hizo ceder Texas a los esclavistas norteamericanos. Así aclara los verdaderos móviles de la expedición a México de 1860 y el contenido real de la colusión imperialista entre los sudistas e Inglaterra.

⁹ En el curso de los años 1850, las potencias esclavistas no solamente ambicionan apoderarse de Cuba y el norte de México, sino también América Central. Con estos propósitos se organizaron expediciones de filibusteros especialmente contra Nicaragua, para hacer de ella la base de un gran imperio esclavista. William Walker juega un papel esencial en esta empresa. En 1855 se apodera de Granada; los esclavistas del Sur apoyaron su proclamación, instaurando y legalizando el esclavismo en estos países. Pero la ayuda de los esclavistas no fue bastante fuerte para mantenerlo contra la coalición de los Estados de América Central. En 1857, Walker fue derribado y sus tentativas ulteriores de reconquista fracasaron.

¹⁰ Como ya hemos dicho antes, la Constitución americana de 1787 legaliza la esclavitud de los negros en los Estados donde ya existía y permitió el tráfico de negros entre Estados. En 1807, por iniciativa del presidente Jefferson, el Congreso acordó prohibir la importación de esclavos de Africa y el tráfico entre Estados por una ley que entró en vigor el primero de enero de 1808, que preveía medidas contra la trata de negros y especial-

Stephen A. Douglas declaró el 20 de agosto de 1859 en el Senado americano: "El año pasado hemos importado más negros de Africa que nunca con anterioridad en el curso de un año, incluida la época en que el comercio de esclavos todavía era legal. El número de esclavos importados el año pasado se habría elevado a quince mil".

Propagación de la esclavitud en el exterior mediante la fuerza armada, tal era la meta confesada de la política nacional. De hecho, la Unión se había convertido en la esclava de trescientos mil esclavistas que dominaban en el Sur. Este resultado se derivaba de una serie de compromisos que el Sur debía a su alianza con los demócratas del Norte. Todas las tentativas, renovadas periódicamente desde 1817, de resistir a las usurpaciones crecientes de los esclavistas fracasaron ante esta alianza. Finalmente, llegó el punto de viraje.

Desde que fue aprobado el *Kansas-Nebraska bill*, que borraba la línea fronteriza de la esclavitud y sometía su aplicación a la voluntad de los colonos en los territorios nuevos, los emisarios armados de los esclavistas —bribones de las regiones fronterizas de Misuri y Arkansas— se precipitaron sobre Kansas, con el cuchillo de monte en una mano y

mente la confiscación de los navíos y cargamentos que transportaban negros. Naturalmente, esta ley fue continuamente burlada. El comercio de esclavos, aunque prohibido, floreció de contrabando con diversas alternativas, pero alcanzando un auge en torno a los años de 1850. Pese a los esfuerzos de la Convención comercial del Sur en 1859, sin embargo, la trata no fue legalizada; todas las leyes en este sentido fracasaron incluso en Georgia, Alabama, Luisiana y Texas. El fracaso se debió en gran parte a una contradicción en el mismo seno de la clase esclavista: los Estados fronterizos y orientales que practicaban la "cría de negros" para la venta en los Estados esclavistas en expansión temían la concurrencia africana y una depresión de los precios de los esclavos, como resultado de una "oferta" demasiado abundante.

el revólver en la otra, a fin de expulsar a los colonos, tratándolos con una crueldad sin nombre. Estas incursiones de bandidaje encontraban apoyos cerca del gobierno central de Washington. De ahí la inmensa reacción. En todo el Norte, y especialmente en el Noroeste, se formó una organización de auxilio para aportar a Kansas ayuda en hombres, armas y dinero.¹¹ De esta organización de auxilio nació el *Partido Republicano*, que debe así su existencia a la lucha en defensa de Kansas. Una vez fracasada la tentativa de convertir a Kansas por la fuerza en un *territorio de esclavos*, el Sur se esforzó en obtener los mismos resultados por medio de intrigas políticas. El gobierno de Buchanan, en particular, hizo cuanto pudo para incluir a Kansas entre los Estados esclavistas de los Estados Unidos, imponiéndole una Constitución proesclavista. De ahí una nueva lucha, librada esta vez en lo esencial en el Congreso de Washington. Incluso M. Stephen A. Douglas, jefe de los demócratas

¹¹ En los años 1854-55 se crearon "organizaciones de ayuda a los colonos" de Kansas en una serie de Estados del Norte y Noroeste (Massachusetts, New York, Pennsylvania, Ohio, Illinois, etc.). La primera apareció en abril de 1854 en Massachusetts. Estas organizaciones se proponían luchar contra la expansión del esclavismo e instalar pequeños colonos en Kansas. Se ocupaban del reclutamiento de colonos, del sostén financiero, del transporte de aparatos agrícolas a Kansas, del alojamiento de los colonos y de su aprovisionamiento. Finalmente enviaron armas a Kansas. Este movimiento adquirió su apogeo en el verano de 1856 con la guerra de Kansas. En julio de 1856, el Congreso de Buffalo decidió la creación de un Comité nacional de ayuda a Kansas, que no logró, a pesar de muchos esfuerzos, unificar la ayuda a escala nacional, a causa de algunas divergencias. Con todo, esta actividad tuvo una gran influencia sobre la opinión pública y contribuyó a sostener las fuerzas que crearon el Partido Republicano. Al final de la guerra civil, esta organización se ocupó en la colonización de Oregón y Florida. Existió hasta el año 1897.

del Norte, intervino entonces (1857-1858) contra el gobierno y sus aliados del Sur, ya que el otorgamiento de una Constitución esclavista contradecía el principio de soberanía de los colonos garantizada por el *Nebraska bill* de 1854. Douglas, senador por Illinois, un Estado del Noroeste, habría, naturalmente, perdido toda su influencia si hubiese intentado conceder al Sur el derecho a desposeer, por la fuerza de las armas o por los actos del Congreso, los territorios colonizados por el Norte.¹² Después de haber creado el *Partido Republicano*, la lucha por Kansas provocaba ahora la primera *escisión en el seno del Partido Demócrata* mismo.

El Partido Republicano se proveyó de una primera plataforma con ocasión de las elecciones presidenciales de 1856. Si bien su candidato —John Frémont— no salió victorioso, el número considerable de votos que obtuvo probó en todo caso que el Partido crecía rápidamente, de manera especial en el Noroeste.¹³ Con motivo de su segunda Convención nacional para las elecciones presidenciales (17 de mayo de 1860), los republicanos enriquecieron su programa de 1856 con sólo algunas adiciones. Esencialmente, contenía los siguientes puntos: no hay que ceder ni la menor pulgada de tierra a los esclavistas; es preciso que cese la política de bandidaje frente al exterior; hay que es-

¹² De este modo, el senador Douglas, bajo la presión de sus electores, el 9 de diciembre de 1857 hizo la siguiente declaración en el Senado: ...“si esta Constitución ha de sernos impuesta por la fuerza, violando los principios fundamentales del libre gobierno y de una manera que sería un simulacro y un insulto, yo resistiría hasta el fin [...]. Yo me atengo al gran principio de la soberanía popular [...] y me esforzaré por defenderlo contra los asaltos de quienquiera que sea”.

¹³ De los 1.341.264 votos conseguidos por Frémont en 1856, 559.864 provenían de los Estados del Noroeste (Ohio, Michigan, Indiana, Illinois, Wisconsin y Iowa), o sea, el 41.7 por ciento del total.

tigmatizar la reapertura del comercio de esclavos; hay, en fin, que dictar leyes sobre la libertad de la tierra, a fin de promover la libre colonización.

El punto decisivo y vital de este programa era el de no ceder en lo sucesivo una pulgada de terreno nuevo al esclavismo; se le debía, por el contrario, mantener acantonado en los límites de los Estados donde ya existía legalmente.¹⁴ Así, la esclavitud debería quedar formalmente confinada. Ahora bien, la ampliación progresiva del territorio y del dominio del esclavismo más allá de los antiguos límites es una ley vital para los Estados esclavistas de la Unión.

El cultivo de artículos de exportación del Sur —algodón, tabaco, azúcar, etc.—, practicado por los esclavos, es remunerativo por tanto tiempo, solamente, como se siga efectuando con amplias aportaciones de esclavos, en gran escala y con inmensas extensión de tierras naturalmente fértiles, que no exigen más que un trabajo simple. El cultivo intensivo, que no depende tanto de la fertilidad del suelo como de las inversiones de capitales y de la inteligencia y la energía del trabajador, es contrario a la naturaleza de la esclavitud.

Se asiste a una rápida transformación de Estados tales como Maryland y Virginia, que antaño utilizaban esclavos para producir artículos de ex-

¹⁴ La plataforma republicana de 1860 se manifestaba sobre este asunto en la siguiente forma: "La condición normal sobre todo el territorio de los Estados Unidos es la de la libertad; nuestros antepasados republicanos, cuando han abolido la esclavitud sobre todo nuestro territorio nacional, han establecido que nadie pudiera sin proceso legal y juicio ser despojado de su vida, su libertad o su propiedad. Tomamos como nuestro deber [...] mantener esas estipulaciones de la Constitución contra todas las tentativas de la violación. Negamos al Congreso, a las asambleas o quienquiera que sea, el derecho de dar una existencia legal a la esclavitud en cualquier territorio de los Estados Unidos".

portación en Estados que producen esclavos para exportarlos después hacia los Estados situados más al sur. Incluso en Carolina del Sur, donde los esclavos representan las cuatro séptimas partes de la población, la producción algodonera ha permanecido enteramente estacionaria desde los años del agotamiento del suelo. Y, efectivamente, por la fuerza misma de las cosas, Carolina del Sur ya se ha transformado parcialmente en un Estado de cría de esclavos, puesto que cada año vende esclavos a los Estados del extremo Sur y del Sudoeste por valor de cuatro millones de dólares. Tan pronto como se alcanza este punto, resulta indispensable adquirir territorios nuevos para que una parte de los dueños de esclavos ocupen nuevas franjas de tierras fértiles, transformándose la parte abandonada tras ellos en territorio de cría de esclavos destinados a la venta en el mercado. No cabe duda alguna, pues, de que sin la adquisición de Luisiana, Misuri y Arkansas por los Estados Unidos, el esclavismo se habría extinguido hace ya tiempo en Virginia y Maryland. En el Congreso secesionista de Montgomery, uno de los portavoces del Sur —el senador Toombs— formuló de una manera diáfana la ley económica que rige la expansión continua del territorio de la esclavitud: “Si de aquí a quince años no nos beneficiamos de un inmenso acrecentamiento de tierras de esclavos, habremos de permitir a los esclavos huir de los blancos, a menos que los blancos no huyan antes de los esclavos”.

Como es sabido, los mandatos de los distintos Estados a la Cámara de Representantes del Congreso dependen del número de habitantes de su respectiva población. Como la población de los Estados libres crece infinitamente más aprisa que la de los Estados esclavistas, el número de representantes del Norte bien pronto habrá de sobrepasar

con mucho al de representantes del Sur. La verdadera sede del poderío político del Sur se desplaza continuamente hacia el Senado americano, donde cada Estado —ya sea fuerte o débil su población— dispone de dos escaños senatoriales. Para mantener su influencia en el Senado y, mediante este trujamán, su hegemonía sobre los Estados Unidos, el Sur ha menester de crear incesantemente nuevos Estados esclavistas. Ahora bien, esto sólo es posible conquistando países extranjeros —por ejemplo Texas— o transformando los territorios pertenecientes a los Estados Unidos, primero en territorios de esclavos, y luego en territorios esclavistas, como es el caso de Misuri, de Arkansas, etc. John Calhoun —adulado por los esclavistas y considerado como su hombre de Estado por excelencia— declaraba en el Senado el 19 de febrero de 1847, que sólo esta Cámara ponía en manos del Sur la balanza del Poder; que la expansión del territorio esclavista era indispensable para preservar en el Senado ese equilibrio entre el Sur y el Norte, y que las tentativas de creación por la fuerza de nuevos Estados esclavistas quedaban así justificadas para el Sur.

En fin, el número de los actuales esclavistas en el Sur de la Unión alcanza apenas a trescientos mil, o sea, una oligarquía muy exigua, a la que se enfrentan millones de “pobres blancos” (*poor whites*), cuya masa crece sin cesar en virtud de la concentración de la propiedad de la tierra, y cuyas condiciones únicamente son comparables a las de los plebeyos romanos de la época del declive extremo de Roma. Tan sólo mediante la adquisición —o la perspectiva de adquisición— de territorios nuevos, o mediante expediciones filibusteras, es posible concertar los intereses de estos “pobres blancos” con los de los esclavistas y dar a su turbulenta necesidad de actividad una dirección que no

sea peligrosa, puesto que haría espejear ante sus ojos la esperanza de que ellos mismos podrían convertirse un día en propietarios de esclavos.

Un estricto confinamiento de la esclavitud en su antiguo dominio debería, pues —por las leyes económicas del esclavismo—, conducir a su extinción progresiva; después —desde el punto de vista político—, a arruinar la hegemonía ejercida por los Estados esclavistas del Sur gracias al Senado, y por fin, a exponer a la oligarquía esclavista en el interior mismo de sus Estados a unos peligros cada vez más amenazantes del lado de los “pobres blancos”. En resumen, los republicanos atacan la raíz de la dominación de los esclavistas cuando proclaman el principio de que se opondrán con la ley a toda extensión futura de territorios de esclavos. La victoria electoral de los republicanos debía, pues, empujar a la lucha abierta entre el Norte y el Sur. No obstante, esta misma victoria estuvo condicionada por la escisión dentro del campo demócrata, en la forma que ya hemos mencionado.

La lucha por Kansas ya había provocado un corte entre el partido esclavista y sus aliados demócratas del Norte. Durante la elección presidencial de 1860, el mismo conflicto estalló de forma aún más general. Los demócratas del Norte, con su candidato Douglas, hacían que la introducción de la esclavitud en los territorios dependiese de la voluntad de la mayoría de los colonos. El partido esclavista —con su candidato Breckinridge— sostenía que la Constitución de los Estados Unidos —como había declarado el Tribunal Supremo— llevaba legalmente la esclavitud en su estela; en sí y por sí, la esclavitud era ya legal sobre todo el territorio, y no exigía ninguna naturalización particular. Así, pues, en tanto que los republicanos negaban toda ampliación de los territorios esclavistas, el partido sudista pretendía que todos los

territorios de la República eran sus dominios privados. Y, de hecho, por ejemplo en Kansas, intentó imponer la esclavitud por la fuerza a un territorio, gracias al gobierno central y contra la voluntad de los colonos. En pocas palabras, ahora hacía de la esclavitud la ley de todos los territorios de la Unión. Sin embargo, hacer esta concesión no estaba en manos de los jefes *demócratas*: ello habría determinado, simplemente, que sus huestes desertaran al campo republicano. Por otra parte, la "soberanía de los colonos" a lo Douglas no podía satisfacer al partido de los esclavistas. Lo que éstos pretendían hacer debería realizarse dentro de los cuatro años siguientes, bajo el nuevo presidente y por medio del gobierno central: no se podía permitir demora alguna.

No se les escapaba a los esclavistas que había nacido una nueva potencia: el Noroeste, cuya población casi se había duplicado de 1850 a 1860 y que era ahora sensiblemente igual a la población *blanca* de los Estados esclavistas. Ahora bien, esta potencia no estaba inclinada, por sus tradiciones, su temperamento y su modo de vida, a dejarse arrastrar de compromiso en compromiso, como habían hecho los viejos Estados del Nordeste. La Unión sólo tenía interés para el Sur si aquélla le entregaba el poder federal para realizar su política esclavista. Si no era este el caso, valía más romper ahora, antes de asistir todavía durante cuatro años al desarrollo del Partido Republicano y al auge del Noroeste, para entablar la lucha bajo auspicios más desfavorables. El partido esclavista se jugaba *el todo por el todo*. Cuando los *demócratas* del Norte se negaron a seguir desempeñando por más tiempo el papel de "pobres blancos" del Sur, el Sur dio la victoria a Lincoln dispersando sus votos; a continuación desenvainó la espada tomando aquella victoria como pretexto.

Como se ve, todo el movimiento reposaba —y todavía reposa— sobre el *problema de los esclavos*. Es cierto que no se trata directamente de emancipar —o no— a los esclavos en el seno de los Estados esclavistas existentes; se trata, antes bien, de saber si veinte millones de hombres libres del Norte van a dejarse dominar más tiempo por una oligarquía de trescientos mil esclavistas; si los inmensos territorios de la República servirán de invernaderos al desarrollo de Estados libres o de Estados esclavistas; si, en fin, la política nacional de la Unión tendrá por divisa la propagación armada de la esclavitud a México y América central y meridional.

En otro artículo examinaremos qué valor tiene la aserción de la prensa londinense, según la cual el Norte debería aprobar la secesión como la solución más favorable y, en definitiva, como la única posible del conflicto en curso.*

* Ver más adelante, FASE MILITAR, el capítulo "La guerra civil en los Estados Unidos".

Carlos Marx

EL COMERCIO BRITANICO DEL ALGODON.

New York Daily Tribune

14 de octubre de 1861

Londres, 21 de septiembre de 1861

El alza continua de los precios del algodón en bruto comienza a tener efectos serios sobre la industria algodonera, cuyo consumo ha disminuido ahora en el veinticinco por ciento con relación al normal. Este resultado significa que la tasa de producción disminuye diariamente, que las fábricas no trabajan más que tres o cuatro días por semana y que una parte de las máquinas está parada, ya sea en las empresas que practican la jornada reducida de trabajo, ya en aquellas que hasta aquí trabajaban a pleno empleo, pero que están cerradas temporalmente. En ciertas localidades, por ejemplo, en Blackburn, la jornada de trabajo reducida va acompañada de una reducción de salarios. Como quiera que sea, la tendencia a disminuir la jornada de trabajo sólo está en sus inicios, y podemos predecir con certeza que de aquí a algunas semanas se pasará, en la totalidad de esta rama de producción, a tres días de trabajo por semana, al mismo tiempo que parará gran parte de las máquinas en la mayoría de las empresas. En general, las fábricas y los negociantes ingleses sólo han tenido conocimiento de manera muy lenta y con reticencias del precario estado de sus provisionamientos de algodón. Estos señores dicen:

- “Toda la última cosecha americana ha sido ya encaminada hacia Europa hace tiempo. El trabajo en la nueva cosecha está justamente empezando. No habríamos podido obtener ni una bala más de algodón, aunque no hubiésemos oído hablar de guerra y de bloqueo. La temporada de navegación no comienza antes de finales de noviembre, y generalmente hay que esperar hasta fines de diciembre para que tengan lugar grandes exportaciones. Hasta entonces, no tiene gran importancia que el algodón permanezca en las plantaciones o se encamine hacia los puertos tan pronto como sea embalado. Si el bloqueo se levanta en un momento cualquiera *antes de fin de año*, estaremos ciertamente abastecidos de algodón de manera normal en marzo o abril, como si el bloqueo no hubiese existido”.
- En lo más íntimo de su alma de tenderos, los fabricantes acarician la esperanza de que antes de fin de año habrá terminado toda la crisis americana y con ella el bloqueo, o bien que lord Palmerston forzará el bloqueo por la violencia. Sin embargo, esta última idea ha sido más o menos abandonada cuando en Manchester han advertido, entre otras circunstancias, que si el gobierno británico tomase la ofensiva sin haber sido provocado, chocaría con la fuerza unida de dos gigantescos grupos de intereses, a saber: los capitalistas de las finanzas que han invertido un enorme capital en las empresas industriales de América del Norte, y los mercaderes de cereales, que encuentran en América del Norte su principal fuente de suministro. La esperanza de que el bloqueo será levantado a tiempo para satisfacer las exigencias de Liverpool y de Manchester, o de que la guerra americana acabará con un compromiso con los secesionistas, ha dejado paso a un fenómeno desconocido hasta aquí en el mercado algodonerero inglés, a

saber: las operaciones algodoneras americanas en Liverpool, que se manifiestan bien sea a través de especulaciones, bien de reexpediciones hacia América. Como consecuencia, el mercado algodonerero de Liverpool experimentó una agitación febril en el curso de las dos últimas semanas, al verse sostenidas las inversiones especulativas de capitales de los negociantes de Liverpool por las inversiones especulativas de capitales de los fabricantes de Manchester y de otros lugares, que tratan de proveerse de reserva de materias primas para el invierno. Se comprueba cuál es, al por mayor, la amplitud de estas transacciones en el hecho de que una parte considerable de los depósitos de almacenamiento de Manchester se encuentran ya atestados de tales reservas, y en que en el curso de la semana del 15 al 22 de septiembre la variedad del algodón de calidad media ha subido en tres octavos de dólar por libra y la variedad mejor en cinco octavos de dólar.

Desde el inicio de la guerra americana, el precio del algodón no ha cesado de subir, pese a que el desequilibrio fatal entre el precio de las materias primas y el del hilo y el tejido sólo se puso de manifiesto en el curso de las últimas semanas de agosto. Hasta entonces, cada subida del precio del algodón manufacturado, que debería derivarse de la considerable disminución de la oferta americana, se había compensado con un aumento de las reservas acumuladas en primeras manos y con las consignaciones especulativas hacia China y la India.

Pero estos mercados asiáticos muy pronto se vieron obstruidos. Así, en *Calcutta Price Current* del 7 de agosto de 1861 escribe: "Las reservas en *stock* se acumulan; desde nuestro último número, los arribos no ascienden a menos de veinticuatro millones de yardas de algodón liso. Informes provenientes de la metrópolis nos hacen saber que

los suministros por barco van a proseguir bastante más allá de nuestras necesidades. Mientras esto dure, no podremos esperar una mejor [...]. El mercado de Bombay está también ampliamente saturado”.

Otras circunstancias contribuyeron también a la contracción del mercado indio. La última hambrina en las provincias del Noroeste fue seguida de los estragos del cólera, mientras en toda la Bengala inferior las lluvias ininterrumpidas dañaron gravemente la cosecha de arroz. Cartas de Calcuta, llegadas a Inglaterra esta semana, nos informan de que las ventas arrojaron un precio neto de nueve dólares y cuarto por libra de hilo No. 40, mientras en Manchester no se encuentra por menos de once dólares y tres octavos; asimismo, las ventas de tela de cuarenta pulgadas y tres octavos; asimismo, las ventas de tela de cuarenta pulgadas experimentaron pérdidas de siete y medio, nueve y doce dólares por pieza, en relación con los precios vigentes en Manchester.

Incluso en el mercado chino asistimos a una depresión de los precios, debida a la acumulación de *stocks* de mercancías importadas. En estas condiciones, y con la demanda de algodón inglés manufacturado en baja, los precios no pueden, ciertamente, ir a la par del aumento creciente de los precios del algodón en bruto; por el contrario, en muchos casos, la hilatura, el tejido y el estampado del algodón dejan de compensar los gastos de producción. Tomemos como ejemplo el caso siguiente, que nos comunica uno de los mayores fabricantes de Manchester, por lo que concierne a la hilatura en bruto:



	Por libra	Margen de venta	Coste del hi- lado por libra
17 de Sept. de 1860:			
Coste del algodón:	6¼ \$	4 \$	3 \$
Trama 16 vendida a:	10¼ \$	—	—
Ganancia: 1 \$ por libra			

17 de Sept. de 1861:

Coste del algodón:	9 \$	2 \$	3 ½ \$
Trama 16 vendida a:	11 \$	—	—

Pérdida: 2½ \$ por libra

El consumo de algodón indio aumenta rápidamente. Si los precios continúan subiendo, los suministros indios aumentarán. Sin embargo, es imposible cambiar, en unos meses, todas las condiciones de producción y modificar el curso de los intercambios comerciales. Inglaterra está así en vías de pagar muy cara su larga y odiosa administración del vasto imperio indio.

Los dos principales obstáculos con que tropiezan sus tentativas de reemplazar el algodón americano por el indio son la falta de medios de transporte y de comunicación en todo el territorio indio, y la situación mísera del campesino hindú, que le hace inapto para aprovechar estas condiciones favorables. En el origen mismo de estas dos dificultades están los ingleses.

La industria moderna de Inglaterra reposa en general sobre dos ejes igualmente míseros. Uno es la patata, que era el medio exclusivo de alimentación de la población irlandesa y de una gran parte de la clase obrera inglesa. Este eje quedó roto durante la enfermedad de la patata y la catástrofe que ello supuso para Irlanda.¹ Ahora hay

¹ Referencia a la escasez de patatas en Irlanda de 1845-

que hallar una base más amplia para la reproducción y conservación de millones de trabajadores.

El segundo eje de la industria inglesa era el algodón cultivado por los esclavos de los Estados Unidos. La actual crisis americana fuerza a la industria inglesa a extender su campo de aprovisionamientos y a dejar el algodón de las oligarquías productoras y consumidoras de esclavos. En tanto los fabricantes ingleses de algodón dependen del algodón cultivado por esclavos, se podrá afirmar que, en verdad, se apoyan en una doble esclavitud: la esclavitud indirecta del hombre blanco en Inglaterra, y la esclavitud directa del hombre negro al otro lado del Atlántico.

47, producida por una plaga de ese tubérculo. A consecuencia de esta catástrofe, los pequeños campesinos irlandeses, incapaces de pagar sus arriendos, fueron lanzados en masa por los propietarios de tierras. La cólera campesina estalló en ocasión de la revuelta de 1848. La represión de esta insurrección dio lugar a una emigración masiva hacia los Estados Unidos. En el capítulo IV, inédito, de *El Capital*, Marx prueba que esta emigración ha tenido un doble efecto: en Inglaterra, la producción aumenta más lentamente que la población; América se beneficia de una fuerza vital que le permite sobrepasar pronto a Inglaterra por lo que respecta a producción económica. En dicha obra se desarrolla y comprueba la idea de que el capitalismo es un modo de producción social históricamente transitorio; siguiendo la trayectoria del modelo inglés se ve cómo el capital nace, se desarrolla, declina y muere. Esta ley se ilustra con el estudio de la emigración irlandesa, que suscita la creación de un rival capitalista en América y marca la decadencia del capital inglés en el mundo: "La población irlandesa ha descendido de ocho a cinco millones y medio aproximadamente en el curso de los últimos quince años. Con todo, la producción ganadera ha crecido algo y los Dufferin, que quieren convertir Irlanda en un simple pastizal para ovejas, se encuentran confirmados en sus puntos de vista cuando afirman que los irlandeses son aún demasiados. Entre tanto, no transportan solamente sus huesos a América, sino también su carne: su venganza será terrible al otro lado del Atlántico".

Carlos Marx

LA CRISIS EN INGLATERRA

Die Presse

6 de noviembre de 1861

Londres, 10. de noviembre de 1861

Igual que hace quince años, Inglaterra está ahora enfrentada a una crisis económica que amenaza atacar de raíz todo su sistema económico. Como se sabe, la *patata* representaba la alimentación exclusiva de Irlanda y de una parte considerable de la clase obrera inglesa, cuando la enfermedad de la patata de 1845 y 1846 golpeó de muerte la fuente de la vida irlandesa. Los resultados de esta catástrofe son conocidos. La población irlandesa disminuyó en dos millones, de los cuales la mitad pereció de hambre y la otra huyó al otro lado del Océano Atlántico. Al mismo tiempo, esta horrosa desgracia contribuyó a la victoria del partido librecambista inglés; la aristocracia terrateniente fue obligada a ceder uno de sus monopolios más lucrativos, y la abolición de las leyes cerealistas aseguró una base más amplia y más sana para la reproducción y la vida de millones de trabajadores.

El *algodón* es para la rama dominante de la industria de la Gran Bretaña lo que la *patata* era para la agricultura irlandesa. La subsistencia de una masa de población superior a la de Escocia entera, o igual a dos tercios de la actual población de Irlanda, depende del trabajo de transformación del algodón. En efecto, según el empadro-

namiento de 1861, la población de Escocia se eleva a 3.061.117 habitantes y la de Irlanda a 5.764.543, en tanto que más de cuatro millones de personas viven directa o indirectamente de la industria algodонера en Inglaterra y Escocia. Esta vez, ciertamente, no es la planta del algodón la que está enferma. Su producción no es un monopolio de ciertas regiones del mundo. Al contrario, no existe una sola planta proveedora de fibras para el vestido que germine en tan variados lugares de América, Asia y Africa.

El monopolio algodonero de los Estados esclavistas de la Unión Americana no es un producto de la naturaleza, sino de la historia. Nació y se desarrolló paralelamente al monopolio de la industria algodонера inglesa sobre el mercado mundial. En 1793 —hacia la época en que se hicieron los grandes descubrimientos mecánicos en Inglaterra— un cuáquero de Connecticut, Ely Whitney, inventó el *cotton gin*, una máquina para separar la fibra de la semilla de algodón. Antes de este invento, toda una jornada del más intenso trabajo de un negro no bastaba para despepitarse un libra de borra. Después del invento de la máquina despepitadora del algodón, una vieja mujer negra puede fácilmente producir cincuenta libras de borra de algodón al día, y mejoras progresivas pronto harían que se doblase el rendimiento de esta máquina. Desde entonces, ya no hubo trabas para el cultivo del algodón en los Estados Unidos.¹ Este medró rápidamente, mano a mano con la industria algodонера inglesa, que se convirtió en una gran potencia comercial.

¹ En menos de 20 años después del invento de Eli Whitney, el cultivo algodonero se expandió tan enormemente que pasó de una producción de 140 mil libras a 89 millones y de 138 mil libras de exportación, a 17 millones.

En el curso de esta evolución, hubo momentos en que Inglaterra pareció asustarse del peligro que pudiera representar este monopolio americano del algodón. Tal fue el caso, por ejemplo, cuando se compró la emancipación de los negros de las colonias británicas por veinte millones de libras inglesas. Se cobró conciencia de que la industria de Lancashire y Yorkshire reposaban en la soberanía del látigo esclavista en Georgia y Alabama, en el momento mismo en que el pueblo inglés se imponía grandes sacrificios para abolir la esclavitud en sus propias colonias. Sin embargo, la filantropía no hace la historia, y menos aún la historia comercial. Tales dudas surgían cada vez que había penuria de algodón en los Estados Unidos, tanto más cuanto que esta calamidad natural era explotada por los esclavistas para elevar al máximo el precio del algodón valiéndose de toda clase de artificios. Los hiladores de algodón y los tejedores ingleses amenazaban entonces con la revuelta al "rey del algodón". Se barajaron distintos proyectos para proveerse de algodón en los países de Asia y Africa, por ejemplo, en 1850. Sin embargo, bastaba siempre que una escasez fuese seguida de una buena cosecha en los Estados Unidos para hacer añicos esas veleidades de emancipación. Es más, el monopolio algodouero de América alcanzó en el curso de estos últimos años una amplitud hasta entonces insospechada, en parte a causa de la legislación librecambista, que abolió el derecho complementario de aduana que gravaba el algodón cultivado por esclavos, y en parte a causa de los gigantescos progresos efectuados simultáneamente por la industria algodouera inglesa y por el cultivo del algodón de América en el curso del último decenio. Ya en 1857, el consumo de algodón se había elevado en Inglaterra a cerca de mil quinientos millones de libras.

Y he aquí que, en el presente, la guerra civil americana amenaza de pronto a este gran pilar de la industria inglesa. La Unión bloquea los puertos de los Estados sudistas, a fin de cortar la principal fuente de ingresos de la secesión, impidiendo la exportación de su última cosecha de algodón; pero la Confederación ha imprimido a este bloqueo su verdadera fuerza coactiva cuando decidió no exportar ni una bala de algodón, a fin de obligar a Inglaterra a ir directamente en busca de su algodón a los puertos del Sur. Se trataba de impulsar a Inglaterra a romper el bloqueo por la fuerza y a declarar después la guerra a la Unión, arrojando su espada en la balanza a favor de los Estados esclavistas.

Desde el comienzo de la guerra civil americana, el precio del algodón no ha cesado de subir en Inglaterra, aunque durante mucho tiempo en grado menor al que se esperaba. En su conjunto, el mundo inglés de los negocios parecía considerar con mucha flema la crisis americana. La razón de esta actitud de sangre fría es evidente. Hace ya tiempo que se encuentra en Europa la última cosecha americana. El producto de la nueva cosecha nunca se embarca antes de finales de noviembre, y es sólo a fines de diciembre cuando las expediciones adquieren realmente amplitud. Hasta entonces, es relativamente indiferente que las balas de algodón sigan en las plantaciones o que se expidan hacia los puertos del Sur inmediatamente después de que el algodón se embale. De esta suerte, si en cualquier momento antes de fin de año se levanta el bloqueo, Inglaterra puede estar segura de que recibirá en marzo o abril su provisión normal de algodón como si jamás hubiese habido bloqueo.

El mundo inglés de los negocios, engañado en gran medida por la prensa inglesa, se mecía en la loca ilusión de que el espectáculo de una guerra

de seis meses acabaría con el reconocimiento de la Confederación por parte de los Estados Unidos. Hacia finales del mes de agosto, sin embargo, vieron aparecer americanos en el mercado de Liverpool a fin de comprar allí algodón, ya sea con vistas a la especulación en Europa, ya con vistas a reexportarlo para América del Norte. Este hecho extraordinario abrió los ojos a los ingleses. Comenzaron a comprender la seriedad de la situación. Después, el mercado de Liverpool entró en un estado de excitación febril. Bien pronto el precio del algodón subió en un ciento por ciento sobre su nivel medio. La especulación algodонера adquirió el mismo carácter frenético de la especulación ferroviaria de 1845. Las fábricas de hilaturas y tejidos de Lancashire y de otros centros de la industria británica del algodón redujeron su horario de trabajo a tres jornadas por semana, una parte paró por completo sus máquinas y la inevitable reacción de otras ramas de la industria no se hizo esperar. Toda Inglaterra tiembla en estos momentos ante la proximidad de la mayor catástrofe económica que la haya amenazado hasta este día.

El consumo del algodón indio se halla, naturalmente, en vías de aumentar, y los altos precios aún aseguran un crecimiento ulterior de las importaciones desde la patria original del algodón. No obstante, es imposible revolucionar las condiciones de producción y el curso de los intercambios en unos cuantos meses, por así decirlo. Inglaterra paga ahora su larga y catastrófica administración en la India. Sus tentativas desordenadas de reemplazar el algodón americano por el algodón indio tropiezan con grandes obstáculos: la falta de medios de comunicación y de transporte en la India y la mísera condición del campesino indio, que le impide aprovechar con ventaja las circunstancias

favorable del momento. Además, sería preciso que el cultivo del algodón indio pasara por todo un proceso de mejoras para ocupar el puesto del algodón americano. Incluso en las condiciones más favorables, se necesitarían años para que la India pudiese producir algodón en la cantidad requerida para la exportación. Pues bien, se ha establecido estadísticamente que el *stock* de algodón de Liverpool se habrá agotado de aquí a *cuatro meses*. Y durará hasta entonces sólo si se siguen aplicando las limitaciones del tiempo de trabajo a tres días por semana y la detención total de una parte aún más importante de las máquinas. Ahora bien, los distritos manufactureros sufren ya los peores males sociales. Y si el bloqueo americano prosigue después de enero, ¿qué ocurrirá entonces?

Carlos Marx

EL COMERCIO BRITANICO

New York Daily Tribune

23 de noviembre de 1861

Londres, 2 de noviembre de 1861

A la hora actual, Inglaterra no sigue una línea política general. Todo el mundo, hasta el último ciudadano, está enteramente absorbido por sus asuntos y por la crisis americana. En un artículo precedente, llamaba su atención sobre el estado febril del mercado algodonero de Liverpool. En el curso de las dos últimas semanas, ha manifestado todos los síntomas de la moda de los caminos de hierro de 1845. Médicos, dentistas, abogados, cocineros, obreros, empleados, lords, comediantes, clérigos, soldados, marinos, periodistas, institutrices, hombres y mujeres, todos especulan con el algodón. A menudo, las operaciones de compra y venta, y de recompra y reventa, se hacen exclusivamente sobre una, dos, tres o cuatro balas de algodón. Las cantidades más considerables permanecen en el propio almacén, pero en ocasiones cambian veinte veces de propietario. Se puede comprar el algodón a las diez, revenderlo a las once y obtener un beneficio de medio penique por libra. Las mismas balas pasan así por varias manos en el espacio de doce horas.

Sin embargo, se ha producido esta semana una especie de reacción. Hay que atribuirlo al hecho exclusivo de que el chelín constituyere una cifra

redonda, ya que se compone de doce peniques, y a que la mayoría de los especuladores han decidido vender tan pronto como el precio de la bala de algodón llegue al chelín. En consecuencia, ha habido un aumento súbito de las ofertas de algodón y, por lo tanto, una reacción sobre su precio. Pero esto sólo puede ser un fenómeno pasajero.

Cuando los británicos se hayan hecho a la idea de que una libra de algodón puede costar quince peniques, este límite pasajero a la especulación habrá desaparecido y la fiebre especulativa redoblará su violencia. *Esta evolución contiene un momento favorable para los Estados Unidos y desfavorable para aquellos que quisieran romper el bloqueo.**

* En el artículo titulado "Notas económicas" (*Die Presse*. 3.11.1861), en el que Marx vuelve a manejar para el periódico ciertos argumentos desarrollados en el *New York Daily Tribune*, llega también a la conclusión de que la evolución económica juega a favor de los Estados Unidos y reduce, en consecuencia, los medios de presión del imperialismo de la Inglaterra de Palmerston: "De las últimas estadísticas del comercio exterior inglés se deriva un hecho importante. Mientras que en el curso de los nueve primeros meses de este año las exportaciones inglesas hacia los Estados Unidos han descendido en más del 25 por ciento, el puerto de Nueva York¹ ha aumentado por sí solo en más de 6 millones de libras sus exportaciones a Inglaterra en el curso de los ocho primeros meses de este año. Durante el mismo periodo, la exportación de oro americano a Inglaterra se ha detenido prácticamente, mientras que, a la inversa, el oro inglés afluye a Nueva York. De hecho, el déficit americano se cubre con las compras de Inglaterra y de Francia, después de una mala cosecha en estos países. Por otro lado, la tarifa Morrill y las economías inseparables de una guerra civil han arruinado al mismo tiempo el consumo de productos ingleses y franceses en América del Norte. ¡Contrastan estos hechos estadísticos con las jeremiadas del *Times* acerca de la ruina financiera de América del Norte!".

¹ Nueva York constituye la encrucijada de compromiso entre el Sur y el Norte, por dos razones: es el centro de la trata de esclavos, del mercado de la moneda, de los capitales y los acreedores hipotecarios de las plantaciones

Ya los especuladores han publicado protestas, diciendo, no sin fundamento, que todo acto belicoso del gobierno británico sería un acto de injusticia hacia los hombres de negocios que, habiendo puesto su confianza en que será respetado el principio de no intervención, proclamado y reivindicado por el gobierno británico, han hecho sus cálculos sobre esta base, han especulado en el interior, abandonando sus pedidos en el exterior y comprando el algodón en base a la estimación de un precio que cuentan obtener en la evolución de procesos naturales, probables y previsibles.

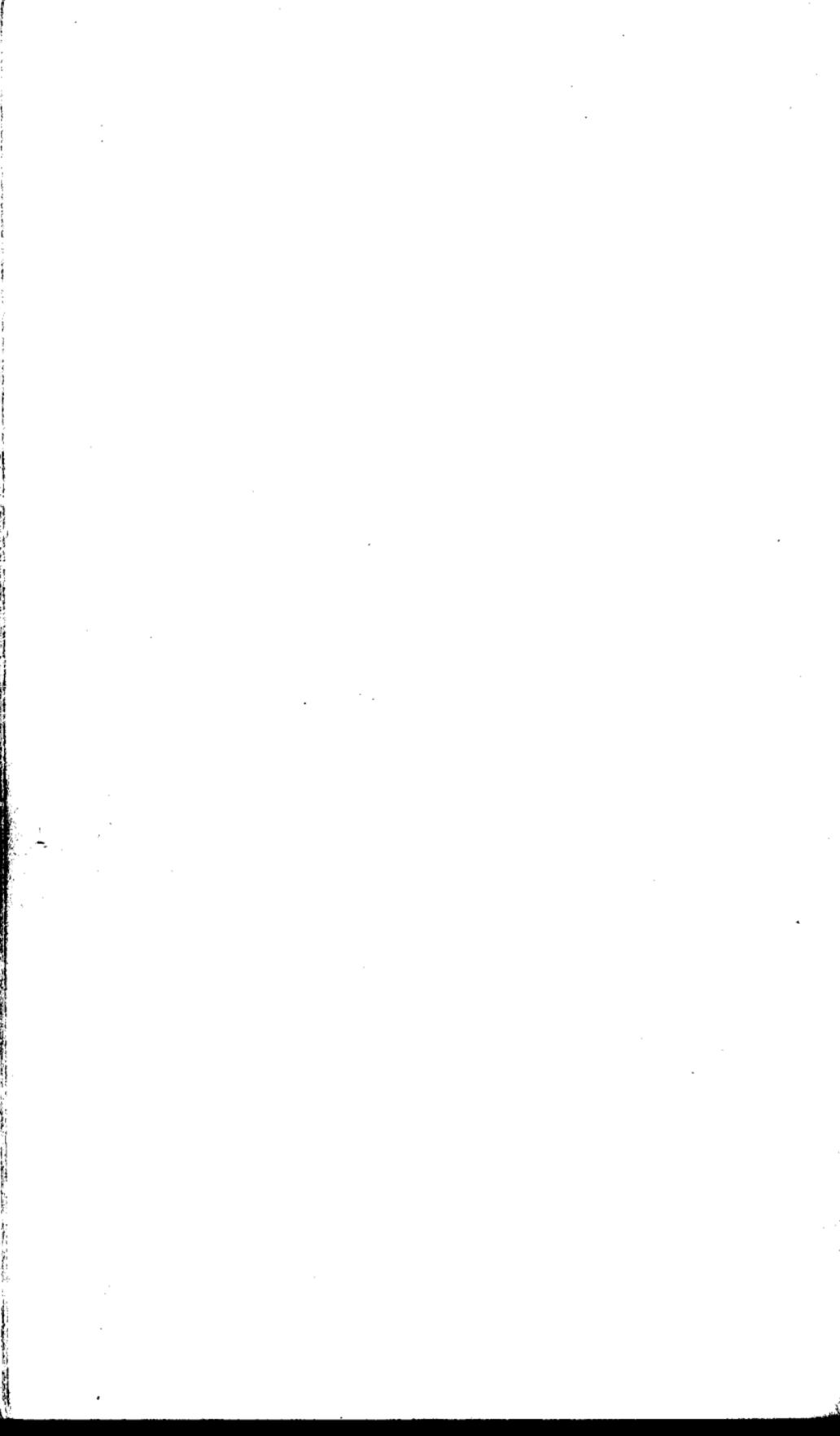
El *Economist* de hoy publica un artículo insensato en el que las estadísticas sobre la población y la extensión geográfica de los Estados Unidos le llevan a la conclusión de que existe bastante espacio para fundar al menos siete imperios gigantescos y que, en consecuencia, los unionistas deberían alejar de su corazón "el sueño de un dominio en el que reinaran sin límites". La sola conclusión racional que el *Economist* habría podido extraer de sus propios datos estadísticos, a saber: que los partidarios del Norte, aunque quisieran, no podrían abandonar sus reivindicaciones sin entregar al esclavismo Estados y territorios gigantescos, "donde la esclavitud sobreviviría artificialmente y no podría afirmarse como institución permanente", esta conclusión, la única racional, es incapaz de extraerla este periódico.

del Sur, plaza fuerte de los demócratas ligados al Sur. "El lord-alcalde de Londres no es un hombre de Estado más que en la imaginación de los escritores de vodevil y los gacetilleros de noticias parisienses. En cambio, el alcalde de Nueva York es una verdadera potencia. Al principio de la secesión, el siniestro Fernando Wood ha levantado un plan para proclamar la independencia de Nueva York como república urbana, de acuerdo seguramente con Jefferson Davis. Su plan fracasa debido a la oposición enérgica del Partido Republicano del Empire City" (Marx).

II. FASE MILITAR

“A mi juicio, la moraleja de todo ello es que una guerra de este género debe hacerse revolucionariamente, y que los yanquis han tratado hasta ahora de hacerla constitucionalmente”.

Marx a Engels, 7 de agosto de 1862



Federico Engels

LAS LECCIONES DE LA GUERRA
AMERICANA

The Volunteer Journal
for Lancashire and Cheshire *
No. 66 del 6 de diciembre de 1861

Hace algunas semanas hemos llamado la atención del público sobre el proceso de depuración que se impone en el ejército americano de voluntarios.¹

* Los artículos de Marx y Engels, aunque aparecieran en la prensa burguesa, tienen un gran alcance práctico. En efecto, cada tema era elegido por dicha prensa, americana o europea, según los problemas locales e inmediatos que interesaban directamente a los actores del drama. Al intervenir así, con los medios de que disponían, en el curso palpitante de los acontecimientos, Marx y Engels hacían posible que "su campo" se beneficiase de su experiencia económica, social, política y militar.

El presente artículo fue redactado por Engels para el movimiento de voluntarios que se había creado en Inglaterra en 1859, en el momento de la amenaza bonapartista de invasión. Engels extrae para estos voluntarios la experiencia de la guerra civil americana. Es, pues, desde este particular ángulo, desde el que analiza aquí los problemas militares americanos.

Aun cuando fuese partidario del método radical, Engels explica que en los Estados Unidos era recomendable que las operaciones militares "se retrasaran al principio durante una temporada bastante larga, y ello por razones que no eran puramente técnicas. Cf. a propósito de este artículo la correspondencia Marx-Engels del 1.12.1861.

¹ Referencia a algunas noticias militares que menudeaban en la prensa americana del tiempo: "Teniente A.B., expulsado del ejército por conducta deshonesto; C. D., borrado de los cuadros; Capitán E. F., retirado del servicio de los Estados Unidos". Los Estados Unidos han

No agotamos entonces, ni mucho menos, las lecciones preciosas que esta guerra ofrece a los voluntarios de este lado del Atlántico. Nos permitimos, pues, volver sobre el tema.

La manera en que hasta aquí se ha llevado la puesta en campaña un importante ejército de voluntarios en el curso de estos últimos ocho meses; no se ha ahorrado esfuerzo ni dinero para hacer combativo este ejército; además, este ejército tenía la ventaja de estar casi siempre en contacto con las posiciones avanzadas del enemigo, que jamás se atreve a atacar en masa ni explotar a fondo una victoria. Estas condiciones favorables compensan en realidad, en una larga medida, las dificultades que conoce la organización de los voluntarios americanos por el hecho de que no se benefician más que de un débil sostén por parte del pequeño núcleo del ejército regular y carecen de ayudantes experimentados y de instructores. Por suerte, en América hay muchos hombres que son a la vez calificados y dispuestos a ayudar a los voluntarios a organizarse. Se trata, bien de soldados y oficiales alemanes que han tenido un entrenamiento militar regular y han combatido ya durante las campañas revolucionarias de 1848-49, bien de soldados ingleses que han emigrado en el curso del último decenio. Si, en estas condiciones, ha sido necesario proceder a una verdadera depuración entre los oficiales, es porque existe una debilidad, no en el sistema mismo de voluntarios, sino en la forma de designación de los oficiales voluntarios, quienes, sin excepción, han sido escogidos por los soldados de entre sus propias filas. Solamente tras ocho meses de campaña frente al enemigo el gobierno de los Estados Unidos se decide a exigir que los oficiales voluntarios tengan cierta calificación para la tarea que se han comprometido a cumplir cuando han aceptado su función. Ahora bien, la consecuencia se traduce en estos numerosos licenciamientos, voluntarios o forzosos, sin hablar de muchas expulsiones por motivos más o menos deshonrosos. No cabe duda de que si el ejército del Potomac se enfrentase con una tropa bien organizada y reforzada con una cantidad adecuada de soldados profesionales, hubiera sido pronto derrotada, pese a su importancia numérica y al indudable coraje personal de sus soldados. Marx y Engels han defendido siempre la idea de que era preciso organizar las fuerzas espontáneas para vencer en una revolución, y la experiencia de decenas de revoluciones desafortunadas confirma este punto de vista.

guerra en América es algo, efectivamente, sin precedentes. Del Misuri a la bahía de Chesapeake, se encuentran frente a frente un millón de soldados, divididos casi en igual proporción entre ambos adversarios. Ahora bien, esta situación dura más de seis meses sin que haya habido una sola acción importante. En Misuri, los dos ejércitos avanzan por turnos, se retiran, libran una batalla, avanzan y reculan de nuevo sin llegar a resultados tangibles. Todavía hoy, después de siete meses de marchas adelante y atrás, con cuyo motivo el país habrá sido, sin duda, atrozmente devastado, las cosas parecen más lejos que nunca de una decisión. Después de un periodo bastante largo de aparente neutralidad —en realidad de preparación—, la situación parece análoga en Kentucky; en Virginia occidental asistimos constantemente a pequeños choques sin resultados notables, y sobre ambas orillas del Potomac, el grueso de los dos ejércitos está concentrado al alcance de la vista sin que nadie tenga intención de atacar, demostrando con ello que, dado el actual estado de cosas, carecería de interés lograr una victoria. De hecho, esta manera estéril de llevar la guerra aún puede durar meses, si ciertas circunstancias, que nada tienen que ver con esta situación, no provocan cambios mayores. ¿Cómo explicar esto?

En ambos bandos, los americanos sólo disponen, prácticamente, de voluntarios. El pequeño núcleo del ejército regular de los Estados Unidos o bien se ha disuelto, o bien es demasiado débil para actuar sobre las masas enormes de reclutas todavía sin formación que se han reunido en el teatro de guerra. Para hacer soldados de todos estos hombres no se dispone siquiera de suficiente número de sargentos instructores. Por eso el adiestramiento de las tropas es muy prolongado, y no se puede decir cuanto tiempo haría falta para que

el excelente material de tropa concentrado sobre las dos orillas del Potomac esté en condiciones de avanzar en masa, a fin de librar o de aceptar la batalla con fuerza combinadas.

Aun en el caso de que los soldados pudieran ser instruidos en el arte militar, no habría bastantes oficiales para mandarlos. Se carece en especial de mandos de compañía —que evidentemente no pueden salir preparados del medio civil— y hasta de oficiales para mandar los batallones, aunque se quisiera nombrar para esos puestos a los tenientes o portaestandartes. Hace falta, pues, un número considerable de comandantes del elemento civil; pero cualquiera que esté al corriente, por poco que sea, de la situación de nuestros propios voluntarios pensará en seguida que McClellan o Beauregard no dan pruebas de exagerada prudencia cuando renuncian a ordenar la ejecución de acciones ofensivas o maniobras estratégicas complicadas con mandos del elemento civil que no llevan más de seis meses en ese puesto.

Admitamos, sin embargo, que esta dificultad fuese en lo esencial vencida, que los mandos del elemento civil adquiriesen, al mismo tiempo que sus uniformes, los conocimientos, la experiencia y la seguridad necesarios para el cumplimiento de su servicio, al menos en lo que concierne a la infantería. Pero ¿qué hacer con la caballería? Encuadrar militarmente un regimiento de caballería requiere más tiempo y experiencia por parte de los oficiales instructores del que hace falta para formar un regimiento de infantería. Admitamos que todos los hombres que se incorporan al cuerpo sepan ya montar a caballo —es decir, sostenerse correctamente, dominar la montura, alimentarla y cuidarla—; lo único que ganamos es que esto reducirá apenas el tiempo necesario para instruirlos. La equitación militar, ese dominio necesario para que el caballo

se deje conducir en todos los movimientos que exigen las evoluciones de la caballería, difiere por completo de la equitación civil. La caballería de Napoleón, que sir William Napier (*History of the Peninsular War*) valoraba casi más que la caballería inglesa de hoy, estaba formada —como todos saben— por los caballeros más anodinos que hayan jamás ornado una silla. Ahora bien, muchos de nuestros jinetes de ocasión se encuentran con que todavía tienen que aprender ciertas cosas cuando entran en un cuerpo montado de voluntarios. No es sorprendente, pues, la comprobación de que los americanos sólo dispongan de una caballería muy mediocre, y de que lo poco de que disponen —algunas tropas irregulares (*rangers*) a la manera cosaca o india— sea inapto para un ataque en orden cerrado. En lo que concierne a la artillería y a las tropas de ingenieros, su situación es sin duda todavía peor. Estas dos armas tienen un carácter altamente científico y exigen una instrucción larga y minuciosa de los oficiales, así como de los suboficiales, instrucción aún más dilatada que en la infantería. Por añadidura, la artillería es un arma más compleja que la propia caballería, exige baterías de cañones y, por tanto, caballos adiestrados para maniobrarlas, y dos grupos de hombres experimentados, los artilleros y los conductores. Además, hacen falta muchos furgones de municionamiento, grandes laboratorios para la pólvora, fraguas y demás talleres; todo ello ha de estar equipado con máquinas complicadas. Se dice que los federados tienen seiscientas baterías de campaña, pero nos imaginamos como estarán servidas, ya que sabemos que a partir de cero es absolutamente imposible poner en pie, en seis meses, cien baterías completas, convenientemente equipadas y bien servidas.

Pero admitamos una vez más que todas estas dificultades hayan sido allanadas y que los elementos de combate de ambos bandos enemigos estén listos para entrar en acción. Aún será preciso que puedan desplazarse. Además, hay que abastecer el ejército, y en un país relativamente poco poblado como Virginia, Kentucky y Misuri, un gran ejército tiene que aprovisionarse esencialmente gracias al sistema de depósitos. Hay que constituir reservas de municiones; el ejército debe ir acompañado de herreros militares, guarnicioneros, carpinteros y otros artesanos, a fin de mantener el material de guerra en buen estado de funcionamiento. Ahora bien, todas estas cosas indispensables escasean en América; haría falta primero empezar organizando todo esto, y nada prueba que al menos la intendencia y los transportes de alguno de los dos ejércitos haya sobrepasado hoy el estadio preparatorio.

América —el Norte tanto como el Sur, la Federación tanto como la Confederación— no disponen, por así decirlo, de organización militar alguna. El ejército de línea era absolutamente insuficiente, aunque sólo sea desde el punto de vista cuantitativo, para entrar en campaña contra un adversario serio. Apenas existía la milicia. Las guerras precedentes de la Unión nunca exigieron un gran esfuerzo a los contingentes militares del país. En los años 1812 a 1814, Inglaterra apenas disponía ya de soldados, y México se defendió sobre todo a base de partidas carentes de disciplina. Es un hecho que América, en razón de su situación geográfica, no tenía enemigos que hubiesen podido atacarla, de donde quiera que fuese, con más de treinta o cuarenta mil soldados, y para esa fuerza numérica la inmensa extensión del país representaba un obstáculo bastante más temible que todo el ejército que América pudiera oponerles. Sin embargo, su ejército era suficiente como núcleo constitutivo para

unos cien mil voluntarios y para asegurarles una formación militar en el plazo apropiado.

Pero, desde el momento en que la guerra civil enfrenta entre sí a más de un millón de hombres, todo el sistema se desfonda y hay necesidad de empezar todo por el comienzo. La prueba está a la vista. Dos cuerpos de tropa, gigantescos y torpes, cada uno asustado del otro y temiendo casi tanto una victoria como una derrota, se hacen frente y tratan a toda costa de transformarse en una organización más o menos regular. Por terrible que sea el precio, debe pagarse, debido a la total ausencia de una base organizada sobre la que se pudiera edificar el ejército. ¡No puede ser de otra forma, dada la ignorancia y la experiencia que reinan en todos los dominios militares! Cierto, estos dispendios enormes sólo aportan una ventaja de eficacia y organización extremadamente débil, pero ¿puede ser de otra forma?

Los voluntarios británicos pueden dar gracias a su buena estrella, ya que disponen desde el comienzo, de un importante ejército profesional que les acoge bajo su ala. Abstracción hecha de los prejuicios propios de todo cuerpo profesional, este ejército ha acogido bien y tratado correctamente a los voluntarios. Esperamos que nadie pensará que una organización de voluntarios pueda, de una forma o de otra, hacer superfluo el ejército regular. Si algunos voluntarios lo creyesen, les bastará lanzar una ojeada al estado de ambos ejércitos americanos de voluntarios para convencerse de su ignorancia y su presunción. Ningún ejército recién formado por elementos civiles puede ser eficiente si no se ve sostenido y ayudado por los gigantescos recursos intelectuales y materiales que cuenta en sus manos un ejército regular relativamente fuerte, sobre todo en lo que concierne a la organización, principal fuerza de los ejércitos regulares.

Supongamos que Inglaterra se viese amenazada por una invasión y comparemos lo que aquí ocurriría con lo que pasa en América. En Inglaterra, todo el trabajo suplementario que supone la formación de un ejército de voluntarios de trescientos mil hombres, lo tomará a su cargo el ministerio de la Guerra, con la ayuda de algunos funcionarios que sería fácil encontrar entre los expertos militares bien preparados. Hay bastantes oficiales de la reserva que podrían sin duda tomar bajo su control tres o cuatro batallones de voluntarios y, con un pequeño esfuerzo, cada batallón podría estar flanqueado por un ayudante y un comandante. Naturalmente, la caballería no se podría organizar con tanta rapidez, pero una reorganización enérgica de los voluntarios de artillería, con oficiales y conductores de la artillería real, podría dotar a muchas baterías de campaña de hombres capaces. Los ingenieros del país sólo esperan una ocasión para recibir instrucción en el aspecto militar de su oficio, de modo que serían oficiales de zapadores de primera clase. Los servicios de Intendencia y transporte están ya en pie y pueden mejorarse para atender a las necesidades de cuatrocientos mil hombres, de igual manera que cubren las de cien mil. Nada ha de dejarse al azar, en desorden; en todas partes se ayudará y sostendrá a los voluntarios, que no deben caminar tanteando en la oscuridad. Desde el instante en que Inglaterra se precipitase a una guerra —abstracción hecha de insuficiencias que sean inevitables—, no vemos razón alguna para que la organización militar no estuviese dispuesta en el espacio de seis semanas.

Basta pensar en América para darse cuenta del valor de un ejército regular en la organización de un ejército de voluntarios.

Federico Engels, Carlos Marx

LA GUERRA CIVIL EN LOS
ESTADOS UNIDOS

Die Presse

26 de noviembre de 1861

Londres, 19 de noviembre de 1861

“¡Déjale correr, no merece tu cólera!”. Una vez más y sin tregua, la sabiduría inglesa de Estado —por boca de lord John Russell— dirige al Norte de los Estados Unidos el consejo de Laporello a la amante abandonada por don Juan. Si el Norte deja el campo libre al Sur, se desembarazará de toda ligazón con la esclavitud —su pesado original histórico— y sentará las bases de un desarrollo nuevo y superior.*

De hecho, si el Norte y el Sur fuesen dos países tan netamente distintos como Inglaterra y Hannover, por ejemplo, su separación no sería más difícil que la de esos dos Estados.¹ Pero nos encontramos con que, en relación al Norte, el “Sur”, ni forma un territorio geográficamente bien delimitado ni una unidad moral. Eso no es un país, sino una divisa de combate.

El consejo de separación amistosa implicaría la idea de que la Confederación del Sur, en lugar de ser quien tomó la ofensiva en la guerra civil, se bate por lo menos con un designio defensivo. Se

* Cf. a propósito de este artículo la correspondencia Marx-Engels del 3 y 1.12.1861.

¹ Con motivo de la muerte del último representante de la dinastía de Hannover en 1837, terminó la unión personal entre Inglaterra y Hannover, que subsistía desde 1714.

finge creer que para el partido esclavista sólo se trata de unificar los territorios que dominaba hasta ahora, a fin de formar un grupo de Estados independientes, sustrayéndolos a la autoridad de la Unión. Nada más falso. *“El Sur tiene necesidad de todo su territorio por entero. Quiere y debe tenerlo”*. Ha sido éste el grito de guerra con el que los secesionistas han invadido Kentucky. Por “todo el territorio por entero” entienden, en primer lugar, todo lo que llamamos *Estados fronterizos (border states)*: Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Kentucky, Tennessee, Misuri y Arkansas. A continuación, reivindican todo el territorio situado al sur de la línea que va desde el ángulo noroeste de Misuri hasta el Océano Pacífico. En consecuencia, lo que los esclavistas llaman el “Sur” son más de las tres cuartas partes del actual territorio de la Unión. Una amplia fracción del territorio así reivindicado se encuentra todavía en poder de la Unión y habría primero de ser conquistado a sus expensas. Pero todos estos territorios denominados Estados fronterizos —y aun aquellos que están en poder de la Confederación— **jamás han sido verdaderos Estados esclavistas**. Constituyen antes bien el territorio de los Estados Unidos, en el cual los sistemas de la esclavitud y del trabajo libre existen el uno al lado del otro y luchan por la hegemonía; de hecho es ahí donde se despliega la batalla entre el Sur y el Norte, entre la esclavitud y la libertad. La Confederación del Sur no lleva, pues, una guerra de defensa, sino *una guerra de conquista con vistas a extender y perpetuar la esclavitud*.

La cadena de montañas que comienza en Alabama y se extiende hacia el Norte hasta el río Hudson —verdadera columna vertebral de los Estados Unidos— divide el sedicente Sur en tres partes. La región montañosa, formada por los montes de

Alleghany con sus dos cadenas paralelas, el Cumberland Range al Oeste y las Blue Ridge Mountains al Este, separa como una cuña las llanuras bajas de la costa oeste del Atlántico de las de los valles meridionales del Mississippi. Las dos llanuras bajas separadas por la zona montañosa, con sus inmensos marjales de arroz y sus vastas plantaciones de algodón, representan actualmente el área del esclavismo propiamente dicha. La larga cuña de la zona montañosa hundida hasta el corazón del esclavismo—con el espacio libre que le corresponde, el clima vigorizador y un subsuelo rico en carbón, en sal, en calizas, en mineral de hierro, en oro; resumiendo, en todas las materias primas necesarias para un desarrollo industrial diversificado— es ya en su mayor parte una tierra de libertad. Por su naturaleza física, el suelo no puede aquí cultivarse con provecho sino por pequeños granjeros libres. Aquí el sistema esclavista sólo vegeta esporádicamente y jamás ha echado raíces. En la mayoría de los Estados fronterizos, los habitantes de las altas mesetas forman el núcleo de la población libre que toma partido por el Norte, siquiera sea con fines de autopreservación.

Consideremos en detalle los territorios disputados.

Delaware, el Estado fronterizo situado más al Noroeste, es de hecho y moralmente una posesión de la Unión. Todos los esfuerzos de los secesionistas para formar siquiera sea una fracción que les fuese favorable han fracasado desde el comienzo de la guerra, frente a una población unánime. La fracción esclavista de dicho Estado se halla hace mucho tiempo en decadencia. Solamente entre los años 1850 y 1860, el número de esclavos ha disminuido a la mitad; de una población total de 112,218 no se cuentan actualmente más que 1798. Pese a ello, Delaware es reivindicado por la Confedera-

ción del Sur y, de hecho, el Norte no podría seguir conservándolo militarmente si el Sur se apoderase de Maryland.

En *Maryland* se asiste al mismo conflicto entre las altas mesetas y las llanuras bajas. Sobre un total de 687,034 habitantes, hay 87,188 esclavos. Las elecciones generales más recientes han probado de manera evidente que la aplastante mayoría del pueblo está a favor de la Unión. El ejército, integrado por treinta mil hombres, que actualmente ocupa Maryland, no sólo debe servir de reserva al ejército de Potomac, sino tener en jaque la rebelión esclavista en el interior del país. Se comprueba aquí el mismo fenómeno que en los Estados fronterizos, en los que la gran masa del pueblo está al lado del Norte, en tanto que un partido esclavista numéricamente insignificante está por el Sur. El partido esclavista compensa esta debilidad numérica merced a los instrumentos de fuerza que le proporciona su prolongado ejercicio del poder en todos los servicios del Estado, sus hábitos hereditarios de intriga política y la concentración de grandes medios financieros en unas cuantas manos.

Virginia representa actualmente el mayor acantonamiento militar; el grueso de las fuerzas de la secesión y del ejército de la Unión se hacen frente allí. En las altas mesetas del noroeste de Virginia, la masa de esclavos se eleva a quince mil en tanto que la población libre, veinte veces más numerosa, está compuesta por campesinos autónomos. Las llanuras bajas del este de Virginia, en desquite, cuentan con alrededor de medio millón de esclavos. La cría y venta de negros en los Estados del Sur representa su principal fuente de ingresos. Apenas los jefes de facción de las llanuras bajas hubieron hecho aprobar el decreto de secesión en la asamblea legislativa del Estado de Richmond, y abierto a toda prisa las puertas de Virginia al ejército su-

dista, cuando el noroeste de Virginia se desgajó de la secesión, erigiéndose en Estado nuevo, que en el presente defiende su territorio con las armas en la mano bajo la bandera de la Unión, contra los invasores sureños.

Tennessee, con 1.109,847 habitantes, de los cuales 275,784 esclavos, se encuentra entre las manos de la Confederación del Sur, que aplica a todo el país la ley marcial y un sistema de proscripción evocador de la época del triunvirato romano. Cuando en el curso del invierno de 1861 los esclavistas quisieron convocar una asamblea popular para ratificar la secesión, la mayoría de la población rechazó esta convocatoria, a fin de privar al movimiento de secesión de cualquier pretexto.² Más tarde, cuando *Tennessee* fue conquistado militarmente por la Confederación del Sur y sometido a un régimen de terror, un tercio del cuerpo electoral continuó manifestándose en favor de la Unión.³ Como en la mayoría de los Estados fronterizos, el verdadero centro de la resistencia contra el partido esclavista se encuentra en la región montañosa, en el este del país. El 17 de junio de 1861, una asamblea general del pueblo de *Tennessee* oriental se reunió

² Por 69.673 votos contra 57.798 el pueblo del Estado de *Tennessee* se opuso a principios de 1861 a la convocatoria de una asamblea que habría de deliberar sobre el problema de la secesión. El *Tennessee* oriental era un bastión de la Unión y en esta oportunidad votó contra el proyecto con una mayoría de 25.611 votos, mientras que el *Tennessee* central solamente reunió una débil mayoría y el occidental aceptó la propuesta por 15.118 votos.

³ El 16 de junio de 1861, el pueblo de *Tennessee* votó del modo siguiente:

Tennessee oriental,	14.780	por y	32.923	contra
" central	58.265	"	8.198	"
" occidental,	29.127	"	6.117	"
Campos militares,	2.741	"	"	"
	<hr/>		<hr/>	
	104.913	"	47.238	"

en Greenville, declarándose partidaria de la Unión. La asamblea delegó al Senado de Washington al antiguo gobernador Andrew Johnson, uno de los más fervientes partidarios unionistas, y publicó una *declaration of grievances*, un pliego de quejas, que ponía al descubierto todos los medios de fraude, de intriga y de terror utilizados para obligar a Tennessee a salir de la Unión durante las "elecciones". Desde entonces, el este de Tennessee ha sido puesto en jaque por las fuerzas armadas de los secesionistas.

En el norte de Alabama, el noroeste de Georgia y el norte de Carolina del Norte, encontramos las mismas condiciones que en el oeste de Virginia y en el este de Tennessee.

Mas al Oeste, en el Estado fronterizo de Misuri, con 1,173,317 habitantes y 114,965 esclavos —la mayoría de los cuales se concentran en la parte noroeste del Estado— la asamblea popular se ha pronunciado en favor de la Unión en agosto de 1861.⁴ Habiéndose rebelado contra la asamblea legislativa de Misuri. Jackson —gobernador del Estado e instrumento del partido esclavista— fue declarado fuera de la ley y se encuentra ahora a la cabeza de las hordas armadas. Estas invadieron Misuri partiendo de Texas, Arkansas y Tennessee, a fin de obligarle a doblar la rodilla ante la Confederación

⁴ Una convención de Misuri en marzo de 1861 se opuso a la secesión por 89 contra uno. Sin embargo, los esclavistas dominaron la administración del Estado hasta el punto de que Misuri fue lenta pero seguramente arrastrada hacia la órbita de la Confederación. Para reaccionar contra esta evolución, se reunió hacia fines de julio en Jefferson City una Convención que reflejaba los verdaderos sentimientos de la población. El gobernador Jackson, jefe del partido esclavista, fue depuesto y reemplazado por un partidario de la Unión, Gamble. De este modo, en agosto de 1861, el gobierno del Estado de Misuri pasa definitivamente al lado de la Unión.

y de cortar por la espada sus vínculos con la Unión. Al lado de Virginia, Misuri constituye actualmente el teatro principal de la guerra civil.

Nuevo México no es un Estado, sino un simple territorio. Bajo la presidencia de Buchanan, los señores enviaron allá a veinticinco esclavos, a continuación de lo cual introdujeron una Constitución esclavista confeccionada en Washington. Como el propio Sur admite, este Estado nada le había pedido. Pero el Sur quería *Nuevo México* y vomitó al otro lado de sus fronteras, por consiguiente, a una banda de aventureros de Texas. *Nuevo México* imploró la protección del gobierno de la Unión contra estos "libertadores".

Se habrá advertido que hemos subrayado la correlación numérica entre esclavos y hombres libres en los distintos Estados fronterizos. De hecho, esta correlación es decisiva. Es el termómetro con el que hay que medir el calor vital del sistema esclavista. El alma de todo el movimiento secesionista es la *Carolina del Sur*. Esta cuenta con 402,541 esclavos contra 301,271 hombres libres. En segundo lugar viene *Mississippi*, que ha dado a la Confederación del Sur su dictador: Jefferson Davis. Este Estado cuenta con 436,695 esclavos contra 354,699 hombres libres. El tercero es *Alabama*, con 435,132 esclavos contra 529,164 hombres libres.

El último de los Estados fronterizos disputados que nos queda por mencionar es Kentucky. Su más reciente historia es particularmente característica de la política de la Confederación del Sur. Sobre 1.135,713 habitantes, Kentucky cuenta con 225,490 esclavos. En las tres elecciones generales sucesivas —en el invierno de 1861, para el Congreso de los Estados fronterizos; en junio de 1861, para el Congreso de Washington, y, en fin, en agosto de 1861, para las legislativas del Estado de Kentucky— una mayoría siempre en aumento se pronunció

por la Unión. En desquite, Magoffin, gobernador de Kentucky, y todos los dignatarios del Estado son fanáticos seguidores del partido esclavista, de la misma manera que Breckinridge, representante de Kentucky en el Senado de Washington, vicepresidente de los Estados Unidos con Buchanan y candidato del partido esclavista en 1860, durante las elecciones presidenciales. La influencia del partido esclavista, demasiado floja para ganar a Kentucky para la secesión, resultó, sin embargo, lo bastante fuerte para conducirlo a una declaración de neutralidad cuando la guerra estalló. La Confederación reconoció la neutralidad por cuanto que servía a sus intereses y porque le hacía falta vencer la resistencia de Tennessee oriental. Apenas alcanzado este objetivo, golpeó las puertas de Kentucky a culatazos, proclamando que *"el Sur ha menester de todo su territorio por entero. ¡Quiere y debe obtenerlo!"*.

Desde el Suroeste y el Sudeste, sus cuerpos de francotiradores invadieron simultáneamente el Estado "neutro". Kentucky despertó así de su sueño de neutralidad; su asamblea legislativa tomó partido abiertamente por la Unión, rodeó al gobernador felón de un comité de salud pública, llamó al pueblo a las armas, declaró a Breckinridge fuera de la ley y ordenó a los secesionistas evacuar inmediatamente el territorio invadido. Esta fue la señal de guerra. Un ejército de la Confederación del Sur realizó un movimiento hacia Luisville, mientras afluían voluntarios de Illinois, Indiana y Ohio para salvar a Kentucky de los emisarios armados de la esclavitud.

Las tentativas de la Confederación para anexionarse Misuri y Kentucky, por ejemplo, contra la voluntad de la población, demuestran la inanidad del pretexto, según el cual aquélla lucha para defender los derechos de diversos Estados frente a

las usurpaciones de la Unión. Ciertamente, la Confederación reconoce a los diferentes Estados que forman —a su lado— el “Sur” el derecho a separarse de la Unión, pero les niega el de permanecer en ella.

Aunque la guerra contra el exterior, la dictadura militar en el interior y el esclavismo por doquier les prestan de momento una apariencia de armonía, los propios Estados esclavistas no carecen de elementos recalcitrantes. Un claro ejemplo de esto es *Texas*, con 180,388 esclavos contra 601,039 habitantes. La ley en virtud de la cual *Texas* entró en las filas de los Estados Unidos, en cuanto que Estado esclavista, le concedió el derecho a formar de su territorio no uno solo, sino cinco Estados. Con ello el Sur hubiese adquirido diez nuevos votos, en lugar de dos, en el Senado americano; ahora bien, el aumento del número de votos en el Senado era uno de los objetivos principales de su política por aquel entonces. Sin embargo, de 1845 a 1860, los esclavistas ni siquiera lograron dividir en dos el Estado de *Texas*, en donde la población alemana desempeña un papel importante; pues en el segundo Estado, el partido del trabajo libre habría prevalecido sobre el partido esclavista.⁵ ¿Hay mejor

⁵ Antes de 1848, un considerable número de alemanes, con la esperanza de llegar a instaurar un Estado independiente, llegaron a *Texas*, donde fueron bien acogidos por la administración. En 1848 y 1849, les siguieron millares de revolucionarios alemanes, hasta el punto de que hacia 1850 la población de origen alemán formaba alrededor de la quinta parte de la población blanca de este Estado. Evidentemente, los viejos revolucionarios alemanes eran en mayoría esclavistas. En 1853 organizaron una sociedad abolicionista, la *Frier Verein*. Un año más tarde, una convención reunida en San Antonio proclama el fin del esclavismo. El momento en que estalla la guerra civil, la mayor parte de los alemanes se separaron del Estado esclavista y se mantuvieron fieles al gobierno de la Unión.

prueba de la fuerza de la oposición contra la oligarquía esclavista en el propio Texas?

Georgia es el mayor y el más poblado de los Estados esclavistas. Cuenta con 462,230 esclavos sobre un total de 1,057,327 habitantes, o sea, cerca de la mitad de la población. Pese a esto, el partido esclavista no ha conseguido hasta aquí que la Constitución otorgada al Sur en *Montgomery* fuese sancionada con el voto general de la población.

En la asamblea del Estado de *Luisiana* que se reunió el 21 de marzo de 1861 en Nueva Orleans, *Roselius*, un veterano político de aquel Estado, declaró: "La Constitución de *Montgomery* no es una Constitución, sino una conspiración. No instaura un gobierno del pueblo, sino una *oligarquía detestable que no conoce frenos*. Al pueblo no se le ha permitido intervenir en esta ocasión. La asamblea de *Montgomery* ha cavado la tumba de la libertad política y hoy se nos invita a asistir a sus exequias".⁶

De hecho, la oligarquía de los trescientos mil esclavistas no sólo utilizó la asamblea de *Montgomery* para proclamar la separación del Sur respecto al Norte, sino que la aprovechó además para trastocar la Constitución interna de los Estados esclavistas y completar el avasallamiento de la parte blanca de la población, que todavía intentaba conservar alguna independencia bajo la protección y la Constitución democrática de la Unión. Ya entre 1856 y 1860 los portavoces políticos, los juristas, las autoridades morales y religiosas del partido esclavista habían tratado de demostrar, no tanto que la esclavitud de los negros estaba justificada, como

⁶ Para no correr el riesgo de un rechazo de la Constitución de *Montgomery* por la población, los esclavistas la sometieron a la asamblea del Estado para su ratificación. Esta última, bajo control esclavista, la acepta sin más ceremonia el 16 de marzo de 1861. Este método fue imitado por otros Estados del Sur.

que el color de la piel nada importaba, ya que en todas partes la clase obrera había nacido para la esclavitud.

Como se ve, la guerra de la Confederación del Sur es una guerra de conquista en el sentido más pleno, destinada a extender y perpetuar la esclavitud. La mayor parte de los Estados fronterizos y de los territorios no se encuentra aún en manos de la Unión, pese a que hayan tomado partido a su favor por medio de las urnas y luego de las armas. Sin embargo, la Confederación los incluye en el "Sur" y trata de arrancárselos a la Unión por la fuerza. En los Estados fronterizos que de momento ocupa, la Confederación tiene en jaque mediante la ley marcial a las regiones montañosas, favorables en gran parte al modo de vida libre. En el interior de los Estados esclavistas propiamente dichos, suplanta la democracia hasta aquí existente, instaurando el poder sin límites de la oligarquía de los trescientos mil esclavistas.

Si abandonara sus planes de conquista, la Confederación del Sur renunciaría a su principio vital y al objetivo de la secesión. De hecho, la secesión no se ha producido porque en el seno de la Unión la transformación de los Estados fronterizos y de los territorios en Estados esclavistas no parezca ser realizable indefinidamente. Por lo demás, si se cediese pacíficamente a la Confederación del Sur los territorios en litigio, el Norte abandonaría a la república esclavista más de las tres cuartas partes de todo el territorio de los Estados Unidos. El Norte perdería enteramente el Golfo de México, el Océano Atlántico a excepción de una estrecha franja de tierra que se extiende desde la bahía de Pensacola a la de Delaware, y él mismo se cortaría la salida al Océano Pacífico. Misuri, Kansas, Nuevo México, Arkansas y Texas arrastrarían a su vez

a California.⁷ Incapaces de arrebatarse a la república esclavista enemiga la desembocadura del Mississippi en el Sur, los grandes Estados agrícolas situados en la cuenca que se halla entre las Montañas Rocosas y las Alleghanys, en los valles del Mississippi, del Misuri y del Ohio, se verían obligados por sus intereses económicos a desgajarse del Norte y a entrar en la Confederación del Sur. A su vez, estos Estados del Noroeste arrastrarían, en esta misma ronda de secesión, a todos los Estados nordistas situados más al Este, a excepción tal vez de Nueva Inglaterra.⁸

De hecho, esto no sería la disolución de la Unión, sino *su reorganización sobre la base de la esclavitud*, bajo el control reconocido de la oligarquía esclavista. El plan de semejante reorganización ha sido abiertamente proclamado por los principales portavoces del Sur en el Congreso de Montgomery. Ello explica el parágrafo de la nueva Constitución, que abre las puertas de la nueva Confederación a todo Estado de la antigua Unión. El sistema esclavista apearía a toda la Unión. En los Estados del Norte, donde la esclavitud es prácticamente irrealizable, *la clase obrera blanca se vería progresivamente rebajada a la condición del ilota*. Esto sería pura y simplemente la aplicación del principio, abiertamente proclamado, según el cual sólo ciertas razas serían aptas para ser libres: así como en el Sur el trabajo propiamente dicho

⁷ En 1860-61, los partidarios de los Estados sudistas se esforzaron por separar California de la Unión americana creando una república "neutra" sobre la costa del Pacífico. El gobierno de Lincoln supo hacer fracasar estas maniobras.

⁸ La Nueva Inglaterra, situada en el nordeste de Estados Unidos estaba constituida por un grupo de seis Estados fuertemente industrializados (Maine, Massachusetts, Connecticut, Rhode Island, Vermont, New Hampshire). Este era el centro del movimiento abolicionista.

está reservado a los negros, en el Norte se reservaría a los alemanes y a los irlandeses o a sus descendientes directos.

La actual lucha entre el Sur y el Norte es, pues, en lo esencial un conflicto entre dos sistemas sociales, entre el sistema de la esclavitud y el del trabajo libre. La lucha ha estallado porque los dos sistemas no pueden coexistir en paz por más tiempo sobre el continente norteamericano. Esa lucha sólo puede terminar con la victoria de uno o del otro.

Si los Estados fronterizos y los territorios en litigio donde ambos sistemas luchan por la hegemonía son como una espina en la carne del Sur, no debemos desconocer que, por otra parte, han representado hasta ahora en el curso de la guerra el punto flaco del Norte. Por orden de los conjurados del Sur, una fracción de esclavistas de esos distritos ha simulado de manera hipócrita lealtad al Norte, mientras otra fracción descubría que sus intereses inmediatos y sus ideas tradicionales la aproximaban a la Unión. Estas dos fracciones han paralizado por igual al Norte. El miedo a alterar el estado de ánimo de los esclavistas "leales" de los Estados fronterizos y arrojarles en brazos de la secesión: en otros términos, los miramientos colmados de prudencia hacia los intereses, prejuicios y sentimientos de estos dudosos aliados, ha marcado a la Unión desde el comienzo de la guerra con el cuño de una flaqueza incurable, empujándola por la vía de las medidas a medias, llevándola a violar hipócritamente los principios inherentes a la guerra, preservando el punto más vulnerable del enemigo, la raíz del mal: *el esclavismo en sí*.

Si aun recientemente Lincoln ha desautorizado de manera pusilánime la proclama de Frémont en Misuri sobre la emancipación de los negros pertene-

cientes a los rebeldes,⁹ lo hizo exclusivamente en razón de las violentas protestas de los esclavistas "leales" de Kentucky. Como quiera que sea, se ha llegado a un punto crítico en esta materia. Con Kentucky, el último Estado fronterizo ha ocupado su puesto en los campos de batalla entre el Sur y el Norte. Desde el momento en que se trata de una auténtica guerra por los Estados fronterizos en los Estados fronterizos mismos, su pérdida o su conquista queda sustraída a la esfera de los debates diplomáticos o parlamentarios. Una fracción de esclavistas arrojará a tierra la máscara de la lealtad, la otra se contentará con la perspectiva de una indemnización monetaria como la que Gran Bretaña entregó a los propietarios de las plantaciones en la India occidental.¹⁰ Los propios acontecimien-

⁹ En agosto de 1861, el general Frémont proclama la confiscación de los bienes de toda persona que, en Misuri, cogiera las armas contra el gobierno de Washington o ayudara al enemigo de alguna manera. El manifiesto declaraba además que los esclavos de estos traidores serían emancipados. Para aplicar estas decisiones, el general Frémont crea oficinas para la abolición de la esclavitud y las declaraciones de libertad. Lincoln ordena oficialmente a Frémont que ajuste su proclama a la ley de confiscación y que anule las decisiones relativas a la emancipación de los esclavos (la ley adoptada el 6 de agosto de 1861 por el Congreso no preveía más que la liberación de los esclavos que habían sido directamente utilizados por los rebeldes con fines militares). Como Frémont rehusara ejecutar las órdenes presidenciales, fue destituido de su puesto de comandante en jefe del ejército de Misuri en octubre de 1861.

¹⁰ Los británicos arrebataron Jamaica a los españoles y la ocuparon en 1645. Aprovechando la lucha que se produjo, muchos negros se fugaron a las montañas logrando mantenerse con independencia conociéndoseles con el nombre de cimarrones. En todo momento constituyeron un incentivo para las sublevaciones de negros, que fueron haciéndose temibles, pues requiriendo el cultivo de la caña de azúcar mucha mano de obra esclava, llegaron los negros a ser diez veces más numerosos que los blan-

tos empujan a proclamar la consigna decisiva: *la emancipación de los esclavos*.

Hasta los más obstinados de entre los demócratas y los diplomáticos del Norte se sienten atraídos por esta fórmula, como demuestran diversas manifestaciones muy recientes. En una carta abierta, el general Cass, ministro de la Guerra con Buchanan y, hasta aquí, uno de los aliados más celosos del Sur, ha declarado que la emancipación de los esclavos era *conditio sine qua non* para la salvación de la Unión. En su última "revista" de octubre, el Dr. Browson —portavoz del partido católico del Norte y, según su propia confesión, el más decidido adversario de la emancipación de los esclavos desde 1836 hasta 1860— publica un artículo *en favor* de la abolición.

"Si hemos combatido la abolición, dice entre otras cosas, mientras estimábamos que amenazaba a la Unión, hoy hemos de luchar contra el mantenimiento de la esclavitud tanto más enérgicamente, cuanto más persuadidos estemos de que en lo sucesivo aquélla es incompatible con la continuidad de la Unión o de la nación como libre Estado republicano".

En fin, *World*, órgano neoyorkino de los diplomáticos del gabinete de Washington, concluye con estas palabras uno de sus últimos artículos de sensación contra los abolicionistas:

cos. Con ocasión de una de tales insurrecciones —la de 1833—, el gobierno británico creyó mejor ceder, cuando además se veía presionado por un creciente movimiento antiesclavista en la metrópoli. De aquí que el Parlamento inglés adoptase ese año la ley de abolición de la esclavitud en las indias occidentales británicas, ofreciendo a los propietarios la indemnización de dos libras por cada negro emancipado; invirtió en esta operación 22 millones de libras que, evidentemente, fueron recuperadas con creces a través de impuestos que gravaban a toda la población y principalmente a los mismos negros.

“El día en que se decida que o desaparece la esclavitud o desaparece la Unión, se habrá pronunciado la sentencia de muerte de la esclavitud. Si el Norte no puede vencer *sin* la emancipación, vencerá *con* la emancipación”.



Carlos Marx

LA DESTITUCION DE FREMONT

Die Presse

26 de noviembre de 1861

Londres, 19 de noviembre de 1861

La destitución de Frémont del puesto de comandante en jefe del Misuri marca un viraje histórico en el curso de la guerra civil americana. Frémont ha expiado dos pecados graves. Fue el primer candidato del Partido Republicano a la dignidad presidencial (1856), y es el primer general del Norte que (el 30 de agosto de 1861) amenazó a los esclavistas con la emancipación de los esclavos. Era, pues, un rival para los futuros candidatos a la Presidencia y un obstáculo para los actuales muñidores de compromisos.

Durante los dos últimos decenios se ha desarrollado en los Estados Unidos una práctica singular: la de evitar que sea elegido para la Presidencia un hombre que haya ocupado un puesto decisivo en su propio partido. Ciertamente se utiliza el nombre de estas personalidades en el curso de la campaña electoral, pero tan pronto como se aborda el asunto en sí, se les deja caer para reemplazarlos por mediocridades desconocidas y de influencia puramente local. De esta manera fue como Polk, Pierce, Buchanan, etc., se hicieron presidentes. Lo mismo ocurrió con Lincoln. De hecho, el general Andrew Jackson fue el último presidente de los Estados Unidos que debió su dignidad a su importancia personal,

mientras que todos sus sucesores se la deben, por el contrario, a la insignificancia de su persona.

En el curso del año electoral de 1860, los nombres más distinguidos del Partido Republicano eran Frémont y Seward. Conocido por sus aventuras durante la guerra de México,¹ su audaz expedición a California y su candidatura de 1856, Frémont era un personaje demasiado representativo para ser tomado en consideración, tan pronto como se trató no de realizar una demostración republicana, sino de buscar una victoria republicana. Por eso no fue candidato.

Otra es la historia en lo que respecta a Seward, senador republicano en el Congreso de Washington, gobernador del Estado de Nueva York e, indiscutiblemente, desde el nacimiento del Partido Republicano, el mejor orador de éste. Hubo necesidad de toda una serie de reveses mortificantes para inducir a M. Seward a renunciar a su propia candidatura y a patrocinar con su verbo a quien a la sazón, todavía era poco más que un desconocido: Lincoln. Sin embargo, en cuanto se percató del fracaso

¹ Bajo la presión de los grandes plantadores esclavistas del Sur —que necesitaban constantemente más tierras para esclavos— y la burguesía financiera nortea, el gobierno de los Estados Unidos hizo una guerra de bandidaje imperialista a México desde 1846 a 1848. En esta guerra desigual, los Estados Unidos conquistaron gran parte de México e incluso llegaron a ocupar la capital. Los mexicanos se vieron forzados a firmar la paz de Guadalupe Hidalgo sometiéndose a las leoninas condiciones impuestas por los americanos. Estos arrebataron casi la mitad del territorio mexicano —más de dos millones de kilómetros cuadrados— con los que se constituyeron seis Estados —entre ellos Texas, California y Nuevo México— y parte de otros dos. Los Estados Unidos dieron a México una indemnización de quince millones de dólares. Posteriormente, en 1856, mediante la indemnización de diez millones de dólares, los americanos del Norte adquirieron de México un territorio de 76.800 kilómetros cuadrados al sur del río Gila, en Arizona.

de su propia candidatura, Seward se impuso a sí mismo, como Richelieu republicano, a un hombre a quien el mismo tenía por un Luis XIII republicano. Contribuyó, pues, a hacer de Lincoln el presidente a condición de que éste le hiciera secretario de Estado, dignidad que puede compararse en cierta medida a la de un primer ministro inglés. En efecto, apenas Lincoln fue elegido presidente, Seward fue confirmado en la secretaría de Estado. Se asistió en seguida a un curioso cambio de actitud del Demóstenes del Partido Republicano, que se había hecho célebre por haber profetizado un "conflicto irreprimible" entre el sistema del trabajo libre y el de la esclavitud. En verdad que, aunque elegido el 6 de noviembre de 1860, Lincoln no debía acceder a la función presidencial hasta el 4 de marzo de 1861. En el intervalo, durante la sesión de invierno del Congreso, Seward se convirtió en el centro de todas las tentativas de compromiso. Los órganos sudistas del Norte —por ejemplo, el *New York Herald*, para el que Seward había sido justamente hasta entonces la bestia negra— se pusieron de pronto a ensalzar sus méritos de estadista de la reconciliación y, efectivamente, no fue culpa suya si no se concluyó la paz a cualquier precio. Manifiestamente, Seward se valía de la secretaría de Estado como trampolín y se preocupaba menos del presente "conflicto irreprimible" que de la futura Presidencia. Seward demostró una vez más que los virtuosos de la lengua eran hombres de Estado peligrosos, en quienes no se podía confiar. ¡Lean sus despachos oficiales! Son una innoble mezcla de grandes frases y de mezquino espíritu, de fuerza aparente y de flaqueza real.

Para Seward, Frémont era un rival peligroso al que había de hundir. Esta empresa resultó tanto más fácil, cuanto que conforme a sus hábitos de abogado, Lincoln tiene aversión a todo lo genial,

se aferra ansiosamente a la letra de la Constitución y recela de cualquier paso que pueda desagradar a los "leales" esclavistas de los Estados fronterizos. El carácter de Frémont brindó otro pretexto. Es, manifiestamente, un hombre patético, algo extremoso e hiperbólico, dado a los impulsos melodramáticos. El gobierno le incitó primero a dimitir voluntariamente, abrumándole con toda suerte de argucias. Cuando este método fracasó, le quitaron el mando en el momento preciso en que el ejército que él mismo había organizado se encontraba frente al enemigo en el sudoeste del Misuri y en el que había que entablar la batalla decisiva.

Frémont es el ídolo de los Estados del Noroeste, que le festejan como *pathfinder* (explorador). Su destitución la consideran como un agravio personal. Si el gobierno de la Unión sufre algunos reveses como los de Bull Run y Balle Bluff,² él mismo habrá dado un jefe como John Frémont a la oposición, que se levantará entonces contra él y romperá el actual sistema diplomático de dirección de la guerra. Otro día volveremos sobre las acusaciones publicadas por el ministerio de la Guerra de Washington contra el general destituido.

² Junto al río Bull Run, cerca de la ciudad de Manassas, al sudoeste de Washington, tuvo lugar el 21 de julio de 1861 la primera batalla importante de la guerra civil americana. El ejército del Sur derrotó a las tropas nordistas que, aunque más numerosas, estaban mal preparadas; entre ellas se produjo la desbandada. En el curso de la batalla de Balls Bluff, al noroeste de Washington, los ejércitos sudistas destruyeron el 21 de octubre de 1861 varios regimientos del ejército del general Stone, que habían atravesado el río Potomac sin refuerzos. Estas dos batallas pusieron en evidencia las serias lagunas que en orden a la organización y dirección se daban en los ejércitos nordistas.

Carlos Marx

ASUNTOS AMERICANOS

Die Presse

26 de febrero de 1862

Londres, 3 de marzo de 1862

El presidente Lincoln no se arriesga a dar un paso adelante mientras el curso de los acontecimientos y el estado general de la opinión pública le permiten contemporizar. Pero, una vez que "Old Abe" se convence por sí mismo de que tal cambio se ha producido, sorprende tanto a sus amigos como a sus enemigos con una operación repentina, conducida con el menor ruido posible. Así, de la manera menos llamativa, acaba de asestar un golpe que seis meses atrás hubiera podido costarle el puesto de presidente y que, hace un mes todavía, habría suscitado una tempestad de protestas. Hablamos de la *eliminación de McClellan* del puesto de comandante en jefe de los ejércitos de la Unión.

Para empezar, Lincoln había reemplazado al ministro de la Guerra, Cameron, por un jurista enérgico e implacable, Mr. Edwin Stanton. Este lanzó inmediatamente una orden del día a los generales Buell, Halleck, Sherman y otros comandantes de servicios centrales o jefes de expedición, comunicándoles que en lo futuro debían prever que todas las órdenes públicas o secretas les llegarían directamente del ministerio de la Guerra y que responderían asimismo directamente a dicho ministerio. En fin, Lincoln dio algunas órdenes, que él mismo

firmó como "comandante en jefe del Ejército y la Marina", título que le pertenecía según la Constitución. De esta forma "tranquila", el "joven Napoleón"¹ fue despojado del mando supremo que hasta entonces ejercía sobre todos los ejércitos, y reducido al mando exclusivo del ejército del Potomac, pese a que conservase el título de "comandante en jefe".² Los éxitos conseguidos en Kentucky, en Tennessee y en la costa atlántica han inaugurado favorablemente la asunción del mando supremo por el presidente Lincoln.

El cargo de comandante en jefe ocupado hasta entonces por McClellan fue legado a los Estados Unidos por Inglaterra y corresponde más o menos a la dignidad de gran condestable en el ejército francés del antiguo régimen. Durante la guerra de Crimea, la propia Inglaterra descubrió que esta vieja institución era ya entonces inadecuada. Realizó, pues, un compromiso, gracias al cual una parte de las atribuciones del comandante en jefe fue transmitida al ministerio de la Guerra.

Para juzgar la táctica fabiana³ de McClellan carecemos del material deseado. Pero no hay duda

¹ Nombre dado a McClellan por sus partidarios demócratas, porque había sido nombrado comandante en jefe de las tropas de la Unión a la edad de 34 años.

² En marzo de 1862, Lincoln dirigió al ejército la "orden del día general número 3" en la cual ordenaba a McClellan tomar "la dirección del ejército del Potomac hasta nueva orden" y le informaba que estaba "relevado del mando de otros departamentos militares".

³ El general romano Quintus Fabius Maximus, sobrenombrado Cunctator (contemporizador), se esfuerza, en el curso de la segunda guerra púnica (218-201 antes de J.C.) por utilizar las inmensas ventajas y reservas de orden militar de que disponía para atraerse el aplauso del ejército. Su plan consistía en evitar toda batalla decisiva y defenderse en campos atrincherados. Cada error del adversario era utilizado para remontar la moral del ejército por pequeñas victorias y borrar el efecto deprimente de las derrotas precedentes.

de que su actuación estorbaba la dirección de las operaciones militares en general. Puede decirse de McClellan lo que Macaulay decía de Essex: "Los defectos militares de Essex se derivan esencialmente de sus sentimientos políticos timoratos. Cier to que es honesto, pero no se siente en absoluto ligado a la causa del Parlamento: fuera de una gran derrota, nada teme más que una gran victoria".

Como la mayoría de los oficiales formados en West Point y pertenecientes al ejército regular, McClellan se encuentra más o menos ligado por espíritu de cuerpo a sus antiguos camaradas que se encuentran en el campo enemigo. Siente celos también de esos advenedizos que son a sus ojos los "soldados civiles". Para él, la guerra debe conducirse de manera puramente técnica, como un negocio, con vistas siempre a restaurar la Unión sobre su *antigua* base, y por ello conviene ante todo mantenerse al margen de cualquier tendencia y principio revolucionarios. ¡Es ésta, en verdad, una curiosa concepción acerca de una guerra que es esencialmente guerra de principios! Los primeros generales del Parlamento inglés participaban del mismo error. "Pero —dice Cromwell en su mensaje del 4 de julio de 1653 al Parlamento corto—, ¡cómo cambió todo esto cuando la dirección fue asumida por hombres *penetrados del espíritu de religiosidad y de fe!*"

El *Star* de Washington, órgano particular de McClellan, declara en su último número: "El objetivo de todas las combinaciones militares del general McClellan es el restablecimiento de la Unión en forma exacta a la que tenía antes de que estallase la rebelión".

¡No ha de sorprendernos, pues, que en el Potomac el ejército se dedique, bajo la mirada del comandante en jefe, a la caza de esclavos! Muy

recientemente, McClellan hizo expulsar del campamento, por orden expresa, a la familia de músicos Kutchinson, que cantaba all canciones... ¡antiesclavistas!

Aparte de dichas manifestaciones "contra las tendencias", McClellan tomaba bajo su alta protección a los traidores del ejército uníonista. Por ejemplo, ascendió a Maynard a un grado superior, pese a que éste era un agente de los secesionistas, como prueban los documentos oficiales del comité de investigación de la Cámara de Representantes. Del general Paterson, cuya traición provocó la derrota de Manassas, al general Stone, que organizó la derrota de Balle Bluff en directa connivencia con el enemigo, McClellan se las arreglaba para sustraer de los consejos de guerra a cualquier militar traidor y hasta, muy a menudo, para impedir que fuese destituido de su cargo. A este propósito, el comité de investigación del Congreso ha revelado los hechos más sorprendentes. Lincoln decidió demostrar mediante una medida enérgica que cuando él asumía el mando supremo, la hora de los traidores con charreteras había terminado, y que se había producido un viraje en la política de guerra. Por orden suya, el general Stone fue arrestado en su lecho el 10 de febrero, a las dos de la mañana, y conducido al fuerte Lafayette. Unas horas más tarde llegó la orden de detención, firmada por Stanton y conteniendo el cargo de alta traición, penada por el código militar. La detención de Stone y su procesamiento tuvieron lugar sin que el general McClellan fuese informado previamente de ello.

Mientras permanecía inactivo y lucía la corona de laurel trenzada antes de tiempo, McClellan estaba manifiestamente resuelto a impedir que otro general se le adelantase. Los generales Halleck y Pope habían preparado un movimiento combinado para forzar a una batalla decisiva al general Price,

que se le había escapado ya una vez a Frémont a consecuencia de una intervención de Washington. Un telegrama de McClellan les impidió llevar a buen término su empresa. Otro telegrama análogo, dirigido al general Halleck, "anuló la orden" de tomar el fuerte Columbus en un momento en que éste se encontraba en situación apurada. McClellan había prohibido expresamente a los generales del Oeste comunicarse entre sí. Todos ellos tenían que empezar dirigiéndose a Washington cuando trataban de coordinar una operación. El presidente Lincoln acaba de restituirles su indispensable libertad de acción.

Basta leer los panegíricos que el *New York Herald* consagra sin cesar al general McClellan para juzgar la calidad de su política militar. Es el héroe, en el sentir del *Herald*. El famoso Bennett, propietario y redactor jefe del *Herald*, reinaba en los tiempos de la administración de Pierce y de Buchanan por intermedio de sus "representantes especiales", alias corresponsales en Washington. Bajo la administración de Lincoln, trató de reconquistar este mismo poder dando un rodeo, gracias a su "representante especial", el Dr. Ives, notorio sudista y hermano de un oficial que desertó a la Confederación y que había logrado ganarse el favor de McClellan. Bajo el patrocinio de McClellan, parece ser que este Ives haya gozado de grandes confianzas, especialmente en la época en que Cameron estuvo al frente del ministerio de la Guerra. Ives esperaba, evidentemente, que Stanton le concediese los mismos privilegios y, en consecuencia, se presentó el 8 de febrero en el despacho militar donde el ministro de la Guerra, su secretario general y algunos miembros del Congreso deliberaban acerca de las medidas militares a adoptar. Se le puso en la puerta, pero él se estiró como un gallo y, mientras se batía en retirada, amenazó con hacer que

el *Herald* abriese fuego sobre el actual ministerio de la Guerra si éste le retiraba su "privilegio particular", a saber: acceder al secreto de las deliberaciones de gabinete, telegramas, informaciones generales y noticias de guerra. Al día siguiente, 9 de febrero, el Dr. Ives había reunido a todo el Estado Mayor de McClellan en una comida con champán. Pero la desgracia no tardó en llegar. Un suboficial seguido de seis hombres se hizo cargo del poderoso Ives y le condujo al fuerte MacHenry, donde —como dice expresamente la orden del ministro de la Guerra— se halla bajo estrecha custodia en calidad de *espía*.

Federico Engels, Carlos Marx
LA GUERRA CIVIL AMERICANA

Die Presse
26 y 27 de marzo de 1862

I

Desde cualquier ángulo que se la considere, la guerra civil americana ofrece un espectáculo sin parangón en los anales de la historia militar. La inmensa extensión del territorio en disputa; la amplitud de las líneas de operación y del frente; la potencia numérica de los ejércitos rivales, la creación de los cuales no ha podido, prácticamente, verse apoyada en ninguna base organizativa anterior; el coste fabuloso de estos ejércitos; sus modalidades de dirección y los principios generales de táctica y estrategia que rigen esta guerra: todo es nuevo para el observador europeo.

La conspiración secesionista, organizada, patrocinada y sostenida, mucho antes de que estallase, por la administración de Buchanan, ha dado al Sur una ventaja inicial gracias a la cual pudo concebir la esperanza de alcanzar sus fines. Para el Sur, amenazado por su población de esclavos¹ y por

¹ En 1860, Alabama, Georgia, Luisiana, Mississippi, Florida, Carolina del Sur y Texas tenían en total 4.969.141 habitantes, de los que el 46.5 por ciento o sea 2,312.350, eran esclavos. En dos de estos Estados —Carolina del Sur y Mississippi— los esclavos eran más numerosos que el conjunto de los blancos y los negros libres. Virginia, Tennessee, Carolina del Norte y Arkansas contaban con

fuerzas elementos unionistas entre los blancos, disponiendo de un número de hombres libres tres veces inferior al del Norte, pero más prontos al ataque gracias a sus innumerables ociosos, ávidos de aventuras, todo dependía de una ofensiva rápida, audaz, hasta temeraria. Si los sudistas conseguían adueñarse de San Luis, Cincinnati, Washington, Baltimore y tal vez de Filadelfia, podían levantar un movimiento de pánico, mientras la diplomacia y la corrupción asegurasen a todos los Estados esclavistas el reconocimiento de su independencia. Por el contrario, si esta primera ofensiva fracasaba —al menos en sus puntos decisivos—, su situación debía empeorar de día en día, paralelamente al desarrollo de las fuerzas del Norte. Esto es lo que comprendieron perfectamente los hombres que, con un espíritu auténticamente bonapartista, organizaron la conspiración secesionista y se pusieron luego en campaña. Sus bandas de aventureros anegaron Misuri y Tennessee, en tanto que las tropas organizadas más regularmente invadían la Virginia oriental y preparaban un golpe de mano en dirección a Washington. Al fracasar este golpe, la campaña sudista estaba perdida desde el punto de vista militar.

El Norte entró en guerra a regañadientes y semi-dormido, como era de esperar dado el más alto desarrollo de su industria y su comercio. El mecanismo social era aquí infinitamente más complejo que en el Sur y fue menester bastante más tiempo para imprimir a su aparato una dirección tan desusada. El alistamiento de voluntarios por tres meses testificó ser un grave error, aun cuando fuese sin duda inevitable.

4.134.191 habitantes en 1860, de los cuales el 29,2 por ciento eran esclavos, o sea, 1.208.758. Desde un punto de vista militar, una política radicalmente abolicionista habría golpeado duramente a los sudistas.

La política del Norte debía consistir al principio en mantenerse a la defensiva en todos los puntos decisivos a fin de organizar sus fuerzas, ejercitarlas y prepararlas para las batallas resolutivas por medio de operaciones de poca envergadura y poco riesgo; más tarde —cuando la organización se encontrase algo más fortalecida y los elementos fe- lones hubiesen sido alejados más o menos de su ejército—, en pasar a una ofensiva enérgica e in- terrumpida, enfilada a reconquistar ante todo Ken- tucky, Tennessee, Virginia y Carolina del Norte. La transformación de los civiles en soldados debía cos- tar más tiempo al Norte que al Sur. Pero una vez esto cumplido, se podía confiar en la superioridad individual del nordista.

En líneas generales, si hacemos abstracción de errores cuya fuente es más política que militar, el Norte ha actuado conforme a estos principios: la pequeña guerra en Misuri y en Virginia occiden- tal, al tiempo que protegía las poblaciones unio- nistas, acostumbraba a las tropas al servicio de campaña y al fuego sin exponerlas a derrotas de- cisivas. La grave humillación de Bull Run fue, en cierta forma, la consecuencia de un error anterior: el alistamiento de voluntarios para tres meses. Es absurdo pedir a reclutas bisoños que ataquen de frente una posición poderosa, situada en un terreno difícil y ocupada por un adversario apenas inferior en número. El pánico que se adueñó en el momento decisivo del ejército unionista, y cuya causa aún no ha sido aclarada, no podía sorprender a nadie que estuviese siquiera un poco familiarizado con la historia de las guerras populares. Incidentes análogos se producían frecuentemente en las tropas francesas de 1792-1795,² pero no impedían de ma-

² En la carta que Engels dirige a Marx el 26 de septiem- bre de 1851 explica que la primera fase de una revolu- ción implica siempre la espontaneidad y la anarquía, que

nera alguna a esos mismos soldados ganar las batallas de Jemappes y de Fleurs, de Montenotte, Castiglione y Rívoli. En su necedad, las chanzas de la prensa europea sobre el pánico de Bull Run no tienen más que *una sola* excusa: las fanfarronadas de una parte de la prensa norteamericana antes del comienzo de la batalla.

La tregua de seis meses, consecutiva a la derrota de Manassas, fue aprovechada con más eficacia por el Norte que por el Sur. Las filas nordistas no sólo engrosaron bastante más que las sudistas, sino que sus oficiales recibieron mejor instrucción; la disciplina y el entrenamiento de las tropas no chocaron con los mismos obstáculos que en el Sur. Los traidores y los ineptos fueron en gran parte separados: la época del pánico de Bull Run pertenece al pasado. Ciertamente que no hay que juzgar a estos dos ejércitos con los criterios propios de los principales ejércitos europeos e incluso del antiguo ejército regular de los Estados Unidos. De hecho, Napoleón consiguió completar en un mes el adiestramiento de batallones de nuevos reclutas en sus cuarteles, luego entrenarlos para las marchas en el segundo y conducirlos al combate en el tercero. Pero entonces cada batallón recibía un complemento suficiente de oficiales y suboficiales probados, y finalmente se destinaban a cada compañía viejos soldados, para que el día de la batalla las tropas afectan y disuelven el viejo régimen: "Es evidente que la desorganización de los ejércitos y el relajamiento absoluto de la disciplina, fueron tanto la condición como el resultado de toda revolución que hasta aquí haya triunfado. Francia tuvo que esperar a 1792 para reorganizar un pequeño ejército de 60 a 80 mil hombres, el de Dumouriez, que, sin embargo, se descompone en seguida. Puede decirse, pues, que no hubo prácticamente ningún ejército organizado en Francia hasta finales de 1793". Cabe mostrar también que la disciplina depende de los objetivos políticos perseguidos y no de la dictadura militar, al menos en periodos revolucionarios.

bisoñas se hallasen rodeadas o, mejor aún, encuadradas por los veteranos. Ahora bien, en América todas estas condiciones están ausentes. Sin el caudal considerable de experiencia militar de los emigrados a América tras las convulsiones revolucionarias de 1848-1849, la organización de los ejércitos de la Unión hubiese requerido un plazo aún más largo.³ El muy reducido número de muertos y heridos con relación al número total de las tropas participantes (lo habitual es el uno por veinte) demuestra que la mayoría de los choques, incluso los más recientes de Kentucky y Tennessee, se han

³ Lo mismo que cuando la primera revolución americana, fuerzas progresistas de diversos países europeos ayudaron a los americanos en lucha durante la guerra antiesclavista. Entre los revolucionarios alemanes de 1848 que emigraron a Estados Unidos había burgueses liberales como Schurz y Kapp y amigos comunistas de Marx y Engels, como Weydemeyer y Anneke (éste informaba directamente a Engels de cuanto ocurría en el teatro de operaciones americano). Se estima en 200 mil el número de alemanes que se enrolaron voluntarios para ayudar al Norte a combatir a los esclavistas. Brindaron su experiencia a los ejércitos nordistas poco aguerridos y mal organizados al principio de las hostilidades. Algunos revolucionarios de 1848 organizaron sus propios destacamentos, por ejemplo, el 8o. regimiento de voluntarios alemanes. La acción de Marx y Engels en favor del Norte antiesclavista se incorpora a este movimiento concreto de ayuda a los Estados Unidos. Incluso, como es sabido, Marx había contemplado en algún momento la posibilidad de emigrar a los Estados Unidos.

Por comparación, he aquí las cifras en lo que concierne a la participación de los negros (o esclavos) en la lucha al lado del Norte: no se han contado más que 186.017 hombres de color que hayan servido en los ejércitos nordistas durante la guerra. Pero hay que señalar que durante la mayor parte de la guerra, los negros no fueron aceptados en las filas de los ejércitos del Norte, pese a que se debatía como problema esencial el de la abolición de la esclavitud. Prueba esto hasta qué punto tenían fuerza las ideas racistas. Los negros enrolados se batieron con un coraje extraordinario y, a pesar del escaso número de participantes, tuvieron 68.178 bajas.

efectuado principalmente utilizando armas de fuego de largo alcance, y que las raras cargas a la bayoneta o bien se interrumpían muy pronto ante el fuego enemigo, o bien ponían en fuga al adversario antes incluso de llegar al cuerpo a cuerpo. Entre tanto, la nueva campaña se ha abierto bajo auspicios más favorables, con el avance de Buell y Halleck a través de Kentucky y en dirección a Tennessee.

Después de haber reconquistado Misuri y la Virginia occidental, la Unión abrió la campaña avanzando en dirección a Kentucky.⁴ Los secesionistas mantenían allí tres fuertes posiciones o campos for-

⁴ Desde el punto de vista militar y político, la campaña de Kentucky de 1862 fue de una importancia decisiva. La línea de defensa de los confederados, de Columbus a Bowling Green, tenía dos centros vitales en Tennessee: Fort Henry y Fort Donelson. Estas plazas fuertes defendían dos importantes pasos al corazón del Sur: los ríos Cumberland y Tennessee. Su captura no solamente permitió a los nordistas abrir una profunda brecha en la Confederación sudista, sino también hacer indefendible la posición de los confederados en Kentucky. Por ello, ~~estas~~ dos fuertes fueron el objetivo inmediato de la campaña de la Unión, y Grant los ocupa el 6 y el 15 de febrero de 1862. La caída de Fort Donelson entraña la evacuación de las posiciones de Bowling Green, de Columbus y de Nashville (en Tennessee). Estas victorias de la Unión tuvieron grandes consecuencias militares. Por el río Tennessee, los nordistas pudieron penetrar hasta el norte de Alabama e incluso en Georgia. Fue la primera tentativa para penetrar una cuña hasta el Golfo de México y cortar la Confederación sudista en dos partes aisladas entre sí. Además, estos éxitos permitieron ocupar Kentucky, Estado fronterizo vital, y recuperar una parte de Tennessee. Los nordistas avanzaron en total doscientas millas. Por lo demás, estas victorias tuvieron una gran resonancia política. Mostraron a Europa —y especialmente a Inglaterra— que el Sur no era invencible en los campos de batalla. Finalmente, disiparon las últimas dudas que podían subsistir sobre el papel de Kentucky en el conflicto y permitieron emprender una guerra más revolucionaria contra los esclavistas.

tificados: Columbus sobre el Mississipi, a su izquierda; Bowling Green, en el centro; Mill Springs, sobre el río Cumberland, a su derecha. Sus líneas se extendían de Oeste a Este a lo largo de más de trescientas millas. La amplitud de esta línea privaba a los tres cuerpos participantes de toda posibilidad de apoyarse mutuamente y ofrecía a las tropas de la Unión la oportunidad de atacar a cada uno de ellos por separado y con fuerzas superiores. El gran error de los secesionistas consistió, al disponer sus fuerzas, en pretender tener todo el terreno ocupado. Kentucky se hubiese defendido con bastante más eficacia por medio de un solo campo poderosamente fortificado en el centro del país, dispuesto como campo de batalla para un choque decisivo y defendido por el grueso del ejército: ello o bien habría atraído al núcleo principal de las fuerzas unionistas, o bien las habría colocado en una posición peligrosa en caso de que hubiesen intentado atacar una concentración de tropas tan fuerte.

En las condiciones dadas, los unionistas resolvieron atacar los tres campos uno tras otro, con el propósito de forzar al enemigo a salir mediante una serie de maniobras que avistaban a obligarle a aceptar el combate a campo raso. Este plan, ajustado a todas las reglas del arte militar, fue ejecutado con decisión y rapidez. Hacia mediados de enero, un cuerpo de cerca de quince mil unionistas avanzó hacia Mill Springs defendido por veinte mil secesionistas. Los unionistas maniobraron tan bien, que hicieron creer a sus adversarios que sólo habrían de vérselas con un débil destacamento. El general Zollicoffer cayó inmediatamente en la trampa: salió de su campo atrincherado y atacó a los unionistas. Demasiado tarde, se dio cuenta de que tenía enfrente una fuerza superior. Fue muerto y sus tropas sufrieron una derrota tan completa

como la de los unionistas en Bull Run. Pero esta vez se explotó la victoria de muy distinta manera. El ejército vencido fue acosado estrechamente hasta que extenuado, desmoralizado, después de haber perdido su artillería de campaña y sus trenes de combate, alcanzó el campamento de Mill Springs. Habiendo sido edificado este campamento en el lado norte del río Cumberland, en caso de una nueva derrota la guarnición tenía cortado el camino de retirada, a no ser que lo hiciese por el río, con barcos de vapor o lanchas fluviales. Hemos notado que, en general, los campamentos secesionistas se edifican en la orilla *enemiga* de los ríos. No es sólo normal, sino también práctico alinearse de esta forma, pero a condición de tener un puente a la espalda. En este caso, el campamento sirve de cabeza de puente y concede a quienes lo poseen el privilegio de lanzar sus fuerzas a discreción sobre una u otra orilla del río, es decir, de dominar por completo el curso de agua. En cambio, un campo sobre el lado enemigo del río, sin puente a la espalda, corta toda vía de retirada después de un combate adverso y fuerza a las tropas a capitular o las expone a la matanza y a la sumersión, como fue el caso de los unionistas cerca de Ball's Bluff, en la orilla enemiga del Potomac, adonde la traición del general Stone los había enviado.

Cuando los secesionistas vencidos hubieron alcanzado su campamento de Mill Springs, comprendieron muy pronto que tenían que rechazar el ataque del enemigo contra sus fortificaciones o capitular sin tardar mucho. Ahora bien, después de la experiencia de la mañana habían perdido confianza en su capacidad de resistencia. Como consecuencia, cuando los unionistas avanzaron al día siguiente para atacar el campamento, advirtieron que el enemigo había aprovechado la noche para travesar el río, abandonándoles el campamento, los trenes de

combate, la artillería y las provisiones. De esta manera, el flanco derecho de la línea secesionista fue repelida hacia el Tennessee; y Kentucky oriental, donde la masa de la población es hostil al partido esclavista, fue reconquistado para la Unión.

En ese mismo momento —hacia mediados de enero—, los unionistas comenzaron los preparativos para desalojar a los secesionistas de Columbus y Bowling Green. Se había dispuesto una poderosa flotilla de buques artillados con morteros y de cañoneras blindadas, y se lanzó a los cuatro vientos la noticia de que se destinaría a convoyar un numeroso ejército a lo largo del Mississippi, desde el Cairo a Memphis y Nueva Orleáns. En realidad, todas estas demostraciones en el Mississippi no eran más que simples maniobras de diversión. En el momento decisivo, las cañoneras fueron encaminadas al Ohio y desde allí, al Tennessee, que remontaron hasta Fort Henry. Con Fort Donelson en el río Cumberland, esta plaza fuerte constituía la segunda línea de defensa de los secesionistas en el Tennessee. La posición se había elegido bien, pues en caso de retirada detrás del Cumberland, esta corriente de agua cubriría su frente de la misma manera que el Tennessee protegía su flanco izquierdo, quedando amparada suficientemente la estrecha franja de tierra entre ambos ríos por los dos fuertes antes mencionados. Sin embargo, gracias a una acción rápida, los unionistas rompieron la segunda línea antes incluso de atacar el ala izquierda y el centro de la primera.

En la primera semana de febrero, las cañoneras unionistas hicieron su aparición delante de Fort Henry, que fue tomado después de un corto bombardeo. La guarnición pudo huir y ganar Fort Donelson, ya que las fuerzas de tierra de que disponía la expedición no eran bastante numerosas para cercar la plaza. Las cañoneras volvieron a descender por el Tennessee hasta el Ohio y, desde allí, por

el Cumberland, remontaron hasta Fort Donelson. Una cañonera solitaria remontó osadamente el Tennessee, en pleno corazón del Estado del mismo nombre, rozando el Estado de Misuri; progresó hasta Florence, en el norte de Alabama, donde una serie de marjales y bancos de arena (conocidos con el nombre de Mussle Shoals) impiden proseguir la navegación. El hecho de que una sola cañonera haya podido realizar este largo crucero, de ciento cincuenta millas por lo menos, y regresar acto seguido sin haber sido objeto del menor ataque, demuestra que los sentimientos unionistas predominan a lo largo del río y serán muy útiles el día en que las tropas de la Unión avancen hasta allí.

Esta expedición fluvial por el Cumberland combinaba, sin embargo, sus movimientos con los de las fuerzas de tierra bajo el mando de los generales Halleck y Grant. Los secesionistas estacionados en Bowling Green fueron inducidos a error por la demostración de los unionistas. Permanecieron tranquilamente en su campamento durante la semana que siguió a la caída de Fort Henry, mientras cuarenta mil unionistas rodeaban Fort Donelson por tierra y una poderosa flota de cañoneras lo amenazaba por la parte del río. Como los campamentos de Mill Springs y Fort Henry, Fort Donelson tiene la corriente de agua a su espalda, sin disponer de un puente de retirada. Es la plaza más fuerte que los unionistas hayan atacado hasta ahora. Los trabajos de fortificación se habían realizado con el mayor cuidado; además, la plaza era bastante grande para contener y alojar a veinte mil hombres. El primer día de ataque, las cañoneras redujeron al silencio las baterías que dirigían su fuego hacia el lado del río y bombardearon el interior del perímetro fortificado, en tanto que las tropas de tierra rechazaban a las avanzadas enemigas y

forzaban al grueso de los secesionistas a buscar protección justamente bajo los cañones de sus propios recintos fortificados. El segundo día, las cañoneras, que habían sido muy castigadas la víspera, no parece que hiciesen gran cosa. En cambio, las tropas terrestres hubieron de librar una larga y ardiente batalla en algunos lugares con las columnas de la guarnición que intentaban perforar el ala derecha del enemigo para asegurarse una vía de retirada en dirección a Nashville. Sin embargo, un ataque enérgico del ala derecha unionista sobre el ala izquierda de los secesionistas, y la llegada de importantes refuerzos en ayuda del ala izquierda unionista decidieron la victoria de los asaltantes. Varios puestos exteriores fortificados fueron tomados por asalto. Arrinconada en su línea interior de defensa, sin vía alguna de retirada y sin encontrarse en situación de resistir un nuevo asalto, la guarnición se rindió sin condiciones al día siguiente.

II

Con Fort Donelson, la artillería, el tren de combate y el material de guerra de la guarnición cayeron en manos de los unionistas. Treinta mil secesionistas se rindieron el día de la capitulación: otros mil al día siguiente y, tan pronto como las avanzadillas de los vencedores aparecieron ante Clarksville, esta ciudad, situada en el curso superior del Cumberland, les abrió sus puertas. Los secesionistas habían almacenado allí, igualmente, importantes reservas de víveres.

La toma de Fort Donelson oculta, no obstante, un pequeño *misterio*: la huida del general Floyd con cinco mil hombres, al segundo día de bombardeo. Estos huidos eran demasiado numerosos para desaparecer como por encanto durante la no-

che, en barcos de vapor. Algunas medidas de precaución por parte de los asaltantes hubiesen podido precaver su fuga.

Siete días después de la rendición de Fort Donelson, los federados ocuparon Nashville. La distancia entre estas dos localidades es de alrededor de cien millas inglesas. Necesitaron, pues, hacer quince millas al día, por caminos embarrados y durante la peor estación del año: ello hace honor a las tropas unionistas. Ante la nueva de la caída de Fort Donelson, los secesionistas evacuaron Bowling Green; una semana más tarde abandonaron Columbus y se retiraron a una isla del Mississipi, cuarenta y cinco millas más al sur.

La Unión había reconquistado así Kentucky por entero. Nos encontramos con que los secesionistas no podrán defender el Tennessee si no libran y ganan una gran batalla.⁵ Parece que ya han concentrado más de sesenta y cinco mil hombres con este fin. Sin embargo, nada hay que impida a los unionistas oponerles una fuerza superior.

La conducción de las operaciones en la campaña de Kentucky merece los más vivos elogios. La reconquista de un territorio tan vasto, el avance en dirección a Ohio hasta el Cumberland en un solo mes, todo ello, en fin, revela una energía, una decisión y una rapidez de ejecución que los ejércitos regulares de Europa raramente han igualado. Compárese, por ejemplo, la lenta progresión de los

⁵ En efecto, los confederados entablaron una doble campaña en Kentucky y Maryland en septiembre de 1862, pero fueron batidos. Cf. más adelante los artículos "La situación en América del Norte" y "Los acontecimientos de América del Norte". Como han evidenciado Marx y Engels, el Sur tenía que atacar en razón de la naturaleza misma de sus condiciones sociales, en tanto que el Norte, en virtud de sus vacilaciones esencialmente políticas, se mantenía a la defensiva pese a disponer de una superioridad social y militar indiscutible.

aliados desde Magenta a Solferino, en 1859, sin que fuesen en persecución del enemigo en retirada y sin que tratasen de aislar a los rezagados o de rebasar y cercar cuerpos enteros de tropas.

Halleck y Grant, en particular, están dando buenos ejemplos de conducta militar enérgica. Dejando de lado por completo Columbus y Bowling Green, concentraron sus fuerzas en los puntos decisivos —Fort Henry y Fort Donelson—, que atacaron rápidamente y con energía, dejando así Columbus y Bowling Green en situación insostenible. Después, se pusieron en marcha hacia Clarksville y Nashville, sin dar tiempo a los secesionistas en retirada a ocupar nuevas posiciones en el Norte del Tennessee. Durante esta veloz persecución, el cuerpo de ejército secesionista de Columbus quedó completamente cortado del centro y del ala derecha de su ejército. Diarios ingleses han criticado injustamente esta operación. Incluso si hubiese fracasado el ataque a Fort Donelson, los secesionistas podían ser retenidos cerca de Bowling Green por el general Buell: no habrían podido destacar una fuerza suficiente para permitir a la guarnición perseguir a los unionistas en campo abierto y amenazar su repliegue. Por otra parte, Columbus queda tan apartado, que no podía en ningún caso intervenir en las operaciones dirigidas por Grant. De hecho, cuando los unionistas hubiesen limpiado el Misuri de secesionistas, Columbus no sería para estos últimos sino una plaza desprovista de interés. Las tropas de su guarnición habrían tenido que retirarse a toda prisa hacia Memphis e incluso hacia Arkansas, a fin de no verse obligadas a rendir sus armas sin gloria.

Después de la limpieza del Misuri y de la reconquista de Kentucky, el teatro de guerra se ha reducido a tal punto, que los diferentes ejércitos pueden cooperar en alguna medida a lo largo de

toda la línea de operaciones y ayudarse para obtener ciertos resultados. En otros términos, es solamente ahora cuando la guerra toma un carácter *estratégico* y cuando la configuración geográfica del país reviste un interés nuevo. Corresponde en el presente a los generales nordistas descubrir el talón de Aquiles de los Estados algodonereros.

Hasta la toma de Nashville, no podía haber operaciones estratégicas comunes a los ejércitos de Kentucky y a los del Potomac, separados por muy grandes distancias. Ciertamente, se encontraban en una misma línea de frente, pero sus líneas de operación eran completamente distintas. Sólo con el avance victorioso en Tennessee, los movimientos de los ejércitos de Kentucky adquieren importancia para todo el teatro de operaciones por entero.

Los periódicos americanos influidos por McClellan han hecho gran ruido con la teoría "anaconda" de envolvimiento, que preconiza que una inmensa línea de ejércitos rodee a la rebelión, apriete progresivamente sus miembros y estrangule finalmente al enemigo. Esto es puro infantilismo. Es un refrito del llamado *sistema del cordón*, inventado en Austria hacia 1770, utilizado con tanta obstinación contra los franceses de 1792 a 1797 y jalonado con los ya conocidos e incesantes fracasos. En Jemappes, Fleurs, etc., y muy particularmente en Montenotte, Millesimo, Diego, Castiglione y Rívoli, el sistema de estrangulamiento siempre llegaba tarde. Los franceses cortaban en dos la "anaconda", concentrando su ataque sobre un punto con fuerzas superiores, luego hacían pedazos, uno tras otro, los anillos de la "anaconda".

En los Estados más o menos poblados y centralizados, siempre existe un centro cuya ocupación por el enemigo rompe las más de las veces la resistencia nacional. París es un ejemplo diáfano. Sin embargo, los Estados esclavistas no tienen tal cen-

tro. Están poco poblados y apenas poseen grandes ciudades, salvo en la costa aquí y acullá. No obstante, hay que preguntarse si existe al menos un centro de gravedad militar, cuya conquista rompería la espina dorsal de la resistencia; ¿o es que para conseguir la victoria —como fue el caso de Rusia hasta 1812— hay que ocupar cada aldea y cada localidad, ocupar, en una palabra, toda la periferia?

Lancemos una ojeada a la configuración geográfica de Secesia, con su larga franja costera del Atlántico y el Golfo de México. Durante el periodo en que los confederados disponían de Kentucky y Tennessee, su territorio formaba un conjunto compacto. La pérdida de estos dos Estados ha clavado en su territorio una cuña gigantesca, que separa los Estados situados en la costa norte del Océano Atlántico de los Estados situados en el Golfo de México. La ruta directa de Virginia y las dos Carolinas a Texas y Luisiana, a Mississipi y, en parte, incluso a Alabama, pasa por Tennessee, que los unionistas acaban de ocupar. La *única* ruta que después de la conquista total de Tennessee por la Unión comunica las dos secciones de los Estados esclavistas pasa por *Georgia*. *Ello demuestra que Georgia es la llave de Secesia.*

Al perder Georgia, la Confederación ha sido cortada en dos secciones que ya no disponen de ninguna comunicación entre sí. Ahora bien, es improbable que los secesionistas puedan reconquistar Georgia, pues las fuerzas militares unionistas se concentrarían allí en una posición central, en tanto que sus adversarios, divididos en dos campos, apenas dispondrían de fuerzas suficientes para realizar un ataque conjunto.

¿Será menester conquistar toda Georgia, incluida la costa sur de Florida, para llevar a buen fin dicha operación? De ninguna manera. En un país donde

las comunicaciones, especialmente entre los dos puntos alejados, dependen bastante más de los caminos de hierro que de las rutas terrestres, basta apoderarse de las vías férreas. La línea más meridional de los caminos de hierro entre los Estados del Golfo de México y los de la costa del Atlántico pasa por Macon y Gordon, cerca de Milledgeville.

La ocupación de estos dos puntos cortaría pues Secesia en dos y permitiría a los unionistas batir a una parte después de la otra. Se deduce de lo que acabamos de decir que ninguna república sudista es viable sin la posesión de Tennessee. En efecto, sin Tennessee, el punto vital de Georgia sólo se encuentra a ocho o diez días de marcha desde la frontera. El Norte tiene, pues, de continuo agarrado al Sur por la garganta: a la menor presión de su mano, el Sur ha de ceder o reemprender la lucha para sobrevivir, en tales condiciones, que una sola derrota le arrebataría toda perspectiva de victoria.

De estas consideraciones se sigue:

El Potomac *no es* la posición más importante del teatro de la guerra. La toma de Richmond y el avance del ejército del Potomac hacia el Sur —difíciles a causa de los numerosos cursos de agua que cortan la línea de marcha— podrían causar un terrible efecto psicológico, pero desde el punto de vista puramente militar no deciden *absolutamente nada*.

La decisión de la guerra reposa sobre el ejército de Kentucky, que ocupa actualmente Tennessee, territorio sin el cual la secesión no puede vivir. Sería preciso, pues, reforzar este ejército a expensas de los otros, sacrificando todas las operaciones menores. Sus puntos de ataque inmediatos deberían ser Chattanooga y Dalton en el alto Tennessee, ya que estas ciudades son los nudos ferroviarios más importantes de todo el Sur. Después de su ocupa-

ción, los Estados del este y el oeste de Secesia sólo permanecerían unidos por las líneas de comunicación de Georgia. No habría más que cortar la línea ferroviaria que sigue desde Atlanta a Georgia y, finalmente, destruir el último lazo entre las dos secciones ocupando Macon y Gordon.

Por el contrario, si el plan "anaconda" prosiguiese, a pesar de todos los éxitos logrados localmente e incluso en el Potomac, la guerra podría prolongarse hasta el infinito, aparte de que las dificultades financieras y las complicaciones diplomáticas podrían crear un nuevo margen de maniobra para el Sur.

Carlos Marx

LA PRENSA INGLESA Y LA CAIDA
DE NUEVA ORLEANS

Die Presse

20 de mayo de 1862

Londres, 16 de mayo de 1862

Cuando corrieron los primeros rumores sobre la caída de Nueva Orleáns, el *Times*, el *Herald*, el *Standard*, el *Morning Post*, el *Daily Telegraph* y otros periódicos ingleses simpatizantes de los desolladores de esclavos del Sur, demostraron con argumentos de orden estratégico, táctico, filológico, exegético, político y moral, torpemente manejados, que ese rumor no era más que uno de los tantos bulos que Reuter, Havas, Wolff y sus agencias filiales tienen por costumbre deslizar periódicamente. Afirmaron que los medios naturales de defensa de Nueva Orleáns acababan de ser reforzados no sólo con nuevas fortificaciones, sino con toda suerte de diabólicos ingenios submarinos y de cañoneras blindadas. De pasada, subrayaron el espíritu espartano de la población de Nueva Orleáns y su odio feroz hacia los mercenarios a sueldo de Lincoln. En fin, ¿acaso Inglaterra no había sufrido ante Nueva Orleáns la derrota que puso un fin lamentable a su segunda guerra contra los Estados Unidos, en 1812-1814? Nada hacía, pues, prever que Nueva Orleáns no renovarían en la historia la epopeya de Zaragoza y Moscú.¹ Además,

¹ Referencia a las luchas de liberación del pueblo español contra los ejércitos de Napoleón durante los años 1808 a 1812. Zaragoza fue sitiada dos veces (junio-agosto

contaba con quince mil balas de algodón, gracias a las cuales sería fácil encender un inextinguible fuego autodestructor, abstracción hecha de que en 1814 las balas de algodón debidamente humectadas se habían revelado más resistentes al fuego de la artillería que los trabajos de fortificación de Sebastopol. En resumen, ¡la toma de Nueva Orleáns era un bonito ejemplo de las fanfarronadas yanquis!

Cuando los primeros rumores fueron confirmados por los vapores que arribaron dos días más tarde a Nueva York, el grueso de la prensa inglesa proesclavista seguía siendo escéptica. El *Evening Standard*, en especial, estaba tan seguro de lo que que en el mismo número publicó un primer editorial en el que demostraba, negro sobre blanco, que Nueva Orleáns era inexpugnable, mientras anunciaba a grandes titulares la caída de la inexpugnable ciudad en media luna.

Por su parte, el *Times*, para quien la discreción es la parte mejor del coraje, daba un giro. Aún ponía en duda la noticia, pero decía estar preparado a cualquier eventualidad, habida cuenta de que la ciudad en media luna era antes una urbe de pillos que de héroes. Esta vez el *Times* tenía razón. Nueva Orleán es el depósito de las heces de la bohemia francesa; es, en la acepción directa del vocablo, una *colonia penitenciaria francesa* y jamás en el curso del tiempo ha desmentido sus orígenes. Es el *Times* quien ha tardado algo en advertir este hecho, generalmente bastante conocido.

En fin, el hecho consumado se impone al Thomas más terco. ¿Qué hacer? La prensa proescla-

y diciembre de 1808) por fuerzas francesas numéricamente superiores; la ciudad no capituló hasta febrero de 1809. En lo que concierne a Moscú, la referencia es al incendio de la capital rusa en septiembre de 1812, para no dejar al ejército francés invasor más que cenizas.

vista inglesa demuestra en el presente que la caída de Nueva Orleáns es una ventaja para los confederados y una derrota para los federados.

La caída de Nueva Orleáns ha permitido al general Lovell y a sus tropas reforzar el ejército de Beauregard, que estaba tanto más necesitado de ese refuerzo cuanto que tenía frente a sí una concentración de ciento sesenta mil hombres (¡se exagera un poco!) bajo el mando de Halleck, y que, por añadidura, el general Mitchel había cortado las comunicaciones de Beauregard con el Este, interrumpiendo las líneas ferroviarias de Menfis a Chattanooga, es decir, las líneas en dirección a Richmond, Charleston y Savannah.² Después de este corte de las comunicaciones (cosa de la que habíamos dejado constancia, bastante *antes* de la batalla de Corinth, como movimiento estratégico previsible), Beauregard ya no disponía de ninguna comunicación ferroviaria con Corinth, fuera de la que lleva a Mobile y Nueva Orleáns. Tras la caída de Nueva Orleáns, sólo disponía de la línea de Mobile, de suerte que ya no podía abastecer convenientemente a sus tropas. Hubo entonces de replegarse sobre Menfis: según la prensa proescravista inglesa, ¡su capacidad de avituallamiento ha mejorado por el hecho de unirse con las tropas de Lovell! De otra parte, estos oráculos advierten que la fiebre amarilla ahuyentará a los federados de Nueva Orleáns y que, en fin, si la ciudad no es Moscú, su alcalde bien pudiera ser Bruto. Baste leer (cf. el *New York Herald*) su epístola melodramáticamente animosa al comandante Farragut. “¡Nobles palabras, señor, hermosas palabras!” ¡Pero las palabras, por duras que sean, no quebrantan los huesos!

² A principios de abril, el general Mitchell ocupa Huntsville, situada a medio camino entre Chattanooga y Corinth.

No obstante, la prensa de los esclavistas del Sur no es tan optimista como sus consoladores ingleses, en lo que a la caída de Nueva Orleáns se refiere.

Así, el *Richmond Dispatch* escribe: "¿Qué ha sido de nuestras cañoneras blindadas, del *Mississippi* y la *Lousiane*, de las que esperábamos la salvación de la ciudad en media luna? Es como si hubiesen estado hechos de cristal en cuanto a su efecto sobre el adversario. Es inútil negar que la toma de Nueva Orleáns es para nosotros un golpe muy duro. A causa de él, el gobierno confederado se encuentra cortado de la Luisiana occidental, de Texas, de Misuri y de Arkansas".

El *Norfolk Day Book* señala: "Es la derrota más grave desde el comienzo de la guerra. Esta derrota permite augurar privaciones y restricciones para todas las clases de la sociedad y, aún peor, amenaza el abastecimiento de nuestro ejército".

El *Atlantic Intelligenter* se lamenta: "Esperábamos otro resultado. El avance enemigo no era un ataque por sorpresa: había sido previsto hace mucho tiempo. Se nos había prometido que si el enemigo pasaba ante Fort Jackson, una artillería temible le obligaría a la retirada o aseguraría su destrucción. En todo esto nos hemos engañado, como siempre que las fortificaciones han de garantizar la seguridad de una plaza o de una ciudad. Parece como si las invenciones modernas hubiesen arruinado la capacidad de defensa de las fortificaciones. Las cañoneras blindadas las destruyen o pasan ante ellas sin más cumplidos. Tememos que Menfis comparta la suerte de Nueva Orleáns. ¿No sería insensato dejarse acunar por las ilusiones?"

Finalmente, el *Petersburg Express* escribe: "La toma de Nueva Orleáns por los federados es el acontecimiento más extraordinario y el más fatal de toda la guerra".

Federico Engels, Carlos Marx

LA SITUACION EN EL TEATRO DE GUERRA AMERICANO

Die Presse

30 de mayo de 1862

La toma de Nueva Orleans, tal como se ha relatado en los boletines que nos han llegado hasta aquí, se destaca como un acto de bravura prácticamente sin paralelo en la historia de la marina. La marina de guerra de los unionistas está compuesta únicamente por naves de madera: alrededor de seis navíos de guerra, armado cada uno de ellos con catorce a veinticinco cañones, apoyados por una numerosa flotilla de cañoneras y barcos artillados con morteros. Esta escuadra tenía que ~~vérselas~~ con dos fuertes que cerraban el paso al Mississippi. Al alcance del fuego de los cien cañones de estos fuertes, el río estaba cruzado por una fuerte cadena, detrás de la cual se había acumulado un gran número de minas, brulotes y otros ingenios destructores. Había, pues, que salvar estos primeros obstáculos antes de deslizarse entre los fuertes. No obstante, del otro lado de éstos había una segunda y poderosa línea de defensa, constituida por cañoneros blindados, entre ellos el *Manassas*, un acorazado blindado, y la *Louisiane*, una poderosa batería flotante.

Después de haber bombardeado durante seis días los dos fuertes que dominan el río, sin resultado alguno, los unionistas decidieron arrostrar su fuego, forzar con tres columnas la barrera de acero,

remontar el río y atacar las fortificaciones. Esta empresa temeraria tuvo éxito. Tan pronto como la flotilla desembarcó en Nueva Orleans, la victoria quedó asegurada.

En adelante, Beauregard nada tiene que defender en Corinth. Sus posiciones sólo tenían sentido mientras cubrían el Mississipi, Luisiana y especialmente, Nueva Orleans. Desde el punto de vista estratégico es tal la situación, que si pierde la más insignificante batalla no le queda otra alternativa que dispersar su ejército en guerrillas. En efecto, no puede mantener reunida por más tiempo a una gran masa de soldados si no hay una gran ciudad en la que se concentren, a la retaguardia de su ejército, las vías férreas y los suministros.

De manera irrefutable, McClellan se ha revelado como una nulidad en el plano militar. Efectivamente, llegado en virtud de circunstancias propicias a una posición de mando y de responsabilidad, no lleva una guerra orientada a vencer al enemigo, sino, al contrario, a no ser batido, cosa que le haría perder su prestigio usurpado. Se conduce como uno de esos viejos generales llamados "maniobreros" que, huyendo medrosamente de toda decisión táctica, se justifican obligando al enemigo a abandonar sus posiciones merced a un envolvimento estratégico. Los confederados se le escapan una y otra vez porque en el momento decisivo jamás se arriesga a caer sobre ellos. Así, pese a que el plan de retirada de los confederados había sido ya anunciado diez días antes en los diarios neoyorkinos (por ejemplo, en el *Tribune*), les dejó retirarse tranquilamente de Manassas a Richmond. Después, dividió su ejército y flanqueó estratégicamente a los confederados, instalándose delante de Yorktown con un cuerpo de tropas: una guerra de fortalezas proporciona siempre pretextos para perder el tiempo y evitar la batalla. Tan luego

como hubo concentrado una fuerza superior a la de los confederados, los dejó retirarse de Yorktown a Williamsburg y aun más allá, sin forzarles a batirse. Jamás guerra alguna fue llevada de tan lamentable forma. Si el encontronazo con elementos en retirada cerca de Williamsburg, en vez de terminar en un segundo Bull Run, acabó con una derrota de la retaguardia confederada, McClellan es por completo ajeno a ese resultado.

Después de una marcha de casi doce millas (inglesas) bajo una lluvia diluviana que se prolongó veinticuatro horas, por caminos transformados en verdaderos barrizales, ocho mil unionistas bajo el mando del general Heintzelmann (de descendencia alemana, pero nacido en Pensilvania) llegaron a las cercanías de Williamsburg y chocaron con un débil destacamento enemigo. Pero éste, dándose cuenta en seguida de su inferioridad numérica, reclamó refuerzos a Williamsburg, desde donde le despacharon tropas selectas que bien pronto alcanzaban la cifra de veinticinco mil hombres.

Hacia las nueve de la mañana, la batalla se puso seria; hacia la una y media, el general Heintzelmann reparó en que se inclinaba a favor del adversario. Envió mensajero tras mensajero al general Kearny, que se encontraba a ocho millas a retaguardia, pero que a causa de los caminos enteramente "deshechos" por la lluvia no podía avanzar sino muy lentamente. Heintzelmann aún siguió sin refuerzos una hora entera y, habiendo agotado sus municiones los regimientos 7o. y 8o. de Jersey, comenzaron a huir a los bosques que bordean la carretera por ambos lados. Heintzelmann ordenó al coronel Menill y a un escuadrón de caballería pensilvano ocupar posiciones a ambos lados del bosque, a fin de disparar eventualmente sobre los fugitivos. Fue esto lo que les detuvo.

El orden fue restablecido además gracias al ejem-

plo de un regimiento de Massachusetts que, habiendo agotado sus municiones, caló al fusil la bayoneta y esperó al enemigo a pie firme. En fin, las vanguardias de Kearny, bajo el mando del general de brigada Berry (del Estado de Maine) se pusieron a la vista. El ejército de Heintzelmann acogió a los salvadores lanzando impetuosos hurras, él ordenó tocar la marcha del regimiento, el *Yankee Doodle*, y alinear delante de sus tropas extenuadas los refuerzos de Berry en un frente de media milla aproximadamente. Después de un breve tiroteo con armas de fuego, la brigada de Berry cargó a la bayoneta y desalojó del campo de batalla al enemigo, que se refugió en sus abrigos subterráneos, el mayor de los cuales fue ocupado por las tropas de la Unión después de varios ataques y contraataques. Así se restableció el equilibrio de la batalla. La llegada de Berry había salvado a los unionistas. Hacia las cuatro, la llegada de las brigadas de Jameson y de Birney les aseguró la victoria. Los confederados empezaron a evacuar Williamsburg hacia las nueve de la noche, y al día siguiente se replegaron a Richmond, en tanto que la caballería de Heintzelmann les perseguía con dureza. Inmediatamente después de la batalla, entre seis y siete de la mañana, Heintzelmann ordenó al general Jameson ocupar Williamsburg. La retaguardia del enemigo en fuga acababa de abandonar el lado opuesto de la ciudad justamente media hora antes.

Esta batalla conducida por Heintzelmann ha sido una batalla de infantería en el auténtico sentido de la palabra. La artillería apenas intervino. El fuego de los mosquetones y el ataque a la bayoneta fueron decisivos. Si el Congreso de Washington quisiera emitir un voto de reconocimiento, sería para el general Heintzelmann, que salvó a los yanquis de un segundo Bull Run, y no para Mc-

Clellan que, como de costumbre, evitó toda "decisión táctica" y dejó escapar por tercera vez a un enemigo inferior en número.

El ejército confederado de Virginia tuvo mejor fortuna que el ejército de Beauregard porque hacía frente a McClellan y no a Halleck, y también porque en su línea de retirada los ríos corren diagonalmente, de la montaña al mar. Sin embargo, para evitar que las tropas confederadas se dispersen en bandas *sin batirse siquiera*, sus generales se verán forzados a aceptar tarde o temprano una batalla decisiva, como los rusos hubieron de batirse en Smolensk y Borodino *contra* la voluntad de sus generales, que tenían una visión correcta de la situación. La lamentable dirección militar de McClellan, los continuos repliegues seguidos del abandono de la artillería, de la munición y del avituallamiento militar, así como los pequeños choques infortunados de retaguardia, han desmoralizado seriamente a los confederados, como se manifestará con evidencia el día de una batalla decisiva. La situación es, no obstante, la siguiente:

Basta con que Beauregard o Jefferson Davis pierdan una batalla importante para que sus tropas se disuelvan en bandas. Si uno de ellos gana una batalla importante —lo que es altamente improbable— la desbandada de sus ejércitos se aplazará para más tarde, en el mejor de los casos. Ya no están en condiciones de obtener la menor ventaja duradera, incluso aunque lograsen una victoria. Los ejércitos sudistas no pueden avanzar veinte millas inglesas sin empantanarse y ser objeto de una nueva ofensiva del adversario.

Queda todavía por examinar las posibilidades de una guerra de guerrillas. A decir verdad, salta a la vista que la población apenas participa, o mejor aún, no participa en absoluto en la guerra de los esclavistas. En 1813, las comunicaciones francesas

se vieron constantemente interrumpidas y hostigadas por Colomb, Lützow, Chernichev y por otros jefes de francotiradores y cosacos. En 1812, en Rusia, la población desapareció por completo de la línea de marcha francesa; en 1814, los campesinos franceses tomaron las armas y aniquilaron a los rezagados y las patrullas de los ejércitos aliados. Pero aquí no asistimos a nada semejante. Se someten a la *suerte de las grandes batallas*, y se consuelan diciendo: *Victrix causa diis placuit, sed Catoni*.* Las jactancias sobre una guerra marítima se disipan como el humo. Pero no cabría dudar, en verdad, de que a la *white trash* (la "chusma blanca", como los propios amos de las plantaciones llaman a los "pobres blancos" del Sur) no le tiente una guerra de guerrillas o de bandolerismo. Mas esa tentativa sólo serviría para transformar rápidamente en unionistas a los poseyentes, que son los dueños de los plantíos. Ellos mismos llamarían en su auxilio a las tropas yanquis. Los pretendidos incendios de algodón, etc., en Mississippi, reposan exclusivamente en el testimonio de dos kentuckianos que afirmaron haber llegado de Louisville, pero sin pasar por Mississippi. El incendio de Nueva Orleáns era de fácil preparación. El fanatismo de los comerciantes de esta ciudad se explica por el hecho de que aceptaron como dinero contante una gran cantidad de bonos del Tesoro confederado. El incendio de Nueva Orleáns se reproducirá en otras ciudades; seguramente se encenderán fuegos también en distintos sitios, pero golpes tan teatrales no pueden sino alimentar y exacerbar las discordias entre plantadores y *white trash* y, en consecuencia, arruinar a Secesia.

* La causa del vencedor place a los dioses, la del vencido a Catón.

Federico Engels

LA GUERRA CIVIL AMERICANA Y LOS BUQUES ACORAZADOS Y BLINDADOS

Die Presse

3 de julio de 1862

Hace algo así como tres meses y medio —el 8 de marzo de 1862—, la batalla naval entre el *Merrimac* y las fragatas *Cumberland* y *Congress*, en las Hampton Roads, cerró la larga era de los navíos de guerra de madera. El 9 de marzo de 1862, la batalla naval entre el *Merrimac* y el *Monitor* en las mismas aguas inauguró la era de la guerra de buques acorazados.¹

De algún tiempo a esta parte, el Congreso de Washington viene consagrando importantes sumas a la construcción de varias naves acorazadas y a la terminación de las grandes cañoneras blindadas de M. Stevens (de Hoboken, cerca de Nueva York). Además, M. Ericsson está a punto de acabar la construcción de seis bu-

¹ La guerra civil americana propició las primeras apariciones de las fuerzas acorazadas, que tan decisivo papel habrían de jugar en las guerras siguientes. Eran en realidad barcos de madera a los que se les cubría con chapas de acero. El 8 de marzo de 1862, en la bahía de Hampton Roads hubo un primer encuentro naval entre el "acorazado" sudista *Merrimac* y barcos no blindados de la flota nordista. Las fragatas del Norte *Cumberland* y *Congress* fueron destruidas y las otras gravemente dañadas. A continuación, el "acorazado" nordista *Monitor* entra en acción e hizo huir al *Merrimac*. A diferencia de la de éste, la artillería del *Monitor* estaba concentrada en una torreta blindada en el centro del navío, de acuerdo con el modelo del ingeniero Ericsson.

ques, concebidos de acuerdo con los planos del *Monitor*, pero mucho mayores y provistos de dos torres móviles, flanqueada cada una de ellas por dos grandes cañones. La *Galena*, el segundo buque acorazado, se está construyendo en otro arsenal, según un modelo nuevo. Se acaba de botar y escoltará al *Monitor*, primero para vigilar al *Merrimac*, y después para limpiar de fuertes rebeldes las márgenes del río James; esta tarea ha sido ya cumplida hasta una distancia de siete a ocho millas de Richmond. El tercer buque acorazado de servicio en el río James es el *Bengaluche*, llamado primero *Stevens* en gracia a su inventor y anterior propietario.

El cuarto buque acorazado —el *New Ironsides*— se construye en Filadelfia y debe hacerse a la mar dentro de unas semanas. El *Vanderbilt* y otro gran barco de vapor se han transformado en buques blindados; otros muchos navíos de guerra, como el *Roanoke*, van a resucitar con un blindaje. El gobierno de la Unión ha hecho además construir en Ohio cuatro o cinco cañoneras dotadas de rieles, que prestaron grandes servicios en Fort Henry, Fort Donelson y Pittsburg Landing. En fin, el coronel Ellet y algunos de sus amigos se especializan en la colocación de blindajes. En Cincinnati y en distintos puntos del Ohio han aplanado antiguos vapores y les han revestido la propia de blindajes. No van armados de cañones, pero llevan una garnición de tiradores de primera, muy numerosos en el Oeste. Más adelante volveremos sobre el primer hecho de armas de estas improvisadas naves blindadas.

Por su parte, los confederados no han permanecido inactivos. Comenzaron en Norfolk la construcción de nuevos buques metálicos y la reparación de viejos barcos. Pero, ya antes de que hubiesen acabado su obra, Norfolk cayó en manos de las tropas de la Unión y todas estas naves fueron

destruidas. Los confederados construían además tres buques blindados de acero, de tonelaje medio, en Nueva Orleáns; el tercer buque acorazado, de enorme tonelaje y superiormente armado, estaba a punto de terminarse cuando Nueva Orleáns fue tomada. De creer a los oficiales de la marina de la Unión, si este último hubiese sido terminado y metido en la guerra, habría puesto en el mayor peligro a toda la marina de la Unión, pues el gobierno de Washington no contaba con nada parecido para oponer a este monstruo. Su coste de construcción ascendió a dos millones de dólares. Como se sabe, los propios rebeldes destruyeron dicho buque.

En Menfis, los confederados no habían construido menos de ocho buques blindados, dotado cada uno de ellos de cuatro a seis cañones de gran calibre. Fue también en Menfis, en el río Mississippi, donde se desarrolló el 6 de junio la primera "batalla de los acorazados". Aunque la flotilla de la Unión, que descendía por el Mississippi, sólo contaba con cinco cañoneras blindadas, fueron, sin embargo, los dos blindados del coronel Ellet Widder —el *Queen* y el *Monarch*— los que decidieron el desenlace del combate. De los ocho barcos blindados enemigos, cuatro fueron destruidos, tres capturados y sólo uno logró darse a la fuga. Después de que las cañoneras de la flotilla de la Unión abriesen un violento fuego sobre las naves rebeldes, sin darles respiro, el *Queen* y el *Monarch* se introdujeron hasta el centro de la formación enemiga. El fuego de las cañoneras se interrumpió inmediatamente, dado que los barcos blindados del coronel Ellet Widder formaban con el adversario tal madeja, que la artillería ya no podía distinguir al amigo del enemigo.

Como hemos indicado líneas atrás, las naves construidas por Ellet Widder no disponían de ca-

ñones, sino de un gran número de tiradores de élite. Estos barcos de vapor habían sido protegidos, simplemente, por medio de un ensamblaje de hierro y madera. Poderosas máquinas de vapor y una proa armada de un afilado espolón de roble y hierro constituían todo el equipo de estos blindados. Hombres, mujeres y niños acudieron por miles de Memphis para seguir con ansiedad, desde lo alto de las abruptas márgenes del Mississippi, la "batalla de los blindados"; a veces, la muchedumbre estaba a menos de media legua inglesa del teatro de guerra. La batalla duró apenas una hora. Mientras los rebeldes perdían siete naves y cien hombres, cuarenta de ellos ahogados, solamente una nave de la Unión resultó seriamente dañada; no hubo más que un herido y ningún muerto en el bando nordista.

Aparte de la nave blindada que consiguió escaparse de la batalla naval de Memphis, los confederados apenas poseen otra cosa que un par de buques acorazados o blindados, en Mobile. Fuera de esto y de algunas cañoneras en Vicksburg, que amenazan a un tiempo a todo el que remonte el río más allá de Farragut y a quien lo descienda más acá de Davis, su flota ha dejado ya de arrastrar su bendita existencia.



Federico Engels, Carlos Marx

CRITICA DE LOS ASUNTOS
AMERICANOS

Die Presse

9 de agosto de 1862

Londres, 4 de agosto de 1862

La crisis que se enseñorea actualmente de la situación en los Estados Unidos obedece a una doble causa militar y política.

Si la última campaña hubiese sido ejecutada con arreglo a un plan estratégico único, el grueso del ejército nordista tendría que haber explotado los éxitos alcanzados en Kentucky y Tennessee —como hemos explicado en estas columnas hace ya algún tiempo— para penetrar por el norte de Alabama en Georgia, a fin de apoderarse de los nudos ferroviarios de Decatur, Milledgville, etc. Así, la comunicación entre los ejércitos secesionistas del Este y del Oeste se habría cortado, de suerte que les hubiese sido imposible apoyarse mutuamente. En lugar de esto, el ejército de Kentucky descendió a lo largo del Mississippi hacia el Sur, en dirección a Nueva Orleans, y su victoria de Memphis tuvo como único resultado que Beauregard expidiese la mayoría de las tropas confederadas hacia Richmond de forma que se encontrasen súbitamente frente a McClellan, que no había explotado la derrota del adversario en Yorktown y Williamsburg y que, además, había dispersado sus fuerzas cuando disponía de un ejército superior en una posición superior. Como en otro lugar hemos explicado, la forma

en que McClellan ejerce el mando hubiese bastado por sí sola para arruinar al ejército más fuerte y disciplinado. En fin, el ministro de la Guerra, Stanton, cometió un error imperdonable. Para impresionar al extranjero, suspendió el reclutamiento después de la conquista de Tennessee, condenando al ejército a debilitarse progresivamente en el instante preciso en que más necesidad tenía de refuerzos de cara a una ofensiva rápida y decisiva. A despecho de los yerros estratégicos y de mando de McClellan, la guerra habría caminado rápidamente hacia un desenlace victorioso allí donde su curso aún no estaba decidido, si el ejército se hubiese beneficiado de una constante afluencia de reclutas. La medida tomada por Stanton era tanto más nefasta, cuanto que el Sur estaba justamente en vías de enrolar a todos los varones de dieciocho a treinta y cinco años, es decir, se lo jugaba todo a esta carta. Ahora bien, éstos son hoy soldados entrenados, que aseguran a los confederados en casi todas partes la ventaja y la iniciativa. Han conseguido inmovilizar a Halleck, desalojar a Curtis de Arkansas, batir a McClellan y, con Stonewall Jackson, han dado la señal a las incursiones de la guerrilla, que ahora ya llegan hasta el Ohio.

Las causas militares de la crisis están en gran parte ligadas a causas políticas. Es la influencia del Partido Demócrata, que ha elevado a un incapaz como McClellan al puesto de comandante en jefe de todas las fuerzas armadas del Norte, porque aquél era un viejo partidario de Breckinridge. Es el afán inquieto de tratar con miramientos los deseos, privilegios e intereses de los portavoces de los *Estados fronterizos esclavistas* lo que ha embotado el filo de hostilidad de los principios de la guerra civil y lo que ha privado a ésta, por así decirlo, de su alma. Los "leales" propietarios de esclavos de esos Estados fronterizos hicieron que

se mantuviesen las leyes sobre los esclavos fugitivos, promulgadas por el Sur, que las simpatías de los negros hacía el Norte fuesen reprimidas por la fuerza, que ningún general osara poner en pie una compañía de negros y meterla en campaña y que, en fin, la esclavitud, ese talón de Aquiles del Sur, se convirtiese en una piel dura como el cuerno e invulnerable a los golpes. ¡Gracias a los esclavos, que realizan todo el trabajo productivo, el Sur puede poner en pie de guerra a todos los hombres capaces de sostener un fusil!

En el momento en que las acciones de la secesión suben, los portavoces de los Estados fronterizos acrecientan sus pretensiones. Sin embargo, como indica el llamamiento de Lincoln,¹ que les amenaza con una marea alta abolicionista, la situación puede tomar un giro revolucionario. Lincoln sabe lo que Europa ignora; no es en absoluto la apatía ni el alejamiento bajo el peso de la derrota lo que hizo que su demanda de trescientos mil nuevos reclutas no encontrase sino un débil eco. Nueva Inglaterra y el Noroeste, que proporcionan el grueso del ejército, están decididos a imponer al gobierno una estrategia revolucionaria y a inscribir sobre la bandera estrellada la divisa de la "abolición de la esclavitud". Lincoln no hace más que retroceder y buscar efugios medrosamente, ante esta presión que les es exterior; pero sabe muy bien que no podrá resistirla por mucho tiempo. Esto es lo que explica su llamada suplicando a los Estados fronterizos que renuncien voluntariamente a la institución de la esclavitud en condiciones favorables fijadas por contrato. Sabe que únicamente

¹ Lincoln propuso el 12 de julio de 1862 a los representantes de los Estados fronterizos del Congreso americano liberar progresivamente los esclavos negros, mediante indemnización a los propietarios, a fin de terminar antes la guerra.

porque la esclavitud subsiste en los Estados fronterizos permanece intacta también en el Sur e impide al Norte utilizar su remedio más eficaz y radical. Lincoln se engaña si imagina que los "leales" propietarios de esclavos pueden conmovirse con discursos sentimentales o llamamientos a la razón. Sólo cederán ante la fuerza.

Hasta aquí no hemos asistido sino al primer acto de la guerra civil: la conducción *constitucional* de la guerra. El segundo acto, revolucionario, es inminente.

Entre tanto, el Congreso ha aprobado, durante su primera sesión, una serie de importantes medidas que queremos resumir aquí brevemente.

Abstracción hecha de una legislación financiera, ha votado el *homestead bill*, que las masas populares del Norte esperaban en vano hace mucho tiempo;² ha previsto que una parte de las tierras

² La ley de heredades o patrimonial (*homestead bill*) adoptada por el Congreso de los Estados Unidos el 20 de mayo de 1862 era una reivindicación sentida por los pioneros del Oeste y todo el pueblo americano, por lo que se venía luchando sin cesar en contra de los grandes esclavistas del Sur que ansiaban para sí toda la tierra. Fue una de las medidas más acertadas del gobierno de Lincoln. Se prevé en ella que gran parte de las tierras de dominio público sean colonizadas con arreglo a las normas de esta ley que establece que todo ciudadano de los Estados Unidos o cualquiera que desee serlo puede conseguir 160 acres de tierra (65 hectáreas) prácticamente gratis, pues sólo se pagan los derechos insignificantes, pasando a gozar de plena propiedad siempre que la trabaje durante cinco años seguidos. Esta medida contribuye a dar un carácter revolucionario a la guerra civil, asegurando la colonización de las tierras nuevas para la agricultura. Pero también fueron favorecidos los intereses industriales, pues se concedieron paralelamente enormes extensiones a las compañías ferroviarias que tendieran vías a lo ancho del país. Estas dos medidas entraban en colisión en muchos puntos, atropellando los poderosos intereses de los financieros a los intereses adquiridos de multitud de colonos libres establecidos; estas luchas han dado base argu-

del Estado se entregue gratuitamente, a fin de que sea cultivada por colonos de origen americano o emigrados. Ha abolido la esclavitud en Columbia y en la capital nacional, indemnizando a los antiguos propietarios de esclavos.³ en todos los territorios de los Estados Unidos la esclavitud ha sido declarada "imposible para siempre".⁴ El Acta mediante la cual es acogido en la Unión el nuevo Estado de Virginia occidental prescribe la abolición progresiva de la esclavitud y proclama que todos los niños nacidos de negros después del 4 de julio de 1863 serán niños libres. Las condiciones para la emancipación gradual se han tomado, en general, de una ley promulgada a este efecto en Pensilvania hacía setenta años.⁵ Una cuarta ley emancipa a todos los esclavos rebeldes, tan pronto como cai-

mental a numerosos filmes del oeste americano. De ese modo se beneficiaron enormemente la Unión Pacific y la Central Pacific, compañías que constrúan la primera línea intercontinental partiendo desde ambos mares y que llegaron a operar la unión de vías en Ogden (Utha) el mes de mayo de 1869, con lo cual los mares Atlántico y Pacífico quedaban unidos.

³ Washington formaba parte del distrito de Columbia y la abolición de la esclavitud en la capital americana había ya sido una de las principales reivindicaciones de los elementos antiesclavistas de la guerra de Independencia de 1775-1783. La ley del 6 de abril de 1862, por medio de compensación económica, libera a unos 3.000 esclavos. El gobierno invierte 300 dólares por cada esclavo emancipado, lo que representa más o menos la suma de un millón de dólares.

⁴ En junio de 1862 Lincoln declara "que no habrá más esclavitud ni servidumbre involuntaria en cualquier territorio de los Estados Unidos existente actualmente o que se constituya en el porvenir.."

⁵ En 1700 fue votada en Pennsylvania una ley para emancipar gradualmente los esclavos. Preveía que ningún niño nacido en un Estado esclavista podía convertirse en esclavo. Los niños esclavos podían, sin embargo, "servir hasta la edad de 21 años, no pudiendo después exigir de ellos este "servicio".

gan en manos del ejército republicano. Otra ley, aplicada hoy *por primera vez*, prevé que estos negros emancipados serán organizados militarmente y podrán ser puestos en campaña contra el Sur. Se reconoce la independencia de las repúblicas negras de Liberia y de Haití; ⁶ en fin, acaba de concluirse con Inglaterra un tratado para la abolición del comercio de esclavos.

Así, caigan como caigan los dados de la fortuna de las armas, se puede asegurar desde ahora que la esclavitud de los negros no sobrevivirá mucho tiempo a la guerra civil.

⁶ Liberia fue fundada en 1847 por la Sociedad Americana de Colonización, a fin de poder hacer emigrar hacia este país los negros libres de Estados Unidos (¡en el momento en que el gobierno americano hacía grandes esfuerzos para acoger en América los blancos europeos!). En 1803, los negros de Haití (con Toussaint l'Ouverture a la cabeza) derrotaron al ejército francés. La revuelta, que se mantenía desde 1791, se corona con la independencia en 1804. La República fue instaurada en 1856. Los Estados Unidos (tras algunas otras potencias) establecieron relaciones diplomáticas con las repúblicas negras de estos países en junio de 1862. Este gesto tenía por objetivo, entre otros, facilitar la expedición de negros americanos hacia estos países. Los representantes del ala revolucionaria de los abolicionistas protestaron enérgicamente contra la creación en el exterior de los Estados Unidos de colonias para los negros libres, en el programa de Lincoln.

Federico Engels, Carlos Marx

LOS ACONTECIMIENTOS DE AMERICA DEL NORTE

Die Presse

12 de octubre de 1862

Londres, 7 de octubre de 1862

La breve incursión de los sureños a Maryland¹ ha decidido la suerte de la guerra civil en América, incluso aunque la fortuna de las armas siga balanceándose durante un periodo más o menos largo entre ambos beligerantes. Como ya hemos expuesto en estas columnas, la lucha por la posesión de los Estados fronterizos esclavistas es también la lucha por el dominio sobre la Unión. Ahora bien, la Confederación del Sur ha sido vencida en esta lucha, que ella ha entablado en las más favorables condiciones posibles.

Se ha considerado a Maryland con razón como la cabeza y a Kentucky como como los brazos del partido esclavista en los Estados fronterizos. Si la capital de Maryland —Baltimore— ha permanecido “leal” hasta ahora, ha sido gracias al estado de sitio. Es un dogma —no sólo en el Sur, sino también en el Norte— que la aparición de los confederados en Maryland daría la señal para un levantamiento popular en masa contra los “satélites de Lincoln”. No se trataba, pues, únicamente, de obtener un éxito militar, sino de hacer una demos-

¹ La campaña de Maryland comienza el 4 de septiembre de 1862 y se acaba el 17, con la derrota de los sudistas en el río Atietam.

tración moral que debía electrizar a los elementos sureños de todos los Estados fronterizos y atraerlos con una fuerza irresistible al torbellino sudista. La ocupación de Maryland significaba la caída de Washington, una amenaza para Filadelfia y la inseguridad para Nueva York.

La invasión simultánea de Kentucky² —el más importante de los Estados fronterizos por su población, su situación geográfica y sus recursos económicos— aparecía como un simple acto de diversión, considerado aisladamente. En conjunción con con un éxito decisivo en Maryland, debía conducir al estrangulamiento del partido unionista en Tennessee, al desbordamiento del Estado de Misuri, a la dominación sobre Arkansas y Texas, a una amenaza para Nueva Orleáns y, sobre todo, a trasladar la guerra a Ohio —el Estado nordista central cuya posesión asegura el dominio del Norte, como la posesión de Georgia asegura la del Sur—. Un ejército confederado en Ohio hubiese aislado a los Estados nordistas del Oeste de los del Este y permitido atacarles por turno a partir de un mismo centro. Después de fracasado el ataque del grueso del ejército rebelde en Maryland, la invasión de Kentucky, efectuada sin la energía precisa y privada del apoyo popular que se descontaba, se reduce a una operación insignificante de guerrillas. Incluso la toma de Luisville no hará otra cosa que congregar a los "gigantes del Oeste"³ —los voluntarios de Iowa, Illinois, Indiana y Ohio— en un alud semejante al que se precipitó sobre el Sur

² Las tropas confederadas que habían invadido Kentucky el 17 de septiembre de 1862 fueron derrotadas el 8 de octubre cerca de Perryville.

³ Los granjeros de los Estados occidentales de los Estados Unidos se calificaban a sí mismos en el siglo XIX de "gigantes del Oeste". Jugaron un papel decisivo en la lucha contra el esclavismo en el curso de la guerra de Secesión.

durante la primera y gloriosa campaña de Kentucky.

Así, la invasión de Maryland ha demostrado que las oleadas asaltantes de la secesión no tenían fuerza suficiente para rebasar el Potomac y alcanzar Ohio. El Sur ha sido puesto a la defensiva; *ahora bien, sólo puede triunfar si ataca*. Privado de los Estados fronterizos, arrinconado entre el Mississippi al Oeste y el Océano Atlántico al Este, nada ha conquistado, excepto su tumba.

No hay que olvidar ni un instante que los sureños poseían los Estados fronterizos y los dominaban políticamente en el momento de izar la bandera de la rebelión. Pues bien, han perdido tanto los territorios como los Estados fronterizos.

Y, no obstante, la invasión de Maryland se había emprendido bajo los auspicios más favorables para el Sur: una serie de derrotas lamentables de los nordistas, la desmoralización de los ejércitos federados, el prestigio del héroe del día, Stonewall Jackson, la política pueril de Lincoln y de su gobierno, el reciente reforzamiento del Partido Demócrata y la perspectiva de una presidencia "Jefferson Davis", el reconocimiento del gobierno esclavista por Francia e Inglaterra, ¡todas dispuestas a proclamar la legitimidad interior del Estado del Sur! *Eppur si muove*.⁴ La razón triunfa, pese a todo, en la historia universal.

La proclama de Lincoln⁵ es aún más importante

⁴ Y, sin embargo, se mueve. Fórmula de Galileo, forzado a hacer público acto de contricción por haber afirmado que la Tierra no permanecía fija, como pretendían las Escrituras.

⁵ El 22 de septiembre de 1862 Lincoln proclama que los negros en esclavitud en los Estados rebeldes de la Unión serían emancipados a partir del primero de enero de 1863. Al mismo tiempo, todos los negros tendrían derecho formal, si no real, de servir en la flota y el ejército. Sin embargo, Lincoln se guarda de distribuir las

que la campaña de Maryland. La figura de Lincoln resulta original en los anales de la historia. Ninguna iniciativa, ninguna fuerza idealista de persuasión, ninguna actitud ni pose históricas. Lincoln comunica siempre a sus actos más importantes la forma más anodina. Si cualquier otro, cuando se bate por una pulgada de tierra, proclama que "lucha por una idea", Lincoln, que se bate por una idea, habla de ella como de "una pulgada de tierra".

Con vacilaciones y reticencias, canta, de grado o por fuerza, el aria de lucimiento en el papel que le ha tocado como si pidiese perdón por verse obligado por las circunstancias a "hacer de tigre". Los más formidables e históricos decretos lanzados al rostro del adversario parecen, y se esfuerzan por parecer, los cargos de rutina que el abogado opone al tribunal, pleitos judiciales, querellas mezquinas y debidamente motivadas por tal artículo del código. Todo esto caracteriza exactamente su último mensaje, que es el documento más importante de toda la historia americana desde la fundación de la Unión, puesto que hace añicos la vieja Constitución americana: su manifiesto sobre la abolición de la esclavitud.

Nada más fácil que señalar, en los actos de Estado de Lincoln, rasgos inestéticos, insuficiencias lógicas, lados burlescos y contradicciones políticas: los píndaros ingleses de la esclavitud, tales como el *Times*, la *Saturday Review* y *tutti quanti*, no se

tierras de los esclavistas entre los antiguos esclavos. Por tanto, la vergonzosa explotación de los negros no podía cesar en tanto que los sudistas continuasen poseyendo los grandes dominios y plantaciones en propiedad absoluta. En su carta a Marx de 15 de julio de 1865, Engels esperaba aún que el Norte terminaría por conceder a los esclavos negros el derecho a convertirse en pequeños colonos libres como en Jamaica. Pero es evidente que el respeto burgués de la propiedad se detiene ante los grandes dominios y plantaciones del Sur.

hacen de rogar para mostrarlos en sus alfileres. Y pese a todo, Lincoln ocupará un puesto inmediatamente al lado de Washington en la historia de los Estados Unidos y de la humanidad. Hoy, en efecto, cuando el acontecimiento más insignificante asume en Europa un aire melodramático, ¿no es significativo que en el Nuevo Mundo los hechos importantes se arropen con los velos de lo cotidiano?

Lincoln no es el producto de la revolución popular: el juego trivial del sufragio universal, que desconoce por completo las grandes tareas históricas a resolver, lo ha aupado hasta la cumbre a él, el plebeyo que ha hecho un buen camino, de picapedrero que era a senador de Illinois en que se ha convertido; a él, que está desprovisto de brillo intelectual, que carece de grandeza notable de carácter y que no tiene ningún valor excepcional, ya que es un hombre medio de buena voluntad. La mayor victoria que el Nuevo Mundo haya jamás conseguido es la de haber demostrado que, dado el nivel avanzado de su organización política y social, es posible que gente corriente, animada de buena voluntad, realice las tareas para las que el Viejo Mundo tiene necesidad de héroes.⁶

⁶ Marx expresa aquí la confianza que había adquirido, tras sus estudios económicos, en las posibilidades de éxito de los Estados nordistas. El papel de los grandes hombres decrece a medida que maduran las condiciones económicas de una sociedad. En los Estados Unidos, las condiciones materiales de la revolución burguesa estaban tan avanzadas que no necesitaban un Napoleón I, que en virtud de la relativa inmadurez de las condiciones económicas de su época había actuado sobre todo contra las fuerzas precapitalistas, utilizando las superestructuras del Estado, la policía, el ejército, etc. En los Estados Unidos, como Marx ha señalado, el desarrollo del modo de producción capitalista aseguraba ya en gran parte la ruina del sistema esclavista: la utilización sagaz y enérgica de las superestructuras de fuerza no era ya el único gran medio

Hegel ha señalado en su tiempo que en realidad la comedia está por encima de la tragedia, como el humor o la ironía de la razón están por encima de su *pathos*. Si Lincoln no posee el don de lo patético en la acción histórica, posee, en tanto que personaje popular medio, su humor. ¿En qué momento promulga Lincoln su manifiesto sobre la abolición de la esclavitud a partir del 1o. de enero de 1863 en los territorios de la Confederación? En el momento mismo en que la Confederación decide en el Congreso de Richmond negociar la paz a título de Estado independiente, en el momento mismo en que los esclavistas de los Estados fronterizos creen que la invasión de los sudistas en Kentucky les asegura tanto su "Institución particular" como la dominación sobre su conciudadano de Washington, el presidente Abraham Lincoln.

de lucha. Como quiera que fuere, el compromiso final fue resultado, en gran medida, de la ausencia de radicalismo en el dominio político. Por lo demás, toda revolución burguesa es —según la propia fórmula de Marx— una revolución parcial y se contenta con medidas a medias. Pese a que tenía confianza en el éxito de la revolución americana, Marx no ignoraba su carácter limitado. Cf. *Marx a Engels*, carta del 23.4.1866.

Federico Engels, Carlos Marx

LA SITUACION EN AMERICA DEL NORTE

10 de noviembre de 1862

Londres, 4 de noviembre de 1862

En general Bragg, comandante del ejército sudista en Kentucky —las demás fuerzas armadas del Sur que allí hacen estragos no son más que grupos de guerrilla— lanzó, en el momento de invadir este Estado fronterizo, una proclama que arroja viva luz sobre el fracaso de las últimas operaciones llevadas por la Confederación. Dirigiéndose a los Estados del Noroeste, Bragg anuncia su victoria en **Kentucky** como algo evidente y especula de manera **manifiesta** acerca de la eventualidad de un avance victorioso en Ohio, el Estado central del Norte.

En primer lugar, declara que la Confederación está dispuesta a garantizar la libertad de navegación por el Mississippi y el Ohio. Esta garantía sólo tiene sentido si los esclavistas entran en posesión de los Estados fronterizos. Así, se supone en Richmond que las incursiones simultáneas de Lee en Maryland y de Bragg en Kentucky les asegurarán de un solo golpe la posesión de los Estados fronterizos.

Bragg se cree en seguida en la obligación de justificar al Sur, que no lucharía sino por su independencia, pero que, por lo demás, desearía la paz. En realidad, el extremo más significativo de su proclama es el ofrecimiento de una paz sepa-

rada a los Estados del Noroeste, la invitación a abandonar la Unión y a unirse a la Confederación, por cuanto que los intereses económicos del Noroeste y del Sur son tan coincidentes, según él, como antagónicos serían los del Noroeste y el Nordeste. Se ve claro: apenas el Sur cree asegurada la posesión de los Estados fronterizos, cuando divulga muy oficialmente su intención de reconstruir la Unión excluyendo de ella a los Estados de Nueva Inglaterra.

Sin embargo, lo mismo que la invasión de Maryland, la de Kentucky ha fracasado ya: la primera con la batalla de Antietam Creek y la segunda con la de Perryville, cerca de Luisville. Como allá, los confederados se encontraban aquí en posición ofensiva, después de haber atacado las vanguardias del ejército de Buell. La victoria de los federalistas se debe al comandante de las vanguardias, general McCook, que resistió a fuerzas enemigas muy ampliamente superiores hasta dar tiempo a Buell para meter en combate al grueso de las tropas. No cabe la menor duda de que la derrota de Perryville acarreará la evacuación de Kentucky. El destacamento de guerrillas más importante, formado por los más fanáticos partidarios del sistema esclavista de Kentucky y mandado por el general Morgan, era aniquilado en aquellos mismos momentos cerca de Frankfort (entre Luisville y Lexington). Está, en fin, la victoria decisiva de Rosecrans en Corinth, que obliga al derrotado ejército de invasión del general Bragg a un repliegue precipitado.

Esto significa, pues, el fracaso completo de la campaña de los confederados encaminada a reconquistar los Estados fronterizos esclavistas perdidos. Y, sin embargo, la operación se había efectuado en una vasta escala, con gran destreza militar y bajo los más favorables auspicios.

Abstracción hecha de sus resultados militares

inmediatos, estos combates contribuyen de una u otra forma a allanar el obstáculo principal. Los Estados esclavistas propiamente dichos se apoyan, por supuesto, en los elementos esclavistas que existen en los Estados fronterizos, es decir, en esos mismos elementos que imponen al gobierno de la Unión consideraciones diplomáticas y constitucionales en su lucha contra la esclavitud. En los Estados fronterizos —principal teatro de operaciones de la guerra civil—, estos elementos se hallan prácticamente reducidos a la nada por la propia guerra civil. Un amplio sector de los dueños de esclavos emigra constantemente con su *black chattel* (ganado negro) hacia el Sur, a fin de colocar allí su propiedad a buen recaudo. A cada derrota de los confederados, la emigración se reanuda a escala más amplia.

Uno de mis amigos,¹ un oficial alemán que, bajo la bandera estrellada, ha luchado alternativamente del Misuri al Arkansas y de Kentucky a Tennessee, me escribe diciendo que esta emigración evoca enteramente el éxodo de Irlanda en el curso de los años 1847 y 1848. Los que se quedan, el sector activo y enérgico de los esclavistas —la juventud, de una parte; los jefes políticos y militares, de otra— se separan ellos mismos del grueso de su clase, bien sea para constituir destacamentos guerrilleros en sus propios Estados, donde son aniquilados pura y simplemente, bien para abandonar su patria y verse encuadrados en el ejército o la administración de la Confederación. De donde resulta, por un lado, una enorme disminución del elemento esclavista en los Estados fronterizos, donde aquél libraba la lucha contra los “*encroachments*”

¹ Joseph Weydemeyer, miembro de la Liga de los Comunistas, animados con Marx y Engels de la revolución de 1848-1849 en Alemania, coronel del ejército del Norte en América y propagador del marxismo en los Estados Unidos.

(usurpaciones) del trabajo libre, su rival; por otro lado, la eliminación de la fracción activa del esclavismo y de su séquito blanco. Ya no subsiste más que una reserva de esclavistas "moderados", que al punto se asieron ávidamente a la pila de oro ofrecida por Washington para el rescate de su *black chattel*, cuyo valor desciende, de todas formas, con el cierre del mercado de compradores del Sur. Así, la propia guerra está dando la solución, al revolucionar prácticamente la forma de producción social en los Estados fronterizos.

Para el Sur, la estación más favorable a la conducción de la guerra ha pasado. Para el Norte, comienza después de que las corrientes de agua del país se vuelven navegables y puede combinar las operaciones militares en tierra y agua, cosa que está haciendo hasta aquí con mucho éxito. El Norte, entre tanto, ha trabajado febrilmente. Están en vías de terminación los "buques acorazados" destinados en número de diez a los cursos de agua del Oeste; a ellos hay que agregar una veintena de naves semiacorazadas para aguas quietas. En el Este, numerosos buques acorazados han abandonado ya los arsenales mientras otros siguen en construcción. Todos estarán listos para el 10. de enero de 1863. Ericsson, el diseñador y constructor del *Monitor*, dirige la construcción de otros nueve buques del mismo tipo. Cuatro de ellos se encuentran ya "a flote".

En el Potomac, en Tennessee y Virginia, lo mismo que en diversos puntos del Sur —Norfolk, New Bern, Port Royal, Pensacola y Nueva Orleáns—, el ejército recibe todos los días nuevos refuerzos. La primera quinta de trescientos mil hombres de tropa, anunciada por Lincoln en julio, está enteramente alistada y una parte de ella se encuentra ya en el teatro de guerra. La segunda *leva*, de trescientos mil hombres por nueve meses, se halla

en vías de encuadramiento. En ciertos Estados se ha sustituido el alistamiento obligatorio por la recluta voluntaria, pero en ninguna parte tropieza con dificultades serias. La ignorancia y el odio han denigrado el sistema de alistamiento, presentándolo como un hecho inaudito en la historia de los Estados Unidos. Pues bien, nada es más falso. Durante la guerra de Independencia y la segunda guerra contra Inglaterra (1812-1814), fueron reclutados grandes contingentes por el sistema de alistamiento; tal fue el caso también en distintas guerras menores contra los indios: este sistema jamás tropezó con una oposición digna de mención.

Un hecho notable es que en el curso de este año Europa ha proporcionado a los Estados Unidos un contingente de emigrantes de cerca de cien mil almas, la mitad de las cuales procede de Irlanda y Gran Bretaña. En el reciente Congreso de la "Association for Advancement of Science", en Cambridge, el economista Merivale hubo de recordar a sus compatriotas un hecho que el *Times*, la *Saturday Review*, el *Morning Post* y el *Morning Herald*, sin hablar ya de los *dii minorum gentium*,* han olvidado por completo —o que Inglaterra quiere que se olvide—, a saber: que la mayor parte del excedente de la población inglesa encuentra una nueva patria en los Estados Unidos.

* Dioses de pueblos menores.

Este libro se terminó de imprimir el día 10. de diciembre de 1973 en los talleres de Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F. Se imprimieron 2,000 ejemplares más sobrantes para reposición. Fecha de edición: 15 de diciembre de 1973.

